

Selección RNR

RITA BLACK

*Trampas
del corazón*



Romance Histórico

Trampas del corazon

Rita Black



1.ª edición: agosto, 2017

© 2017 by Rita Black

© 2017, Sipan Barcelona Network S.L.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona Sipan Barcelona Network S.L. es una empresa del grupo Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-812-9

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*Dedicada a mis hermanas, mi padre, mi hermano y mi
esposo, por su amor y fe
incondicionales., así como a mi «Tiyina», mi segunda
madre.*

*Mi agradecimiento a Adriana Medina y Fabricio Cruz,
mis amigos, mis hermanos.*

Contenido

[Portadilla](#)
[Créditos](#)
[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Promoción](#)

CAPÍTULO 1

La campiña extendía su alfombra verde hasta donde alcanzaba la vista, mientras el viento mecía con suavidad las hojas de los árboles, produciendo un susurro adormecedor.

Emily contemplaba extasiada el paisaje, y por un instante se sintió del todo satisfecha, como si nada le hiciera falta en la vida.

La voz de su tía la sacó de su ensoñación.

—Querida, deberíamos regresar, creo que va a llover.

La joven se volvió sonriente, a pesar de que hubiera querido permanecer en ese lugar por mucho más tiempo, y asintió con la cabeza.

Emprendieron con tranquilidad el camino hacia su hogar, tomadas del brazo.

—¿Ya sabes qué usarás para la cena de la señora Fansworth? —le preguntó su tía Joyce de pronto, sacándola de sus pensamientos—. Es dentro de tres días.

Emily sonrió, tratando de que su tía no la viera. Nunca le había importado mucho su apariencia, aunque siempre se preocupaba por su aseo personal, pero su vestuario era algo secundario que, para ser sincera consigo misma, la tenía sin cuidado; lo consideraba algo necesario, aunque engorroso.

—Sí, tía, elegí mi vestido verde de seda.

—Muy buena elección, querida, debo decirlo. Ese vestido hace resaltar mucho tus ojos.

Emily sabía que su tía estaba bien dispuesta a emplear sus mejores artes de casamentera para conseguirle un buen matrimonio, y aunque ya había comprobado que las oportunidades de lograr semejante cosa en Canterbury eran sumamente escasas, no pudo evitar preguntar: —¿A qué se debe tanto interés por mi apariencia, tía? Todos sabemos que en esa dichosa cena estaremos las mismas personas de siempre.

Su tía la miró, intentando disculpar lo que ella consideraba cierta ingenuidad por parte de su sobrina.

—Bueno, querida, nunca se sabe —dijo con despreocupación.

Llegaron a su hogar cuando empezaban a caer grandes gotas de lluvia. Era la hora del té y Emily acompañó a su tía Joyce y a su tío Miles a tomarlo

en el saloncito rosado, mientras veía la lluvia caer a cántaros a través del ventanal.

Su mente voló al hogar de sus padres, aquel que había disfrutado hasta hacía unos cuantos meses: cuando era pequeña, e incluso cuando se convirtió en una jovencita, le gustaba salir y mojarse con la lluvia, dando vueltas con la cara al cielo mientras las frescas gotas le bañaban el rostro y el cuerpo.

Más tarde, cuando fue evidente que no era nada apropiado que una señorita hiciera ese tipo de cosas, solía sentarse en la cocina y observar cómo la lluvia formaba grandes charcos en el patio. El sonido de las gotas golpeteando sobre los tejados y las hojas de los árboles le parecía hipnótico.

Su tía, adivinando los nostálgicos pensamientos de la joven, trató de distraerla.

—Emily, ¿te dije que la señora Wilkes llegará la próxima semana con una nueva colección de telas y vestidos? Dice su sobrina, la señorita Marian, que la señora Wilkes portará lo último de la moda en París. Estoy ansiosa por ver todas las cosas hermosas que traerá. Es un gusto tener aquí una tienda tan completa como la de la señora Wilkes; de ese modo ni siquiera tenemos que ir a Londres para estar a la moda.

Emily se limitó a sonreír, pues el tema le interesaba más bien poco.

—Lo mejor de todo es que llegará justo a tiempo para que podamos adquirir algún nuevo vestido y lucir muy hermosas y elegantes en la cena de los Backward.

—No creo necesitar un nuevo vestido, tía, pero si quieres te acompañaré con mucho gusto a ver las nuevas adquisiciones de la señora Wilkes.

Emily no quiso agregar que además de no necesitar nuevos vestidos, tampoco podía darse el lujo de gastar en uno. A pesar de que su padre siempre fue un buen administrador, a su muerte solo logró acumular una módica cantidad para legar a sus dos hijos.

Peter, el hermano mayor de Emily, había dispuesto que ya que él no vivía en Inglaterra, y siendo él el heredero principal, la casa que había sido de sus padres se vendiera, y el dinero se pusiera en el banco, a nombre de Emily. Sin embargo, la venta aún no se concretaba porque el comprador todavía no disponía del dinero suficiente, y habría que esperar aún dos meses para ello.

Joyce no podía imaginarse el tenor de los pensamientos de Emily, pero eso no importaba porque ella pensaba gastar, de muy buena gana, una importante cantidad de libras en hermosos vestidos, sombreros, lazos y botines para su bella sobrina.

La dama era muy generosa con la joven no solo por tratar de paliar su dolor ante la reciente tragedia familiar. Aunque no lo admitiría abiertamente, por temor a herir la sensibilidad de la joven, se sentía contenta de tenerla en su casa y hacerse cargo de ella. Sus tres hijos ya eran mayores y tras sus respectivos matrimonios decidieron residir en Londres, donde ella los visitaba con frecuencia. Pero no le era suficiente, por lo que albergar a Emily le permitía hacerse cargo de nuevo de otra persona, además de su esposo, y sentirse útil.

Además, Emily era una joven dulce y de carácter dócil, por lo que era muy fácil ser buena y amable con ella. La señora Palmer deseaba hacer todo lo que estuviera en sus manos para hacerla feliz.

Emily no se quejaba nunca, pero su tía sabía que sufría en lo más profundo por la reciente muerte de su padre.

Jonathan, el padre de Emily y hermano de la señora Palmer, trató de soportar con estoicismo la muerte de su esposa, y lo consiguió durante dos años, pero al final su corazón sucumbió al dolor y una mañana Emily lo encontró en su cama, inmóvil y frío. Había muerto mientras dormía, tras quejarse la noche anterior de un dolor de estómago al que no dio mayor importancia.

Cuando dejó de llover ya era la hora de la cena. Emily hubiera querido excusarse con sus tíos, ya que en realidad no tenía apetito, pero no quería preocuparlos. Trató de aparecer lo más alegre posible y charló de manera animada con su tío sobre los últimos acontecimientos en Londres, de los cuales él se enteraba por el dominical, que le encantaba leer de pies a cabeza.

Al irse a dormir intentó alejar sus pensamientos tristes y concentrarse en sus sueños; deseaba conocer el mundo, pero sobre todo, anhelaba ir a Portugal a visitar a su hermano Peter.

Sin embargo, ella sabía que cumplir su deseo de viajar era casi tan difícil como lograr un matrimonio a su entera satisfacción. Su nula fortuna la ponía en una situación muy peliaguda al pensar en matrimonio, porque ningún joven en una situación similar a la suya se interesaría en ella, y al mismo tiempo, tampoco lo haría ninguno con alguna fortuna, porque no vería en ella la oportunidad, muy conveniente, por cierto, de incrementarla.

Pero ese no era el único obstáculo al que se enfrentaba. Admitía que era una romántica sin remedio: le fascinaban las historias de amor apasionado y profundo, y esperaba, de una forma más bien racional, que cuando se

enamorara lo hiciera de un hombre íntegro, honesto, apasionado y, sobre todo, que la amara con locura.

A pesar de su naturaleza dulce y romántica, Emily nunca se había enamorado; hasta el momento los hombres no despertaban en ella ningún interés particular, excepto como seres pensantes con quienes, en algunos casos, se podía sostener una conversación interesante, que, por otro lado, no era muy probable que entablaran con ella por ser una mujer. Sabía que sus padres se habían amado, pero no creía tener tanta suerte como para encontrar a alguien con quien compartir un amor entrañable y duradero como el que ella anhelaba.

El amor le parecía más bien un extraño y muy poco frecuente fenómeno de la naturaleza humana, y la hipocresía de la sociedad en lo tocante al matrimonio no hacía sino cimentar la renuencia de Emily a casarse por dinero y no por amor.

CAPÍTULO 2

La joven se encontraba en el saloncito rosado, después de haber desayunado con sus tíos, a punto de terminar una carta para su hermano Peter y dispuesta a iniciar una para su cuñada, Fran, cuando un toque en la puerta la interrumpió.

—Señorita Emily, ha venido a visitarla la señorita Sophie —anunció la doncella de su tía.

Emily sonrió, encantada con la perspectiva de charlar con la señorita Sophie Stewart, de quien se había hecho muy buena amiga en los escasos meses que llevaba viviendo ahí.

—Hágala pasar, por favor.

Sophie entró como una ráfaga de brisa. Se saludaron con un beso en la mejilla.

—Querida, hola. No había podido venir a visitarte porque mi madre está planeando un viaje a Londres, algo muy rápido, solo unos cuantos días para visitar a mi tía Margaret que, como sabes, ha estado un poco enferma; al parecer el clima de Londres no le sienta bien, pero no ha querido atender el consejo de mi madre de venir al campo. Es una pena. A mí me encantaría que vinieran ella y mis primas, pero mi tía no puede apartarse de la ciudad. En fin, ¿cómo has estado, querida?

A Emily le divertía sobremanera el modo de ser parlanchín y un tanto desenfadado de Sophie, así que la escuchó con paciencia y se dispuso a contestar cuando aquella tomó aliento:

—Bien, muy bien. Quisiera tener algo nuevo que contarte, pero solo puedo decirte que estoy escribiendo a mi hermano y a mi cuñada.

—Debe de ser difícil estar tanto tiempo sin ver a tu hermano, ¿verdad? — Sophie no sabía por qué le había hecho esa pregunta, pero salió de su boca antes de que se diera cuenta.

Peter vivía en Portugal. Años atrás había aprovechado una gran oportunidad para trabajar en una empresa naviera en la que había prosperado de forma notable. Acariciaba la idea de llevar a Emily a su hogar, pero estaba tan ocupado que había pospuesto la decisión de comentárselo hasta estar seguro de poder atenderla y brindarle las comodidades que su hermana

merecía. Su esposa estaba de acuerdo con él.

Emily no sabía nada de los planes de su hermano, pero con toda seguridad se sentiría muy emocionada, y muy tentada, al conocerlos.

—Sí, lo es. Ha sido muy difícil, sobre todo tras la muerte de mi padre. Me encantaría ir a visitarlo. Peter dice que Portugal es un país muy hermoso, la gente es muy cálida y tiene paisajes preciosos. Pero nunca ha insinuado siquiera la posibilidad de que yo vaya, así que, por el momento, me quedaré aquí. —Trató de parecer alegre, pero solo consiguió esbozar una sonrisa triste.

Sophie se dio cuenta e intentó de cambiar de tema: —Los primos de Londres del joven señor Wallace vendrán dentro de unos días de visita. Espero que podamos conocerlos. Estoy segura de que estarán presentes en la cena de los Fansworth. Creo que serán una adhesión interesante a la compañía.

Su entusiasmo ante la nueva compañía divertía a Emily. Ella no era tímida, pero el trato con la gente le resultaba casi indiferente. Sentía que no podía entablar una conversación con nadie, porque las damas se limitaban a hablar del clima, de las últimas modas y de los problemas propios y de los demás, mientras que los caballeros tocaban tópicos que consideraban fuera de la comprensión femenina, por lo que la excluían invariablemente, aunque ella, ávida lectora desde pequeña y curiosa de todo lo que la rodeaba, podía hablar con soltura casi de cualquier tema.

Por ello se limitaba a observar. Había desarrollado un curioso instinto para juzgar casi a primera vista el carácter de las personas.

—Yo también espero que sean interesantes.

La parquedad de Emily sulfuró por un momento a Sophie. Había aprendido que a su amiga no le resultaba atrayente hablar del clima, de la última moda de Londres o París, ni de los proyectos de marido. Ella preferiría hablar sobre las últimas novedades literarias o de los sucesos importantes en Londres, y no de los cotilleos de la alta sociedad.

—Pues yo confío en que lo serán, y estoy segura de que tú los encontrarás muy atractivos también. Y no descarto que alguno de ellos te encuentre muy apropiada —añadió en tono suspicaz.

Emily se puso muy seria.

—No pretendo que ningún joven me encuentre apropiada.

—No, por supuesto que no —concedió su amiga, sin afán de contrariarla —, tú aspiras a que un hombre te admire por tu intelecto.

Eso era cierto, pero Emily decidió no responder. No quería entrar en polémica con su amiga al revelarle lo improbable que consideraba el encontrar a un hombre que la viera no solo como un accesorio, sino como un ser pensante.

—¿Qué usarás para la cena de los Fansworth? —Emily decidió trasladarse a terrenos más seguros.

—Me pondré un vestido escarlata muy hermoso. Estoy segura de que causaré sensación.

—Tú siempre causas sensación —le dijo Emily casi riendo.

Sophie era muy bonita y tenía un carácter campechano que le ganaba la simpatía inmediata de casi todos los que la conocían. Era buena conversadora y una entusiasta bailarina, por lo que en las reuniones siempre era una de las jóvenes más solicitadas.

Emily no la envidiaba por ello, al contrario, se alegraba al pensar que su amiga conseguiría con facilidad lo que deseaba: un matrimonio conveniente con un joven apuesto y buen bailarín como ella.

—Estoy segura de que también tú harás furor.

Ahora sí dejó Emily escapar una carcajada genuina.

—Sí, por supuesto —admitió con ironía.

Sophie pensó que Emily era demasiado modesta, o no se había dado cuenta de lo bella que era.

Se despidió porque aún tenía que hacer otras visitas. Aparentaba fastidio, pero Emily sabía que le encantaba el trato con la sociedad.

Por la tarde, al no tener más que hacer, Emily se dedicó a hacer unos pequeños arreglos al vestido que pensaba ponerse para la cena los Fansworth.

Debido a la pena por la muerte de su padre había perdido algunos kilos, así que decidió aprovechar ese momento para ajustar el traje. Más tarde bajó a cenar.

Se hallaba distraída pensando en su hermano, en sus sobrinos y en la remota posibilidad de ir a visitarlos, cuando la voz de su tío la trajo de nuevo a la realidad. El señor Palmer había estado parloteando durante buen rato, pero la joven no se había dado cuenta.

—El señor Preston me dijo que su hijo Richard llegará del continente esta semana. Me interesa mucho charlar con él sobre los nuevos negocios que pueden llevarse a cabo fuera de Inglaterra...

—No me digas que piensas ir al continente —le interrumpió la tía Joyce.

—Bueno, no veo por qué no. Sería interesante, y también podría ser

productivo emprender un negocio.

—Tú no necesitas emprender un negocio —le dijo su esposa cariñosamente, en un tono que dejaba claro que el tema, al menos por su parte, estaba fuera de discusión.

—¿En qué parte del continente estuvo el joven señor Preston? —preguntó Emily.

—En Francia, en España, y creo que en el norte de África. Su padre dice que es un aventurero incorregible.

—Entonces no estaba de negocios —opinó Emily.

—Sí, Richard Preston al parecer estuvo explorando nuevas posibilidades de negocios. Creo que compró algunos barcos, y traerá un cargamento de té, telas y otros artículos preciosos de las Indias y de China.

Emily pensó que la posición del señor Preston era envidiable. Sus tíos siguieron charlando mientras ella pensaba en lo emocionante que sería recorrer esos lejanos y misteriosos países.

CAPÍTULO 3

—Querida, por favor, deja eso, ya es tarde, debemos llegar puntuales a la cena —la apremió su tía al ver que Emily no tenía prisa alguna.

Esta se encontraba haciendo unos bosquejos que se le habían ocurrido para unos vestidos; a pesar de que a ella en particular no le interesaba estar a la moda, le gustaba mucho la costura, y se entretenía creando originales diseños de vestidos que en sus ratos libres confeccionaba con retazos de las telas que su tía no utilizaba, y hasta el momento había demostrado tener un gran talento.

Miró a la mujer, y con gran tranquilidad le dijo: —Ya voy, tía, no te preocupes, estaré lista en muy poco tiempo, llegaremos puntuales.

Su tía la miró con severidad.

—No se trata de que estés lista en muy poco tiempo, sino de que estés lista y muy hermosa, Emily. Eres una dama, y tienes que estar no solo presentable, sino digna de admirar.

Decidió no contestar a eso. Dio un último retoque a su bosquejo y lo dejó a un lado para darle gusto a su tía y acallar sus reclamos.

Efectivamente, estuvo lista en muy poco tiempo, porque ya tenía preparado todo lo que iba a necesitar. La doncella la ayudó a peinarse, y como era muy joven, de tez lozana y bellas facciones, no requería de mucho trabajo en su arreglo.

Su tía la miró satisfecha cuando bajó las escaleras y se presentó, lista para irse a la cena de los Fansworth. Su cabello color chocolate estaba sujeto con unas coquetas horquillas, y el vestido hacía resaltar sus ojos de un verde oscuro con un aura dorada en el centro, además de marcar su esbelta figura.

No era muy alta, pero su silueta era hermosa y sus maneras eran elegantes aun sin proponérselo, ya que ella más bien pretendía lucir desenfadada, sin conseguirlo del todo, desde luego.

—Querida, estás hermosa.

A pesar de que el trato social no la entusiasmaba demasiado, Emily sintió un cierto regocijo al llegar a la casa de los Fansworth. Los anfitriones eran una pareja más o menos de la misma edad que Joyce y Miles. Sus hijos ya estaban casados, por lo que vivían solos, y ante la falta de ocupaciones se

dedicaban de lleno y con mucho brío a la vida social. No eran, sin embargo, dados al chisme, preferían las charlas tranquilas y eran amables con todo el mundo, por lo que Emily muy pronto se sintió a sus anchas, sobre todo cuando vio a su amiga Sophie.

Se saludaron con discreción y Sophie enseguida la tomó del brazo para estar más cerca y poder dedicarse al cotilleo con más comodidad.

—Los primos del señor Wallace llegaron el jueves, pero no he tenido oportunidad de verlos; tengo entendido que vendrán esta noche. Estoy segura de que nos divertiremos mucho.

—Yo también estoy segura de ello —dijo Emily, con genuino entusiasmo, aunque no pensaba en los primos del señor Wallace en particular, sino en la reunión en general.

Su amiga se apartó un poco para mirarla mejor.

—Estás muy hermosa esta noche —dijo, orgullosa, como si la apariencia de su amiga fuera obra suya.

Emily se sorprendió y hasta se sonrojó.

—Eres muy amable. Tú también estás muy bella, como siempre —atinó a decir.

Continuaron hablando del viaje que Sophie y su madre estaban planeando y hasta se sugirió la posibilidad de que Emily las acompañara, pero como a esta última no le gustaba ser una carga bajo ningún concepto, rechazó el ofrecimiento con amabilidad.

Poco después, el ama de llaves de la señora Fansworth anunció la cena, y todos pasaron al enorme y bello comedor, que había sido adornado para la ocasión con una gran cantidad de flores del invernadero del señor Jones.

La cena transcurrió entre charlas muy amenas y al concluir pasaron todos al salón del té, donde la mayoría de los caballeros formaron un corrillo, mientras que las damas formaron grupos diversos.

Un poco más tarde, Sophie se las arregló para que el joven señor Wallace les presentara a ella y a Emily a sus primos de Londres. Se trataba de tres jóvenes caballeros, apuestos y simpáticos: Horace, Jonas y Marcus.

Emily quedó gratamente sorprendida al darse cuenta de que esos jóvenes tenían una mente abierta y eran dados a hablar de muchos y diversos temas que nada tenían que ver con el clima o las cualidades de las damas casaderas.

Charlaron con tanta alegría durante un largo rato que llamaron la atención de más de una persona con sus risas espontáneas y sus comentarios jocosos.

Emily no reía escandalosamente, pero sí sonreía de una manera

encantadora y respondía aún con mayor ingenio a los comentarios de sus acompañantes.

Su actitud, contraria a la de Sophie y a la del resto de las jóvenes presentes, más desenfadada y desenvuelta, llamó la atención de cierto caballero, que reparó en ella de pronto, ya que durante la cena Emily no le había despertado un interés especial, tal como no lo hacía ninguna mujer, en realidad.

Richard Preston escuchaba con atención la conversación entre su hermano Charles, el señor Jones y el anfitrión de tan agradable reunión, y aprovechando un aparte entre estos últimos, preguntó a su hermano quién era la dama del vestido verde.

Charles se volvió para ver a quién se refería.

—Es la señorita Emily Jeffries, sobrina de la señora Palmer.

Richard, quien se preciaba de conocer a casi todos en Canterbury, señaló: —Nunca la había visto.

—Su padre falleció hace unos meses, y como no tiene más familia, los Palmer la acogieron. La señora Palmer y el padre de la señorita Jeffries eran hermanos.

A Richard le pareció extraño que siendo reciente la muerte del padre de la dama, esta ya se encontrara en reuniones sociales. Su hermano pareció leer su pensamiento, por lo que se apresuró a aclarar: —Su tía la incita a asistir a diferentes reuniones; parece que la señorita Jeffries se encontraba muy abatida por la muerte de su padre, y su tía la ha ayudado a superar su pena. Al menos es lo que le ha comentado a Candice.

Ella y las damas en cuestión han simpatizado mucho.

—Candice simpatiza con todo el mundo. Tu esposa es una mujer muy jovial —dijo Rick riendo.

Su hermano lo miró inquisitivo.

—Sí, lo es, y estoy seguro de que una dama con un carácter semejante sería ideal para ti.

A Rick se le borró la sonrisa.

Charles le clavó la mirada, divertido.

—Eso es lo que opina el abuelo...

—Sí —le interrumpió Rick—, está más decidido que nunca a obligarme a casarme —lo dijo casi en un susurro, ya que era un tema que la causaba gran desazón.

Se había resistido al matrimonio durante años, desde que cumplió los

veintiuno y su padre empezó a presionarlo para que buscara una dama apropiada y se casara. Al principio, el señor Charles Preston pensó que tarde o temprano su hijo cedería, pero pasaban los años y Rick parecía cada vez más reacio a atarse a una mujer.

Las discusiones fueron subiendo de tono y llegaron a tal punto que su padre amenazó con dejarlo fuera de su testamento.

Pero fue el abuelo de Rick, Malcolm Preston, quien le puso el ultimátum final. Un buen día llamó a su hijo, a Charles y a Rick, y les informó de que si este último no había contraído matrimonio para cuando cumpliera los veintinueve años, la herencia que tenía contemplada para él, consistente en una enorme propiedad en una de las zonas más lujosas de Londres, y treinta mil libras, pasaría a manos de los hijos de su nieto Charles.

Llegó incluso a afirmar que si Rick se casaba antes del plazo señalado, le daría dicha herencia en vida.

—No tendría que obligarte si tú no fueras tan necio. No creo que entre todas las damas casaderas de Londres no exista alguna que pueda persuadirte de dejar la soltería y sentar cabeza por fin. —Hizo una pausa y agregó, sonriendo satisfecho—: el matrimonio no es tan malo.

Rick lo miró entre escéptico y molesto.

—No debe ser tan malo cuando tienes inclinación a ello, pero yo no nací para eso. De verdad —añadió con cierto de cansancio—, no entiendo la finalidad práctica del matrimonio. Yo no necesito buscar una dama de fortuna porque yo mismo tengo amplios recursos; no me interesa un título nobiliario, y las damas casaderas de Londres... bueno, prefiero reservarme mi opinión sobre ellas.

—¿Y qué hay de los hijos? ¿Acaso no te gustaría tener herederos?

Rick hubiera deseado tener una respuesta ingeniosa para esa pregunta, pero guardó silencio.

El tema de la herencia de su abuelo no le había molestado hasta entonces, a pesar del ultimátum, pues pensaba que podía prescindir de ella al tener muchos negocios prósperos. Sin embargo, en ese preciso instante en el que tenía grandes cantidades de libras invertidas en un ambicioso proyecto de construcción de un astillero y en la compra de mercancías de China y la India, pensaba que el legado de su abuelo le sería extremadamente útil.

Había considerado que bien podía pedirle un préstamo a su abuelo para terminar de concretar con tranquilidad sus últimos negocios, pero por nada del mundo se atrevería a hacerlo, porque sería darle armas para que lo

presionara en el tema que tanto le incomodaba.

Decidió dejar de pensar en el asunto, al menos por el momento, ya que su cumpleaños número veintiocho estaba muy cerca, y el tiempo para resolver su dilema se le estaba acabando.

Sin embargo, no pudo dejar de lado el tema ya que en ese momento un corrillo de jóvenes damas se acercó a él para agobiarlo con preguntas entusiastas sobre sus viajes, su temporada en Londres y sobre cuánto tiempo pensaba quedarse en Canterbury.

A pesar de su fama de soltero empedernido, aún había muchas damas dispuestas a intentar sacarlo de ese estado.

Emily se percató de lo anterior, y le divirtió la expresión de agobio de Rick. En una oportunidad en que los Wallace parecían muy concentrados en su propia conversación, le preguntó a Sophie quién era el hombre al que rodeaban todas esas señoritas como abejas al panal.

Sophie se volvió para mirarlo y dejó escapar un suspiro.

—Mmm... es el señor Richard Preston, hijo del señor Charles Preston.

Acaba de llegar de un largo viaje por el continente, y creo que incluso estuvo en la India, no estoy segura. —Sophie hizo una pausa y luego continuó—. Es una pena que sea un enemigo declarado del matrimonio. Si no fuera por eso yo ya habría intentado echarle el lazo. Pero no merece la pena: al parecer no piensa casarse.

Emily enarcó una ceja, entre escéptica y curiosa. Su amiga interpretó su gesto y ahondó en su explicación:

—El señor Preston, el padre de Richard, le ha estado pidiendo durante años que se case, pero él ha sabido esquivar muy bien esa responsabilidad y ha logrado permanecer soltero, sin que los regaños, súplicas o amenazas de su padre surtan efecto alguno. Nunca se ha sabido que corteje a ninguna dama, y jamás ha mostrado interés alguno en una mujer... Aunque, quién sabe, tal vez en el continente tenga una amante —añadió en voz baja.

—¡Sophie, no digas esas cosas! No es correcto —la reprendió Emily en un susurro, sin poder evitar ponerse roja como una amapola.

En ese preciso instante Rick la miró, y aunque ella tenía la vista puesta en su amiga, su sonrojo no pasó desapercibido a su bien entrenada mirada.

En realidad recorría el salón con los ojos tratando de encontrar una buena excusa para desembarazarse de la compañía femenina, pero estos fueron a posarse en la señorita Jeffries, quien, por alguna misteriosa e interesante razón, se hallaba con las mejillas arreboladas y un gesto ceñudo, por lo que

supuso que estaba reprendiendo a su amiga. Tuvo que reconocer que se veía muy hermosa.

Su hermano Charles llegó en ese momento para decirle que su padre requería su presencia, y Rick le agradeció internamente el que lo salvara del asedio de esas bellas pero molestas damas.

CAPÍTULO 4

—La cena de los Fansworth resultó mucho más entretenida que en otras ocasiones. Me divertí mucho —comentó la tía Joyce al día siguiente, durante el desayuno, con mucho entusiasmo.

El señor Palmer se encontraba muy entretenido leyendo el periódico, por lo que no respondió, pero Emily apuntó:

—Estoy de acuerdo contigo, tía. Yo también me divertí mucho. Los primos del señor Wallace son muy simpáticos, hasta tuvieron la delicadeza de invitarnos a Sophie y a mí, con nuestras familias por supuesto, a pasar una semana en Hampshire, donde tienen una casa de campo, muy amplia y hermosa, según dijo el señor Wallace.

—Sería muy agradable poder acompañarlos. La madre de los jóvenes Wallace es muy amable y jovial, la conocí en Londres el año pasado. —Dejó de untar mantequilla a un trozo de pan y miró significativamente a Emily—.

Además, tendrías la oportunidad de convivir con ellos más estrechamente. Quién sabe, tal vez alguno de ellos se enamore de ti.

El tonó pícaro de su tía no pasó desapercibido a Emily. Los muchachos le habían parecido muy simpáticos, pero nada más, ninguno había logrado despertar en ella el deseo de intimar, pero decidió no decepcionar a su tía.

—Sí, tal vez.

Al terminar de desayunar su tía se dispuso a leer la correspondencia, y Emily se dirigió al desván, al pequeño cubículo que había habilitado como cuarto de costura, para terminar un vestido que le había encargado Sophie sobre un diseño que había visto en una revista que le envió su tía Margaret de Londres.

Su tía subió un poco más tarde para comentarle que Candice Preston las invitaba a tomar el té y a disfrutar de una cena que pensaba ofrecer en honor de su cuñado, el señor Richard Preston, para celebrar su regreso del continente. Aunque se trataba más bien de una cena íntima, la señora Preston decidió invitar a los Palmer porque en las últimas semanas había estrechado su relación con Joyce y Emily.

A esta última no le sentó muy bien la invitación porque interfería con sus planes de terminar ese mismo día el vestido de su amiga. El diseño eran tan

hermoso y ella había puesto tanto empeño en la confección, que estaba tan ansiosa como Sophie por verlo terminado. Sabía que no quedaría totalmente listo ese día, pero sí casi todo, solo quedarían pendientes algunos detalles.

Además, todavía no se sentía con ánimos suficientes para tener una vida social tan activa, pero notaba el esfuerzo que hacía su tía por distraerla.

Sonrió, intentando disimular su desencanto, y atinó a decir que sería muy agradable pasar la tarde con los Preston.

La casa de Candice y Charles Preston era sumamente elegante, pese a su sobriedad, y muy acogedora. A Emily le encantaba, especialmente la sala de estar y la biblioteca. En la primera tomaron el té las tres damas, charlando alegremente.

—Es una pena que su madre y su hermana no puedan estar con nosotros esta tarde —dijo Joyce a la señora Preston.

—Sí, lo es, pero mi madre siempre prefiere estar en Londres. No sé por qué, yo nunca pude acostumbrarme a la ciudad. El campo es para mí el lugar ideal.

Emily hubiera querido decir que ella estaba totalmente de acuerdo, pero su tía tomó el turno antes:

—A mí me encantaría poder llevar a Emily a Londres durante la temporada.

Estoy segura de que causaría sensación.

Emily se sonrojó vivamente y dijo con timidez: —Exageras, tía. Apenas se fijarían en mí.

Joyce no pudo replicar a la modesta afirmación de su sobrina, porque en ese momento entró Charles.

Saludó muy cortésmente a sus invitadas y les informó que su hermano Richard aún no había llegado, por lo que él y el señor Palmer, junto con su padre, lo esperarían en las caballerizas.

Candice sonrió.

—Creo que pasar tanto tiempo en el continente ha hecho que Rick se olvide de lo que significa la puntualidad. —En su voz no había un dejo de crítica, más bien parecía estar extrañamente orgullosa de ese pequeño defecto de su cuñado.

—¿Hace mucho que estaba fuera de Inglaterra? —preguntó Joyce.

—Poco más de seis meses —respondió Candice, dando un sorbo a su taza de té—. Estuvo en Francia, en Italia y en España, y creo que también pasó unas semanas en Portugal. Estuvo a punto de marchar a la India, pero su

padre lo llamó para atender algunos asuntos de la familia.

—Anoche me pareció más apuesto que cuando se fue, incluso se ve más robusto. Parece inconcebible que aún no se haya casado.

Emily apenas prestaba atención a la conversación. La mención de Francia y Portugal habían hecho volar su pensamiento hacia su hermano y los sueños que albergaba de poder visitar esos países y sentirse libre, independiente y de mundo, aunque sabía que no era apropiado que una señorita tuviera semejantes pensamientos. Sin embargo, cuando su tía mencionó el atractivo físico del señor Richard Preston evocó su imagen de la noche anterior: era ciertamente un hombre muy atractivo.

Tenía los ojos de un verde oscuro que por momentos tendía al gris; sus labios estaban muy en consonancia con su rostro ancho y su fuerte mentón, y se curvaban en una peculiar sonrisa que podía hacer derretirse a cualquier mujer.

Sus facciones no eran particularmente hermosas, pero sí muy varoniles.

Su mayor atractivo, empero, radicaba en su cuerpo: era muy alto, de espalda ancha, brazos gruesos y fuertes y largas piernas. Era robusto, pero para nada obeso, sino al contrario, ya que aun la ropa dejaba ver sus marcados músculos.

Sonrió imperceptiblemente al recordar lo que Sophie le había contado sobre la acérrima negativa del señor Preston al matrimonio, y luego, sin prestar mayor atención a sus compañeras, siguió pensando en su hermano, en sus sobrinos, y en la muy remota posibilidad de viajar a Portugal. ¿Acaso podría ella convertirse en una prestigiosa modista y con ello hacer suficiente fortuna para visitar todos los lugares que anhelaba?

«Soñar no cuesta nada» solía decir su madre y, efectivamente, ella comprobaba que no le costaba nada soñar, pero a veces sentía que el peso de sus deseos era muy grande comparado con las escasas posibilidades que tenía de realizarlos. Por ello nunca los compartía con nadie, ni siquiera con su tía o Sophie, porque no quería que pensarán que era una soñadora sin remedio, ya que ella se preciaba de ser una persona sensata y con gran sentido común.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por la entrada de los señores Preston y el señor Palmer. Las damas se pusieron de pie a la entrada de los caballeros, hicieron una reverencia y los caballeros las saludaron cortésmente.

Rick se dirigió primero a su cuñada, saludó a la señora Palmer, y luego se dispuso a ser presentado a la señorita Jeffries.

—Querido Rick, te presento a la señorita Emily Jeffries, sobrina de la señora y el señor Palmer.

Emily hizo una leve reverencia, y sonrió escuetamente.

Rick la miró fijamente a los ojos, un tanto extrañado por la reacción de Emily. Estaba acostumbrado a que las damas le sonrieran muy abiertamente no solo al conocerlo por primera vez, sino en cada ocasión que tenían oportunidad de estar cerca de él, y esa sonrisa de ella, más parecida a una mueca que a una sonrisa, lo desconcertó.

Sin embargo, no perdió la compostura, y él sí sonrió abiertamente.

—Es un placer conocerla, señorita Jeffries.

Iba a agregar su esperanza de que ella encontrara agradable su estancia en Canterbury, pero recordó las tristes circunstancias que la habían llevado ahí, y prefirió guardar silencio.

El amago de sonrisa de ella no tenía nada que ver con el señor Preston, en realidad; simplemente los pensamientos que había estado acariciando la ponían de mal humor. Al darse cuenta de que su actitud podía parecer descortés decidió recomponerse y sonrió con calidez.

—Qué gusto, señor Preston.

No dijo nada más, y nuevamente su parquedad desconcertó a Rick, habituado como estaba a que las damas parlotearan por el simple afán de serle agradables o de llamar su atención.

La señorita Jeffries parecía más bien comedida, y él quiso pensar, por alguna razón, que su actitud no era por timidez sino por discreción.

Y no se equivocaba: Emily no era tímida precisamente, pero había aprendido que era mucho mejor escuchar y observar en silencio que expresar todas las opiniones de una vez. De hecho, muchas veces sentía que sus opiniones eran demasiado radicales, por lo que prefería quedarse callada que exponerse al ridículo.

Además, había descubierto que de ese modo podía conocer mejor el carácter de los demás, y eso le daba cierta ventaja para juzgarlos.

Con el señor Richard Preston, a pesar de lo atractivo que fuera, no pensaba actuar diferente.

—Querida, estás muy distraída. —La dulce voz de su tía la devolvió al salón de té de la señora Preston.

Emily pareció salir de un trance.

—El señor Preston nos hablaba de lo hermoso que es España en estos meses. Y también estuvo en Portugal —añadió con entusiasmo, tratando de

captar el interés de su sobrina.

Emily sonrió, mientras Rick la miraba inquisitivo, quizá tratando de averiguar por qué ese país podría tener un interés especial para la señorita Jeffries, pero no lo preguntó.

—Ha sido usted muy afortunado al poder viajar tanto, señor Preston — dijo Emily.

«Qué envidia» pensó.

—Bueno, no puedo negar que aunque mis viajes han sido en su mayor parte por motivos de negocios, también he tenido la oportunidad de conocer muchos lugares muy hermosos e interesantes.

—Estoy segura. —Emily no tenía muchos deseos de hablar, aunque no podía negar que el señor Richard Preston le resultaba agradable, ya que no parecía pretencioso en absoluto.

—Charles y yo estábamos planeando hacer un viaje a Italia el próximo verano, pero con la llegada del nuevo bebé creo que tendremos que posponerlo —intervino Candice, quien ya ostentaba un vientre abultado.

—No creo que eso sea mayor problema. Para entonces el bebé ya tendrá varios meses, y puedes llevar a Gertrude para que te ayude —opinó Rick—.

Creo que no deberías desaprovechar la oportunidad. Viajar y conocer otros lugares es una de las mejores experiencias que una persona puede tener, en mi humilde opinión, a pesar de las incomodidades que puedan presentarse.

«Estoy segura que sí» se dijo Emily, con tristeza.

—¿Piensa quedarse mucho tiempo en Inglaterra, señor Preston? — preguntó Emily, tratando de salir de su ensimismamiento.

Él la miró, complacido de que por fin pareciera un poco más atenta.

—En efecto, tengo varios asuntos importantes que atender, después de mi larga ausencia.

Emily y la señora Palmer esperaron que se extendiera en la explicación de esos asuntos importantes, pero no lo hizo, y como no eran de su incumbencia, no hicieron más preguntas.

El ama de llaves acudió entonces para avisar que la cena estaba lista, y todos pasaron al comedor.

Aunque Emily tenía predilección por la sala de estar y la biblioteca de la casa de la señora Preston, tuvo que admitir que el comedor era un lugar precioso. La mesa era larga, de ébano, con doce sillas de muy elegante y delicado diseño. A un costado se encontraba una finísima vitrina a juego, llena de platonos de porcelana y finas copas de cristal cortado. Un enorme

espejo que reflejaba la luz que entraba por el ventanal que daba al jardín hacía que la estancia pareciera aún más grande, y las flores frescas dispuestas en grandes jarrones por toda la habitación la hacían sumamente agradable y acogedora.

Emily suspiró; bueno, no podía quejarse, todos eran muy amables con ella y Canterbury era un lugar hermoso al cual era fácil acostumbrarse.

La cena transcurrió tan agradablemente como cabría esperar. Rick estaba feliz de estar nuevamente en casa, y su hermano, su padre y su cuñada, así como sus dos sobrinos, muy satisfechos de tenerlo de vuelta.

Los tres señores Preston y el señor Palmer rápidamente encauzaron la conversación hacia las cuestiones de negocios, mientras que la señora Candice y la señora Palmer empezaron a charlar de diversos acontecimientos sociales que estaban en puertas, de las últimas tendencias en la moda y de la bendición por el bebé que estaba por llegar.

Emily los escuchaba a todos, aunque prestaba más atención a la conversación de los caballeros, y de pronto se vio sorprendida observando a Rick, aunque no por las razones que comúnmente era observado. Al verla le dijo amablemente en voz baja, para que solo lo escuchara ella: —Me parece que está usted aburriéndose horriblemente.

Ella no pudo evitar sonrojarse. Por nada del mundo quería dar esa impresión, en esa o en ninguna otra casa, especialmente porque su tía se esforzaba mucho por distraerla, y no quería decepcionarla.

—No, no, por supuesto que no. Es cierto que hablar de moda y de las reuniones más próximas no me resulta muy entretenido, pero sí me parece muy interesante el hablar de barcos, y de nuevas mercancías. Debe ser muy emocionante estar a cargo de tantos negocios.

Si a Rick le sorprendió que ella mostrara interés en asuntos reservados a los varones, no lo demostró.

—Bueno, emocionante no es la palabra que yo emplearía, pero debo confesar que es muy estimulante, aunque a veces uno quisiera deshacerse de todo y escapar a una isla lejana —Rick dijo lo último en tono de broma.

Volvió a ponerse serio al continuar:

—Su tío está interesado en emprender algún negocio. En estos momentos yo tengo entre manos un proyecto muy interesante y el señor Palmer está pensando seriamente en acompañarme a Liverpool para ver el avance del mismo. Tal vez usted y su tía quisieran acompañarlo.

A Emily le encantó la idea.

—No sé si a mi tía le agrada demasiado la idea de un viaje semejante, pero estoy segura de que a mí me encantaría.

En ese momento el ama de llaves se acercó a la señora Preston y le dijo algo en voz muy baja. Luego la anfitriona se dirigió a su cuñado: —Rick, querido, me apena mucho molestarte, especialmente cuando no hemos terminado de cenar, pero Frank y Emma insisten en que tú los lleves a la cama.

Rick ya empezaba a levantarse cuando dijo: —Será un placer. Si me disculpan un momento. —Y fue a llevar a la cama a sus sobrinos.

—Los niños lo adoran —aclaró la señora Preston—, especialmente Frank. Estoy segura de que es porque Rick le cuenta cientos de historias sobre el mar, y porque lo deja correr a caballo.

—Eso quiere decir que seguramente será muy buen padre. Cuando se case, claro —puntualizó la señora Palmer.

Candice sonrió enigmáticamente.

—Sí, todos pensamos eso. Pero no vemos la hora de que Rick siente cabeza.

Charles trató de disculparlo:

—Al parecer, mi hermano ha estado tan ocupado con sus negocios que no ha tenido tiempo de buscar esposa.

El señor Preston, padre, prefirió guardar silencio. Ese tema le resultaba muy molesto y no quería hacer una escena en casa de su hijo y de su nuera.

—Bueno, aún es muy joven. Estoy segura de que pronto encontrará una dama que lo haga dejar a un lado sus negocios —opinó, optimista la señora Palmer.

El padre de Rick pensó que su hijo, en realidad, ya no era tan joven, pero, nuevamente, decidió guardar silencio.

Rick apareció unos veinte minutos después, con el cabello levemente alborotado y la chaqueta en el brazo. Candice supuso que había estado jugando en la cama con sus hijos, y se limitó a sonreír. Sí, Rick algún día sería un gran padre.

Cuando terminaron de cenar pasaron al salón. Candice pidió café para las damas y los caballeros se sirvieron brandy.

Cuando los temas de negocios y política se agotaron, Rick dijo al señor Palmer:

—Su sobrina parece ser una dama muy inteligente.

Miles sonrió abiertamente. Había cobrado mucho cariño a Emily en los

últimos meses y se sentía orgulloso de ella por su carácter afable y por enfrentar tan estoicamente su pena.

—Sí, lo es. Emily es una joven muy culta, le encanta leer, y lo mejor de todo es que tiene opiniones propias. Mi esposa, con muy buenas intenciones, trata de distraerla con temas superficiales, pero yo sé que Emily tiene otros intereses —bajó un poco la voz, para que las damas no lo escucharan—. A veces creo que si su padre le hubiera dejado una buena fortuna, Emily tomaría sus baúles y se iría de viaje en busca de aventuras.

Rick enarcó una ceja.

—¿De verdad? Parece una joven muy tranquila.

—Lo es. Pero en el fondo creo que es una aventurera. Como dije, le encanta leer, y la he sorprendido varias veces estudiando un atlas y libros de viajes.

—Tal vez solo se trata de curiosidad académica —intervino Charles, el padre de Rick—. Las damas no suelen interesarse por esos asuntos.

El señor Palmer hubiera querido replicar que su sobrina no era como la mayoría de las damas, pero no quiso contradecir al señor Preston.

Poco después se dio por concluida la reunión; los Palmer, junto con Emily, volvieron a su hogar, y Rick hizo lo propio instantes más tarde.

CAPÍTULO 5

—Oh, Emily, te quedó precioso. —Sophie parecía una niña con una muñeca nueva mientras daba vueltas con el vestido que Emily acaba de terminar para ella en el regazo, fingiendo que se hallaba en un baile y que era la dama más hermosa y elegante de todas.

Emily no pudo evitar reír alegremente al ver el entusiasmo de su amiga. Se sentía feliz, por ella y por Sophie. Sabía que su amiga tenía una fascinación especial por los vestidos nuevos y hermosos, y se sentía muy complacida de que su trabajo le hubiese gustado tanto.

—¿Cuándo piensas usarlo? —le preguntó Emily cuando por fin Sophie dejó de dar vueltas.

La sonrisa de Sophie no pudo ser más alegre y significativa.

—Oh, querida, pienso usarlo en la boda de la señorita Sanders, dentro de dos semanas. Se casa en Londres, será una boda de lo más elegante. Y yo estaré radiante.

—Oh, Sophie, claro que estarás radiante. Y solo por curiosidad, ¿estarán los jóvenes Wallace presentes en esa memorable ocasión?

Sophie lanzó una exclamación de placer.

—Sí, sí irán, el prometido de Alice Sanders es amigo muy cercano de ellos. ¿Por qué? ¿Acaso quieres asegurarte de que podrás bailar con alguno de ellos en particular?

Emily lanzó una sonora carcajada.

—¡Por supuesto que no, Sophie! Lo preguntaba por ti. No pude dejar de notar cómo te miraba Marcus durante la cena de los Fansworth.

—¡Ay, sí! Es tan apuesto, ¿verdad? Aunque te confieso que me parece más atractivo Jonas, pero Marcus no está nada mal, y es tan simpático.

Sophie esperaba que Emily expresara su propia opinión sobre los hermanos Wallace y se pronunciara en favor de alguno en particular, pero no lo hizo.

—Vamos, Emily. ¿Acaso ninguno de ellos te atrae?

—Sophie, ya sabes que no estoy interesada en eso. Tengo... —titubeó— otras cosas en la cabeza.

—Bien, no te preocupes. Haces bien en no fijarte en los Wallace, porque

tengo el presentimiento de que lograrás atraer a un hombre mucho más atractivo e interesante que cualquiera de ellos.

Emily pensó que su amiga lo decía solamente para fastidiarla, pero algo en su tono le pareció muy enigmático. Pese a ello decidió no ahondar en el tema.

—Supe que tus tíos y tú cenaron hace unas noches con los Preston —inquirió Sophie poco después.

—Sí, la señora Preston ofreció una cena para su cuñado, y tuvo la gentileza de invitarnos. Últimamente ella y mi tía Joyce se han vuelto muy cercanas.

También yo la encuentro sumamente agradable.

—¿Y qué tal estuvo el señor Preston?

—El señor Preston es siempre un anfitrión muy correcto —dijo Emily.

—¡Emily, por Dios! No me refiero a Charles, sino a Richard.

Emily abrió los ojos como platos porque en ningún momento se le hubiera ocurrido lo anterior.

Se encogió de hombros como si no encontrara la respuesta precisa a la pregunta de su amiga.

—Pues... estuvo muy amable. Es un hombre muy educado, culto, ya sabes que ha viajado mucho. Además parece ser muy inteligente. Y sus sobrinos lo adoran —añadió en un tono que a Sophie le pareció muy cómico, ya que no esperaba ese dato.

—¿Conversaste con él?

—Sí, un poco. Me comentó que está llevando a cabo un proyecto en Liverpool, aunque no me dijo en qué consiste, y hasta mencionó la posibilidad de que mis tíos y yo vayamos con él a ver su avance.

Sophie empezó a palmotear.

—¡Ay, querida! ¡Qué emoción!

—¿Qué emoción? ¿Por qué? —La reacción de su amiga le pareció exagerada.

Sophie la miró por un instante como si quisiera recriminarle su ingenuidad, pero decidió salirse por la tangente:

—Porque puedas ir a Liverpool, Emily, claro. ¿No te emociona eso?

Siempre hablas de viajes...

—Por supuesto que me emociona, pero no creo que a mi tía le resulte muy atractiva la idea.

—Pues deberías convencerla. Me parece que te hace falta cambiar de

aires, salir y ver gente y lugares nuevos. No digo que yo no sea una excelente compañía — agregó con aire de suficiencia—, pero creo que te sentaría muy bien distraerte fuera de Canterbury.

—Haré lo posible —dijo Emily, tratando de parecer convencida.

Sophie se despidió poco después, no sin antes provocar un nuevo revuelo por lo hermoso que había quedado su vestido, y Emily se dispuso a gozar de la tranquilidad de la soledad con un buen libro y una jarra de limonada.

CAPÍTULO 6

Aunque los Palmer y Emily estaban invitados a la boda de la señorita Sanders, no asistieron a tan magno evento. Emily se encontraba más bien indispuesta, y aunque le aseguró a su tía que podría acudir a la fiesta, su tía prefirió que se quedaran en casa.

Durante esos días Emily se vio aquejada de un fuerte resfriado luego de haber sido sorprendida por una tormenta. La joven le rogó a su tía que fueran sin ella, pero su tía no quiso ni escuchar hablar de dejarla mientras estaba enferma.

Así que Joyce tuvo que conformarse con escuchar los maravillosos relatos sobre tan importante acontecimiento.

Las primeras en acudir a ponerlas al tanto fueron Sophie y su madre, quienes fueron a casa de los Palmer para enterarse de la salud de Emily, y además contarles los pormenores del evento.

Emily escuchó fascinada la descripción del salón, los elegantes vestidos de las damas que asistieron, el ajuar de la novia, el pastel y la exquisitez de los platillos.

Por un momento se sintió apenada al no haber podido asistir, y sintió aún más pena por su tía, pero Joyce escuchaba con tanta atención como ella, y no parecía lamentar el no haber acudido.

Por la tarde fueron los Preston quienes les hicieron una visita, de igual manera, para informarse del estado de salud de la joven.

A Emily le sorprendió que incluso acudiera Rick Preston, pero no lo demostró. Consideraba que era un hombre demasiado ocupado, y despreocupado de los asuntos de sociedad, como para tomarse un poco de tiempo en hacer una visita social.

—Veo que se encuentra mucho mejor, señorita Jeffries. Me alegro por usted —le dijo Rick cuando su cuñada y la tía de Emily se enfrascaron en su propia conversación sobre la mencionada boda.

—Es usted muy amable. Afortunadamente fue solo un resfriado, y mi tía me cuidó muy bien.

—Debe de estar apesurada por no haber podido asistir a la boda de la señorita Sanders —añadió él.

—En realidad lo siento más por mi tía que por mí. No soy muy dada a los eventos sociales, pero me apena ser la causa de que mi tía no haya podido asistir. Yo disfruto más quedándome en casa.

Aunque Rick intuía que así era, no pudo dejar de sorprenderse por esa pequeña confesión, pero no lo demostró. Sí sonrió, sin embargo, al señalar: —Cualquier dama en su lugar habría hecho hasta lo imposible por asistir.

—Especialmente cualquier dama casadera —admitió Emily.

—No podemos negar que un acontecimiento como ese es una oportunidad excelente para ellas. —No quiso añadir «para que busquen solteros a quienes cazar», pero Emily lo intuyó al ver su gesto de seriedad.

Por ello no pudo evitar burlarse un poco de él.

—Supongo que usted debe haber sido uno de los solteros más solicitados.

—Su sonrisa juguetona llamó la atención de Rick.

Así que estaba riéndose a su costa. Bien, eso era una novedad.

—Las damas siempre tienen a bien distinguirme muy amablemente con sus atenciones —atinó a decir.

Emily hubiera querido soltar una carcajada al ver el gesto contrariado del señor Preston, pero se contuvo. «Pobre hombre» pensó. Bien, le daría una tregua.

—Supongo que a quienes preferimos estar solos nos resulta un tanto incómodo ser objeto de semejantes atenciones —lo dijo por ella misma, ya que empezaba a sentir la presión de su tía Joyce por comenzar a buscar prospectos.

Rick la entendió perfectamente. Al parecer ambos se encontraban en una situación similar.

De pronto, una idea le asaltó como si tuviera vida propia. Si su situación financiera al momento no fuera tal, jamás habría considerado la idea, o eso se dijo a sí mismo, pero necesitaba el dinero que su abuelo le había prometido, y lo necesitaba ya.

Había considerado también la opción de pedir un préstamo a los bancos, pero bien sabía Dios que odiaba pedir prestado, ni siquiera lo hacía con su hermano Charles, por lo que la opción que se le presentaba le pareció de lo más factible.

Tras el último comentario de Emily dejó las formas a un lado e hizo un comentario muy directo:

—Entonces no tiene usted el propósito de casarse, aún.

Ella tenía la mirada baja, fija sobre la taza de té que había estado

suspendida en su mano durante un largo instante, y al escucharlo se volvió para mirarlo a los ojos. Le pareció extraño que él fuera tan directo, pero en cierto modo le agradó no tener que andarse con rodeos disfrazados de buenos modales.

—No, de hecho no. Antes quisiera hacer algunas otras cosas.

No pensaba añadir que en realidad no tenía intención de contraer matrimonio, a menos que estuviera loca y absolutamente enamorada, y que su pareja la amara profundamente.

—¿Puedo preguntar cuáles son esas otras cosas?

Ahora sí ella respondió con más entusiasmo: —Viajar. Me encantaría viajar, deseo conocer París, en primer lugar, aunque también el área rural de Francia me atrae mucho. También quisiera visitar Italia, Austria, y especialmente Portugal. Y aunque suene como una locura, me encantaría viajar a la India. He leído algunos libros en los que describen las costumbres y los lugares tan exóticos de ese país, y realmente me parece muy interesante.

Él sonrió.

—No niego que la India es muy interesante, pero viajar allá es de lo más incómodo, tanto la travesía como la estancia. Y, no me lo tome a mal, pero no me parece adecuado para una dama como usted.

—¿Cómo dice? Pero ¿por qué no habría de ser adecuado? —No quiso sonar indignada, pero odiaba la condescendencia ajena hacia su sexo.

—Como le he dicho, por las calamidades que tendría que sufrir. No tiene idea de lo difícil e incómodo que es el viaje. Y el clima... es terrible.

—Bueno, tampoco es que tenga planeado ir a la India inmediatamente —dijo ella con cierta amargura—. Pero ciertamente sus palabras no me desaniman.

—Eso es porque nunca ha estado en la India, señorita Jeffries —replicó sonriente.

Ella se sintió insultada por el tono paternalista del señor Preston, pero no dijo nada más.

«Por supuesto» pensó, «como tengo tan poca experiencia en la vida», y enarcó los labios en una sonrisa que ocultaba muy mal su desazón.

La visita de los Preston concluyó poco después, y Emily se fue al desván a continuar con sus labores de costura mientras las palabras de Richard la asaltaban una y otra vez: «Eso es porque nunca ha estado en la India...», y la imagen de su sonrisa la acosaba sin tregua.

No le hacía ninguna gracia que le recordaran que era una chica inexperta

y que había muy poco que pudiera hacer al respecto.

Aunque Rick no tuvo semejantes intenciones al decirlo, Emily sintió que se burlaba de ella. Pero al mismo tiempo sabía que era un caballero, al menos su comportamiento con ella, en las escasas ocasiones que habían estado juntos, así lo demostraba. Su exasperación se debía más bien, aunque le costó mucho admitirlo, a que le gustaba charlar con él, y a que su sonrisa tenía la facultad de ablandarla.

Aspiró profundo, cerró los ojos y trató de concentrarse en sus objetivos.

Tenía sueños, tenía que luchar por realizarlos, y si tenía que rogarle a su hermano para que la llevara con él, lo haría. Estaba decidida. Tenía 21 años, había perdido a sus padres, su hogar, y ya era hora de que la vida le devolviera algo de la alegría que le había quitado.

Se forzó a pensar en ello, y lo hizo con tanto entusiasmo que el vestido que estaba confeccionando para Fanny, la hermana de Sophie, quedó prácticamente terminado esa misma noche.

CAPÍTULO 7

Richard había tenido que ir a Londres a atender con su socio, el señor Pendleton, algunos asuntos urgentes relacionados con el proyecto del astillero, y luego se dirigió a Liverpool para supervisar los arreglos a una nave que había adquirido hacía muy poco tiempo.

El señor Pendleton había dejado muy en claro que le parecía un gasto innecesario el adquirir un barco cuando estaban concretando el proyecto de construcción del astillero, que ya tenía un notorio avance, pero Rick había insistido en que los negocios que tenía en esos precisos instantes requerían contar al menor con otras dos naves, y no podía darse el lujo de esperar a que pudieran construir las en su propio astillero.

Su socio lo entendió así y aplaudió su visión. A Rick poco le importaba que el círculo aristocrático en que se desenvolvía en Londres lo criticara por sus negocios y sus actividades comerciales; él era sumamente inquieto y siempre estaba emprendiendo nuevos proyectos e ideando otros.

Ya en su casa de la ciudad, un poco más tranquilo, se dirigió a su habitación. El ama de llaves ya le había preparado el baño y le había dejado ropa limpia sobre la cama.

Luego de cenar se fue a la biblioteca para pensar tranquila y largamente en el asunto que había estado rondando su cabeza desde hacía algunos días.

Emily, al igual que él, parecía no tener inclinación al matrimonio.

Desconocía sus razones y suponía que debían ser buenas en verdad, porque ninguna dama en su posición se negaría al matrimonio si no fuera por un motivo de peso. Si bien es cierto que sus razones no le importaban, sí le despertaban una tremenda curiosidad, pero no eran el eje de sus pensamientos.

Emily no pretendía casarse, al menos no de momento, y eso la hacía casi idónea para su plan, lo cual resultaba sumamente irónico.

Él tampoco quería contraer matrimonio, pero se le había ocurrido que tal vez podría proponer a la señorita Jeffries que se casara con él a fin de que él pudiera acceder a la herencia de su abuelo, y ella, a su vez, podría por fin tener acceso a los recursos que necesitaba para cumplir su anhelo de viajar.

Claro que existía un gran inconveniente: se supone que el matrimonio es

para siempre, y él no estaba dispuesto a sacrificar su libertad y su independencia en favor de ese estado. Había descubierto que la señorita Jeffries le gustaba, y le resultaba sumamente simpática y agradable, pero de eso a enamorarse de ella, había un gran abismo que no estaba dispuesto a cruzar.

En todo caso podría proponerle que se casaran, pero con un acuerdo muy privado en el que constara que cada uno podría hacer lo que quisiera, sin detrimento de la reputación de la una ni la fortuna del otro. Y ahí estaba otro problema: los hijos. ¿Quería realmente tener hijos? Adoraba a sus sobrinos y ciertamente él parecía agradarles mucho a los niños, y tal vez en algún momento se había imaginado como padre, pero los hijos, al igual que una esposa, significaban la pérdida de la libertad. Y él no era un irresponsable: sabía que, si algún día engendraba un vástago, se haría cargo de él hasta las últimas consecuencias.

Mmm... tendría que llegar a un acuerdo muy explícito con la señorita Jeffries, si ella aceptaba su propuesta, claro.

Había estado lloviendo muy persistentemente durante los últimos tres días, por lo que, cuando por fin se despejó el cielo y salió el sol, Emily sintió como si la liberaran de una prisión.

Le gustaba mucho la soledad y disfrutaba los días lluviosos, pero solo por unas cuantas horas; tres días en esas condiciones significaban encierro y un aburrimiento de muerte.

Su tía se hallaba más o menos en el mismo estado de ánimo, por lo que decidió romper con la monotonía y se aprestó a organizar un día de campo, para lo cual invitó a la señora Preston y su esposo, a Sophie, su hermana y su madre, y a su amiga, la señora Cranston, quien había enviudado el año anterior, por lo que Joyce hacía todo lo que estuviera a su alcance para animarla. Tuvo la delicadeza de invitar a los Fansworth, pero estos se excusaron muy cortésmente, alegando que el señor sufría gota, por lo que no consideraban pertinente ese tipo de diversión.

La invitación a los Preston incluía, por supuesto, a Rick, quien había llegado de Londres el día anterior; la idea de un día de campo le pareció estupenda después de haber estado en la ciudad, y pensó que posiblemente tuviera la oportunidad de exponer sus ideas a la señorita Jeffries.

El día previsto para el picnic no podía augurar mejores cosas: había amanecido muy soleado, apenas unas cuantas nubes blanquísimas tachonaban

el cielo de un azul paradisiaco, y corría un viento fresco pero sumamente agradable.

Llegaron al prado a eso de las diez y media de la mañana, y todos se encontraban de un humor inmejorable. Emily y Sophie, que no se habían visto en varios días debido a las inclemencias del clima, se apresuraron a colocar una manta grande debajo de un árbol muy frondoso que daba una maravillosa sombra, y luego de ubicar también los canastos con comida y dejar que los señores se hicieran cargo de las jarras con agua y vino, rápidamente se tomaron del brazo y se alejaron un poco para poder charlar a gusto y ponerse al día.

Emily se había puesto un bonito vestido de color perla, sencillo y cómodo, muy apropiado para la ocasión, y se veía realmente encantadora.

Richard Preston la observaba muy disimuladamente, esperando el momento justo para hablar con ella sin levantar sospecha alguna; sin embargo, pese a sus propósitos, no pudo dejar de notar las mejillas sonrosadas de Emily por el ejercicio y por la alegría de encontrarse al fin al aire libre, ni lo hermosa y jovial que lucía en ese vestido casi blanco.

Al darse cuenta del rumbo que tomaban sus pensamientos, sacudió la cabeza y se concentró en charlar con su hermano y su cuñada, y a la conversación se unieron después los señores Palmer y la madre de Sophie, mientras la hermana de esta y la señora Cranston continuaban organizando las canastas con la comida.

Una media hora después, Emily y Sophie se unieron a la compañía y todos empezaron a tomar bocadillos de las canastas y a conversar animadamente.

—No puedo entender cómo la señorita Mason rehúsa a casarse con Michael Sinclair —dijo en un momento la madre de Sophie, Annie Stewart—.

Es joven, apuesto y tiene una muy buena posición como abogado en Londres.

—Sí —intervino la señora Cranston—, pero ella siempre ha estado enamorada del señor Benson.

—¡Pero el señor Benson no tiene ni en qué caerse muerto! —exclamó con voz chillona la señora Stewart.

—Bueno, tampoco se encuentra en tan malas condiciones. Su padre tiene una granja y el joven Benson es honrado y muy trabajador. Estoy segura de que tarde o temprano podrá prosperar y tener una mejor posición que le

permita darle a la señorita Mason la clase de vida que ella merece —dijo la señora Palmer.

—Pues yo creo que ella debe pensar en la conveniencia antes que en caprichos sentimentalistas —agregó la señora Stewart.

—A mí me parece muy romántico que la señorita Mason se niegue a casarse solo por conveniencia, y esté dispuesta a sacrificar su comodidad por amor —alegó Sophie en su tono seguro de siempre—. ¿Tú qué piensas, Emily?

La aludida había estado siguiendo el hilo de la conversación sin mayor interés, pero se dispuso a responder a su amiga: —Creo que antes deberíamos definir el concepto de «conveniencia».

Porque es posible que se considere la posición y la fortuna del señor Sinclair como muy conveniente, por las comodidades materiales que puede proporcionar, pero eso no garantiza a la señorita Mason que vaya a ser feliz con él. Por otro lado, si ella está enamorada del señor Benson, tal vez pueda ser feliz por un tiempo con él, pero si él no logra una mejor posición ni mejores ingresos, quizá más tarde ella empiece a resentir la falta de comodidades. —Como si de pronto se hubiera percatado de que estaba divagando, Emily guardó silencio.

Todos la emularon por unos segundos, hasta que Sophie rompió el silencio: —Entonces, ¿qué crees que debe hacer la señorita Mason, Emily?

—Bueno, eso yo no lo sé Sophie, pero estoy prácticamente segura de que, si la decisión depende completamente de ella, se inclinará por aceptar al señor Benson. —Hizo una pausa y continuó luego en un tono despreocupado—. Pero lo más probable es que su madre la convenza de casarse con el señor Sinclair. —Al terminar de decir esto apretó fuertemente los labios y agachó la cabeza, como si temiera haber cometido una imprudencia.

Todos se quedaron pensativos por unos segundos. Rick estaba muy sorprendido por las palabras de Emily. Definitivamente decía mucho de sí misma lo que acaba de expresar, pero al mismo tiempo reforzaba el enigma en que esa dama se estaba convirtiendo para él. Por varios segundos Rick se la quedó mirando fijamente, tratando de descifrar lo que ella estaba pensando en ese momento. Ella debió sentir la intensidad de su mirada, porque de repente levantó la cara y lo miró directamente. La expresión de él era de gran seriedad, y Emily se sonrojó sin saber por qué.

La señora Cranston salió en su auxilio ante el silencio que se hizo tras sus palabras.

—En realidad a mí me parece que la señorita Mason está en un verdadero dilema, como bien lo señala la señorita Jeffries. Pero, para ser sincera, si yo estuviera en su lugar, elegiría al señor Benson; es un joven muy serio y bien educado, y estoy segura de que sabrá ganarse una posición con su trabajo y su perseverancia. O tal vez hablo así porque lo conozco desde que era un niño y tengo en mucha estima a toda su familia.

Todos asintieron y Sophie dijo en su habitual acento melodramático: — ¡Pobre señorita Mason!

Emily sonrió ante la expresión de su amiga, pero el tema pareció agotado y continuaron hablando de otras cuestiones intrascendentes.

Llevaban un buen rato sentados y Emily se levantó de pronto, sacudiéndose del vestido los mendrugos de comida.

—Voy a caminar un poco, ya me cansé de estar sentada. Sophie, ¿me acompañas?

Sophie la miró desde la manta y le dijo:

—Querida, empezaremos un divertido juego de mesa que el señor Preston trajo de no sé qué exótico país de África, ¿no nos acompañas?

—Tal vez más tarde...

—Yo la acompañaré con gusto, señorita Jeffries —dijo Rick mientras se levantaba y alisaba un poco su traje.

Los demás se quedaron jugando animadamente, y Emily y Rick emprendieron la marcha caminando paralelamente a la cerca que dividía el enorme prado de la propiedad, también grandísima, del señor Thorn, mientras, con mucho disimulo, Joyce los miraba con regocijo.

Tras caminar un rato sin decir palabra fue Rick quien rompió el silencio: —Ha sido un picnic realmente muy agradable. Lo estoy disfrutando mucho.

—Supongo que así debe ser después de estar tanto tiempo en la ciudad. Sin embargo, tengo la impresión de que le agrada más estar en Londres —replicó ella.

Él la miró.

—No negaré que me encanta la ciudad, pero disfruto el bullicio solo por unos días. La tranquilidad del campo me es invaluable.

—¿Entonces prefiere estar aquí? —preguntó Emily sin dejar traslucir su sorpresa.

Él sonrió abiertamente, con esa sonrisa radiante que lo hacía ver tan jovial y aún más atractivo.

—Por supuesto que sí.

Siguieron caminando en silencio unos segundos y cuando Rick comprobó disimuladamente que se habían alejado lo suficiente del grupo como para poder hablar sin ser escuchados, decidió empezar a exponer a Emily su proyecto. Sin embargo, se dio cuenta de que era mucho más fácil cuando lo imaginaba que llevarlo a la práctica. De repente se sintió cohibido, sin saber por dónde empezar, y su acceso de timidez lo exasperó.

Respiró profundamente dos o tres veces, y cuando sintió que se había dominado habló finalmente:

—Señorita Jeffries, hay algo que quiero exponerle, pero antes de empezar, permítame decirle que de ninguna manera pretendo ofenderla. Si lo que voy a decir le resulta desagradable, me disculpo de antemano.

Ella se detuvo instintivamente para mirarlo de frente. No podía imaginar qué tendría que decirle el señor Preston, y mucho menos qué podría ser ofensivo para ella viniendo de él, ya que apenas habían sostenido dos o tres conversaciones, y siempre sobre cosas intrascendentes.

El gesto tranquilo de ella y la dulzura en su mirada le dieron a Rick silenciosamente el permiso que necesita para continuar.

—Estoy seguro de que usted, a pesar del poco tiempo que ha vivido aquí, ha sido puesta al tanto de que mi padre tiene un ferviente deseo de que yo contraiga matrimonio —carraspeó sin poder evitarlo—, lo cual, tomando en cuenta mi edad y mi posición, es muy natural.

Emily asintió sin decir nada.

—Supongo también que le habrán comentado que no tengo inclinación al matrimonio, y debo confesar que no le han mentado.

Ella lo miraba fijamente sin entender a dónde pretendía llegar.

—Sin embargo —continuó Rick—, ciertas circunstancias me llevan ahora a considerar seriamente la necesidad de atender el consejo de mi padre.

En ese punto la joven estaba más que desconcertada, no entendía por qué Rick le estaba diciendo todas esas cosas. Hizo ademán de interrumpirlo, pero él, al darse cuenta, sonrió nerviosamente y continuó: —Sé que debe estar preguntándose por qué estoy diciéndole todo esto, señorita Jeffries, y la razón es la siguiente: mi intención es proponerle matrimonio.

El ánimo de Emily oscilaba entre el estupor, la incomodidad y un cierto rescoldo de indignación, cuya razón no supo identificar.

—Señor Preston, no entiendo por qué...

—Entiendo que esté sorprendida, pero permítame exponerle mis razones para hacerle tal proposición.

Ella respiró profundo, dispuesta a escucharlo, aunque no de muy buen grado.

—Como le decía, mi padre, y mi abuelo, debo agregar, desean que me case.

Aunque había rehusado a cumplir su deseo, en este momento atravieso por una situación en la que impera la necesidad de que lo haga. Verá, mi abuelo ha condicionado la entrega de su herencia a mi persona al hecho de que yo contraiga matrimonio antes de cumplir los 29 años.

»Aunque yo poseo una considerable fortuna propia, en estos momentos casi todo mi dinero está invertido en la construcción de dos barcos y en otros negocios que, espero, pronto se vean concretados favorablemente. Es por ello que necesito —no quiso decir «me veo forzado a»— cumplir con la condición que me impone mi abuelo, para poder continuar con mis negocios sin comprometer mis finanzas al punto actual.

»Al igual que yo, usted parece no tener inclinación al matrimonio, al menos no de momento, y por ello, aunque suene irónico, considero que es usted la persona idónea para mi propósito, ya que entenderá perfectamente mis razones. Además —se apresuró a agregar—, este acuerdo nos favorecerá a ambos, ya que usted tendrá seguridad, estabilidad y una posición económica sumamente holgada.

Aunque los términos en que expresó lo anterior se mantuvieron siempre dentro de los límites del decoro, Emily no pudo dejar de notar su significado real.

Nunca nadie le había propuesto matrimonio, y como una joven romántica, había imaginado semejante escena en diversas variables más o menos emocionantes, por lo que no podía negar que se sentía decepcionada y, en cierto modo, humillada. Sabía que la mayoría de los matrimonios de las personas con fortuna se concertaban por mera conveniencia, pero no creía que la cuestión fuera tan fría y vergonzosa. Sentía que el señor Preston la veía únicamente como un instrumento, un medio para lograr sus objetivos financieros, y aunque nunca había pretendido atraerlo de forma romántica, aquella proposición le resultó por demás ofensiva.

La ira hizo que su rostro se tiñera de rojo y a Rick no le pasó inadvertido que sus ojos adquirieron un brillo perturbador. Sin embargo, Emily respiró profundamente y controló sus ímpetus antes de responder: —Señor Preston, lamento mucho que se encuentre usted en una situación tan complicada, y lamento aún más que se vea forzado a ceder a algo que, al parecer, le

desagrada tanto como es el matrimonio. Pero me apena mucho más que crea usted que mi situación es tan desesperada como para acceder a casarme por dinero. Sé —y al decir esto su rostro se tornó aún más encarnado— que en la gran mayoría de los casos es así, no ignoro que el matrimonio es un contrato, pero esa es precisamente una de las razones por las que no estoy dispuesta a casarme, y por ello debo rechazar su propuesta.

Al ver su enojo Rick se sintió molesto también, no tanto por su negativa, sino por haberla ofendido, cuando él le había pedido disculpas de antemano, y porque tenía a Emily por una mujer sumamente inteligente, capaz de ver el asunto con la frialdad necesaria. Temía haberse equivocado.

—Si la he ofendido, le ruego que me perdone. Temo no haber sido lo suficientemente elocuente, creo que no me expresé con la claridad debida, o tal vez malinterpreté su carácter —se atrevió a decir él sin poder ocultar lo contrariado que estaba.

—¿Y qué significa eso? —le espetó Emily en un tono que no ocultó su exasperación.

El tono de Rick también adquirió matices ásperos.

—Aunque tengo el gusto de conocerla desde hace muy poco tiempo, he podido notar que es usted una mujer inteligente, analiza las cosas antes de juzgarlas, y definitivamente tiene objetivos muy diferentes a los de la mayoría de las damas. Por ello consideré que usted podría juzgar mi proposición con frialdad y llegar a la conclusión de que es algo que nos conviene a ambos. Le aseguro que en ningún momento pretendí faltarle al respeto.

El tono contenido de él, como si estuviera haciendo un gran esfuerzo para no estallar, hizo que por un momento Emily se sintiera avergonzada.

Él tenía razón: ella se consideraba racional, mucho más que cualquier otra mujer que conociera; se preciaba de no juzgar a la primera impresión y analizar las cosas detenidamente antes de emitir un juicio.

En este caso había dejado que su razón se nublara por sentimientos que ni siquiera tenían que ver con el aspecto romántico del asunto «que no lo tiene, por cierto» pensó, y despotricó contra una propuesta que, expuesta en esos términos, más bien debía haberla halagado.

Tras las palabras de Rick se quedaron mirando a los ojos durante varios segundos que a ella le parecieron eternos. Ella bajó la mirada hasta los labios de Rick y balbuceó:

—Señor Preston, yo...

Él intuyó que pretendía de algún modo disculparse por su estallido y la detuvo apresuradamente:

—Le aseguro que si aceptara usted este acuerdo estaría en libertad de poner todas las condiciones que desee.

Emily apretó los labios sin saber qué decir.

Él volvió la mirada hacia donde se encontraba el grupo y dijo: —Creo que debemos regresar con los demás.

Emily asintió con la cabeza y emprendieron el regreso lentamente. Los pies le pesaban y la cabeza le daba vueltas. De repente se dio cuenta de que había recibido una propuesta de matrimonio, nada menos que de un hombre sumamente atractivo, agradable, inteligente y con fortuna.

Nunca habría imaginado que un soltero escurridizo y atractivo la eligiera como esposa; pero todo ello, aunado a sus circunstancias personales y económicas, y a sus ideas sobre el matrimonio, no hacían sino agravar su confusión.

Caminaron en silencio todo el tramo que los separaba del resto de la compañía, pero cuando estaban ya muy cerca Rick le dijo sin mirarla: —Nuevamente le pido perdón si la ofendí, señorita Jeffries.

Ella se sonrojó sin poder evitarlo.

—No tiene que disculparse...

—Me parece que sí. Tal vez los términos en los que me expresé no fueron los más apropiados, o tal vez no los hay para expresar una idea semejante.

Entiendo que se sienta ofendida, pero apelo a su buen corazón y a su buen juicio.

—Está usted disculpado, señor Preston —alcanzó a decir con voz ronca.

Como ya estaban muy cerca de los demás él agregó en voz muy baja: —Le ruego lo considere, piense en las bondades de mi propuesta.

Ella no dijo nada, apretó los labios y asintió muy levemente con la cabeza.

Al llegar al campamento cada cual tomó diferente dirección y se sentaron, Rick a un lado de su hermano, y Emily entre Sophie y su tía Joyce.

Ambos trataron de no mirarse directamente, pero no pudieron evitar lanzarse mutuas miradas de soslayo hasta que llegó la hora de volver a casa.

Ya en casa, después de la cena, el señor Palmer se encontraba junto a la chimenea leyendo, y la señora Palmer escribía una carta. Emily se excusó diciendo que estaba muy cansada y se fue a su habitación.

CAPÍTULO 8

Por qué el señor Preston la habría elegido a ella, precisamente a ella, como esposa para cumplir su propósito de obtener la herencia de su abuelo, era algo que Emily no lograba entender.

Es cierto que él había argumentado que la consideraba una mujer inteligente y de buen juicio, pero sentía que esas no eran razones suficientes. En Canterbury había jovencitas mucho más hermosas, con familia y mejor posición económica que ella.

Llegó a la conclusión de que Richard era un hombre sumamente práctico, y habiendo entendido que tenía que cumplir con su deber, simplemente la había elegido porque pensaba que ella era igualmente práctica. Por lo que le había dicho al hacer su propuesta, él pensaba que ella tenía casi tan poca inclinación al matrimonio como él, y al quitar el aspecto romántico de la ecuación, suponía que su convivencia no tendría sobresaltos.

Efectivamente, visto desde el punto de vista práctico, la proposición de Richard Preston era lo mejor que podía ocurrirle en ese momento. Pero ella, además de práctica, era una soñadora sin remedio, y le parecía sumamente difícil unir su vida a un hombre que no amara, y que a su vez no la amara.

Sopesó sus razones para aceptar la propuesta de Rick, y comprendió que él era un excelente candidato, ya que podría asegurarle una vida de comodidades que, en sus condiciones actuales, difícilmente podría agenciarse.

Por el contrario, la única razón que podía esgrimir para rechazar su ofrecimiento era la falta de amor por ambas partes.

Se durmió bien entrada la noche sin llegar a una determinación.

—¿De qué hablaban tú y el señor Preston ayer, querida? —le preguntó de pronto su tía durante el desayuno.

Aunque su tono parecía despreocupado, Emily creyó percibir una nota de extrema curiosidad.

Por un breve instante la joven sospesó la posibilidad de comunicar a su tía la esencia de la conversación, o mentirle y decir que habían charlado de cosas intrascendentes. Sabía que si le decía que el señor Preston le había propuesto

matrimonio, su tía no descansaría hasta que ella aceptara. Estaba al tanto de que a Joyce le agradaba el señor Preston, más allá de ser un joven muy apuesto y bien educado; su tía tenía una estrecha relación con la familia del muchacho y pocas cosas le hubieran agradado más que emparentar con los Preston.

Pero no quería verse presionada a ese grado cuando aún no había tomado una decisión. Es cierto que al principio pensó rehusar tajantemente, pero los argumentos del señor Preston eran muy sólidos: ella no tenía padres, ni fortuna, y sabía que no podía esperar más de sus tíos después de todo lo que habían hecho ya por ella.

Viendo el asunto fríamente, se daba cuenta que la propuesta del señor Preston tenía muchas ventajas, y muy pocos inconvenientes; sin embargo, no podía evitar sentirse incómoda ante las razones de tal acuerdo, pues obedecían a fines que nada tenían que ver con el amor, y aunque era sumamente realista, le hubiera gustado sentir mariposas en el estómago o tener motivos para sonrojarse.

Bajando la mirada y esforzándose por que su tono fuera lo más neutral posible respondió por fin:

—El señor Preston me propuso matrimonio.

Si Emily esperaba que su tía gritara por la sorpresa y empezar a lanzar preguntas a diestra y siniestra, Joyce la sorprendió con su reacción: se quedó mirándola fijamente, como si no entendiera lo que su sobrina acababa de decir. Tratando de recuperarse de su estupor preguntó por fin, incrédula: — ¿El señor Preston te propuso matrimonio?

Emily asintió con la cabeza.

Su tía estiró el brazo para tocarle el rostro y comprobar que no tuviera fiebre.

—Querida, ¿estás segura de eso? ¿Qué fue lo que te dijo?

En lugar de sentirse ofendida, a la joven le divirtió la reacción de su tía.

—Me propuso matrimonio, tía. Dijo que ya está en edad de cumplir con esa obligación, y que su padre lo ha estado instando a hacerlo desde hace años, pero aunque él se había negado terminantemente, sabe que es algo que tiene que hacer tarde o temprano. —No pretendía revelarle a Joyce, ni a nadie, los verdaderos motivos de Rick.

Su tía la miraba aún sin dar crédito.

—Pero, ¿te dijo que está enamorado de ti?

Emily sonrió con condescendencia. Le divertía que su tía tuviera en

consideración el aspecto romántico del asunto cuando todo el mundo sabía de la renuencia del señor Preston al matrimonio, y cuando ella misma nunca había manifestado abiertamente sus deseos de casarse.

—No, tía, no está enamorado de mí. Pero me considera una mujer inteligente y racional, y por ello cree que podremos llevarnos muy bien.

Su tía guardó silencio por unos segundos.

—¿Y qué le contestaste?

«Que diga que sí, que diga sí» clamaba Joyce para sí.

—Le dije que lo pensaría —dijo la joven con toda la tranquilidad de que fue capaz.

Su tía no pudo resistir la tentación de tratar de convencerla, aunque sabía que no debía presionarla.

—Pues creo que no hay mucho que pensar, querida: Richard Preston es joven, muy apuesto, de muy buena familia, tiene una excelente posición económica y es un caballero. Estoy segura de que te tratará muy bien.

La muchacha pensó que su tía tenía toda la razón: puesta de ese modo, la situación lucía de lo más prometedora. Después de todo, la fortuna del señor Preston le permitiría por fin visitar a su hermano y su familia en Portugal, y si él, no por sus negocios, no pudiera acompañarla, su tía Joyce siempre estaría dispuesta a hacerlo.

El único detalle que le preocupaba, aunque no quisiera admitirlo, era la cuestión de la intimidad. No quería ni imaginarse el tener que compartir el lecho con el señor Preston, no porque él no fuera atractivo, no, su renuencia se basaba en su empecinado romanticismo: no podía reconciliarse con la idea de intimar y tener hijos con un hombre al que no amaba, y que no la amaba a ella.

Se sonrojaba hasta el cabello de solo pensarlo; pero luego recordó que él le había dicho que ella podría poner todas las condiciones que quisiera si aceptaba su propuesta, y se preguntó qué tan descabellado sería decirle que sí, siempre y cuando durmieran en habitaciones separadas. Algo en la forma en que Rick le había hecho su proposición le hacía intuir que a él no le desagradaría del todo esa condición.

Pero, pensándolo bien, sería ilógico y hasta irrisorio pensar que un hombre pudiera aceptar casarse con una mujer que no pensaba compartir su lecho.

En ese momento decidió que plantearía al señor Preston dicha cuestión, por ridícula que le pareciera, y se casaría con él si aceptaba dicha condición.

Debido a que ignoraba las cuestiones de la intimidad entre hombre y mujer, no quiso ahondar más en ese asunto, y dijo resuelta a su tía: —Tiene razón tía, no hay mucho que pensar. Creo que consideraré muy seriamente la propuesta del señor Preston.

Su tía sonrió radiante y le apretó una mano entre la suya, feliz de que su hermosa sobrina se estableciera junto a un hombre como Rick.

—No lo consideres demasiado, querida. Es algo así como un milagro que Richard Preston se haya decidido por fin a dejar la soltería.

Emily hizo un remedo de sonrisa, porque ella bien sabía que no era un milagro lo que se había operado en él.

CAPÍTULO 9

El día amaneció nuevamente lluvioso y Emily y su tía tuvieron que quedarse todo el día en casa.

A la muchacha no le molestó en absoluto ya que le gustaban los días lluviosos y, además, el clima le ayudaba a evitar cualquier posibilidad de encontrarse con el señor Preston. Aunque estaba convencida de su decisión, se ponía muy nerviosa al pensar en cómo le expondría a Rick sus condiciones.

Luego del desayuno se dirigió al desván con un buen libro y dedicó toda la mañana y parte de la tarde a leer.

Ya había dejado de llover, pero las calles estaban llenas de barro, así que, por ese día, la muchacha se libró de cualquier compromiso social que pudiera enfrentarla al señor Preston.

Pero su tranquilidad duró muy poco, ya que al día siguiente recibieron una nota de Candice, invitándolas a tomar el té. Joyce, totalmente complacida, le envió otra nota en respuesta, notificándole que tendrían mucho gusto en acompañarlos. Era evidente que la señora Palmer esperaba que su sobrina diera su respuesta positiva a Richard esa misma tarde, pero tuvo la delicadeza de no mencionar el tema a la joven, y Emily rogaba en su interior que por algún milagro Rick hubiera tenido que salir a Londres y por lo tanto no estuviera presente durante la velada.

Pero sus ruegos no fueron escuchados y tuvo que contenerse para que no le notara en el rostro la contracción que los nervios le provocaron a su estómago cuando se dio cuenta de que el hombre ya estaba ahí, parado junto a la chimenea, con una taza de té en una mano, charlando con suma tranquilidad con su hermano Charles.

Rick se volvió al percatarse de la llegada de los Palmer y Emily y la miró directamente a los ojos, con esa mirada que más que esperar una respuesta de ella, dejaba adivinar que estaba seguro de ella. Rick les dedicó a los tres una sonrisa sumamente amable, pero al saludar personalmente a Emily tuvo la delicadeza de no mirarla directamente a los ojos, pues creyó percibir el nerviosismo de la muchacha.

Luego de tomar el té y charlar alegremente en grupo, Joyce empleó sus

artes de casamentera para provocar que Emily y Rick quedaran apartados en un rincón, solos.

Por unos minutos ambos guardaron silencio, y Rick decidió romperlo, pero no entró en materia directamente.

—Espero que se encuentre bien de salud, señorita Jeffries.

Ella lo miró.

—Estoy muy bien, señor Preston, gracias.

Aunque Emily respondió amablemente, y hasta tuvo la gentileza de sonreírle al hacerlo, no dijo nada más.

Eso puso a Rick un tanto nervioso, y se sintió sorprendido al experimentar esa sensación. ¿De verdad la señorita Jeffries tenía por sí sola la capacidad de ponerlo nervioso, independiente de las razones para ello? Se negó a creerlo, y aparentando toda la calma de que fue capaz, le preguntó con su voz suave pero profunda:

—¿Ha pensado en mi propuesta, señorita Jeffries?

Ella dio un sorbo a su taza de té.

—Sí, lo he hecho —dijo sin mirarlo.

Él se quedó esperando que ella continuara, y no entendía por qué se le hacía tan difícil tocar con ella ese tema.

—¿Y bien?

Ella tomó valor y se volvió para mirarlo a la cara al responderle: —He decidido que es conveniente para mí aceptar su propuesta, señor Preston.

Al decirlo Emily empleó un tono de voz neutral, como si se tratara únicamente de un negocio, y esbozó una muy discreta sonrisa que a Rick le pareció de lo más enigmática, porque no dejaba traslucir ni los sentimientos ni los propósitos de ella.

El alivio que Rick sintió ante la respuesta de ella lo tomó por sorpresa, aunque no lo expresó. Se limitó a sonreír tan sutilmente como Emily, y mirando a los demás, tratando de restar solemnidad al asunto que trataban para que nadie de los presentes adivinara lo sustancial de su conversación, le dijo: —Bien, entonces, visitaré a sus tíos mañana mismo para formalizar nuestro compromiso.

Fue entonces cuando Emily se sonrojó, porque se dio cuenta de que tenía que ser muy clara y expresar sus condiciones justo en ese momento.

—Señor Preston —dijo en voz baja—, he dicho que considero conveniente aceptar su propuesta, pero debo decirle que tengo una condición.

Rick le clavó la mirada.

—¿Solo una?

—Debe usted saber —empezó ella— que, aunque soy una persona ridículamente romántica, no dejo de lado el aspecto práctico del matrimonio...

No sé cómo exponerle esto, señor Preston, nunca pensé que me encontraría en esta situación. Lo que quiero decir es que este matrimonio será únicamente...

algo aparente, ni usted ni yo deseamos ataduras más allá del contrato nupcial y espero que usted estará de acuerdo conmigo en que para evitar mayores compromisos entre ambos debemos... — Emily hizo una pausa para tomar aire porque realmente le estaba costando mucho trabajo exponer su punto— evitar la intimidad natural que hay entre cualquier pareja de esposos.

Por alguna razón que Rick no pudo realmente identificar el bochorno de Emily le provocó una inmensa ternura, al mismo tiempo que una inesperada desazón, a pesar de que la propuesta de ella era justamente la que él había considerado tras mucha reflexión.

Con la tranquilidad que lo caracterizaba, tras unos segundos, respondió: —Señorita Jeffries, estoy dispuesto a acatar sus deseos y condiciones en lo que respecta a nuestro acuerdo.

Ella soltó el aire que inconscientemente había estado conteniendo, aliviada por la declaración de Rick. No pudo evitar sonreír abiertamente, y aunque Rick debió sentirse ofendido por el alivio de ella, su gesto lo hizo sonreír a su vez al notar cómo se iluminaban los ojos verdes de Emily.

—Gracias —dijo ella todavía sonriendo.

—Entonces —replicó él, mirando nuevamente a los demás—, mañana visitaré a sus tíos.

Ella asintió solo con la cabeza, y tras unos segundos de silencio decidieron unirse al resto de la compañía.

Joyce miró a su sobrina, y de inmediato supo que el asunto entre ella y el señor Preston estaba resuelto.

Aunque dejaron la casa de los Preston poco después de las siete de la tarde, Emily le suplicó a su tía que fueran a visitar a Sophie para comunicarle la noticia, ya que no quería que se enterara cuando el compromiso se hiciera público.

Joyce consideraba que no era ya una hora apropiada para visitas, pero accedió para complacer a su sobrina.

Si a la señora Stewart le sorprendió que llegaran a esa hora y sin avisar, no lo demostró, y gustosa llamó a Sophie para que recibiera a Emily.

Las dos jóvenes se separaron de las dos señoras y fueron a posarse cerca de la chimenea, mientras Joyce y la madre de Sophie se sentaron en el sofá.

Aunque la amistad entre ambas no era especialmente estrecha, la señora Palmer decidió participarle la nueva.

Sophie, por su parte, conocía muy bien a Emily a pesar del poco tiempo que habían estado conviviendo, y sabía que, si acudía a su casa a visitarla a esas horas era porque tenía que comunicarle algo importante.

Emily no se anduvo con rodeos, y tratando de restar al anuncio su solemnidad natural, soltó sin más:

—Sophie, voy a casarme. El señor Preston me propuso matrimonio y le dije que sí.

Sophie la miró incrédula, con el ceño levemente fruncido. Por lo que conocía a Emily jamás hubiera imaginado que pudiera darle semejante noticia, y por un momento pensó que su amiga estaba bromeando, pero recordó que su joven amiga no era dada a ese tipo de bromas. Cuando logró salir un poco de su estupor le dijo:

—¿El señor Preston te propuso matrimonio? Pero, ¡¿cuándo?! ¿Fue acaso durante el día de campo?

A Emily no le sorprendió la suspicacia de su amiga, ya que para asuntos del corazón era sumamente maliciosa.

—Así es.

Entonces sí Sophie dejó correr todo su entusiasmo; tomó a Emily de ambas manos y las sacudió mientras ella daba pequeños saltitos de algarabía.

—¡Emily, por Dios, vas a casarte! Cuéntamelo todo. ¿Cómo fue su declaración? ¿Fue muy romántico? ¿Cómo hiciste para atrapar a ese hombre?

¡Si él siempre se ha negado a casarse! Quién iba a decirlo...

Por fin dejó hablar a Emily, quien refirió los pormenores de la propuesta y la aceptación de la misma. Aunque confiaba plenamente en Sophie no quiso revelarle que su matrimonio con el señor Richard Preston sería solo de apariencia, pues ese detalle era algo que solo incumbía a ellos dos.

A la misma hora, pero en la casa del señor Malcolm Preston, Rick anunció a este y a su padre que iba a casarse. No tenía la menor idea de cómo recibirían la noticia al enterarse del objeto de su elección, pero tampoco le importaba demasiado, ya que consideraba que, aparte de su falta de fortuna, la señorita

Jeffries podía ser aceptada sin objeciones.

—Padre, abuelo —dijo con su mejor tono solemne, y lo suficientemente alto para que también su hermano y su cuñada lo escucharan—, tengo el placer de anunciarles que voy a casarme.

Su abuelo lo miró entre incrédulo y estupefacto, porque no podía creer que su nieto le tomara el pelo sobre un asunto que él consideraba de gran importancia.

Su padre, más acostumbrado al humor de Rick, sonrió sin dar total crédito a sus palabras, pero decidió seguirle el curso: —¿En verdad, hijo? Y, dinos, ¿quién es la afortunada jovencita a quien has elegido por esposa?

Rick los miró a los dos al responder:

—La señorita Emily Jeffries, la sobrina de los señores Palmer.

Charles ni siquiera había sido capaz de proferir palabra luego del anuncio de Rick, mientras que Candice lo miraba con una sonrisa entre cómplice y satisfecha, como si ella hubiera sabido todo el tiempo que tarde o temprano su querido cuñado sucumbiría a los encantos de una dama tan apreciada por ella como la señorita Jeffries.

Su abuelo y su padre se quedaron pensando unos segundos, asimilando el anuncio, hasta que Malcolm habló:

—Bueno, la señorita Jeffries no tiene fortuna, pero es una dama de buena cuna, sus padres eran muy respetables, al igual que los Palmer, y ella es muy educada y agradable. Creo que será una estupenda esposa para ti, Richard.

—Opino lo mismo, hijo, enhorabuena —dijo su padre, que al darse cuenta de la seriedad de su hijo, se sintió muy feliz—. Supongo que irás mañana mismo a hablar con el señor Palmer.

—Efectivamente —respondió Rick, aliviado, pero al mismo tiempo sintiendo de una vez el peso de lo que estaba a punto de hacer.

Charles se acercó a él y lo abrazó.

—Rick, te felicito, ya era hora, y creo que has hecho una excelente elección.

Candice fue más comedida en sus gestos, y solo lo tomó de ambas manos, pero lo miró muy significativamente al decirle: —Estoy convencida de que la señorita Jeffries te hará muy feliz.

Rick esbozó una sonrisa torcida que no dejaba entrever que Candice seguramente no pensaría eso si conociera la verdadera esencia del trato entre él y la señorita Jeffries.

Justo en ese momento recibieron una nota con una muy atenta invitación

por parte de los señores Palmer para acompañarlos a comer al día siguiente, con lo que la ocasión adquirió un carácter más solemne, pensó Rick, entre preocupado y fastidiado.

CAPÍTULO 10

Dado que nunca se había imaginado en semejantes circunstancias, Emily no pudo dejar de sentirse víctima de un nerviosismo atroz al día siguiente cuando vio que llegaba Rick acompañado de su padre, su abuelo, su hermano y su cuñada.

Sintió cierto alivio al ver a Candice, pues pensó que con su buen humor seguramente restaría solemnidad a la ocasión.

Rick también estaba nervioso, aunque no quería admitirlo, y por nada del mundo lo demostraría a los demás.

«¿Qué rayos estoy haciendo?» se decía constantemente a sí mismo.

Sin embargo, se obligó a mostrarse sereno y relajado, especialmente cuando vio la expresión de Emily, que trataba por todos los medios de parecer tranquila y satisfecha con la situación, pero su media sonrisa no alcanzaba a ocultar su nerviosismo, y él pudo leer en sus ojos que ella se sentía tan insegura y aprensiva como él.

Comieron y charlaron alegremente, y luego del postre, Rick le dijo en voz muy baja al señor Palmer que deseaba hablar con él a solas.

El señor Palmer sabía muy bien qué era lo que el señor Preston quería tratar con él, pues ya su esposa lo había puesto al tanto del asunto, y sin mostrar la satisfacción que sentía, le pidió amablemente que pasaran a la biblioteca.

No duraron más de quince minutos en tratar el dichoso asunto que ocupaba la mente de todos, y cuando se unieron a los demás en el salón del té, el señor Palmer rebosaba satisfacción, y Rick se veía algo más aliviado y suelto.

Charles y su abuelo bebían un poco de brandy, mientras las damas bebían té, y luego de llenar una copa para él mismo, el señor Palmer se dirigió a todos para decir:

—Mi querida Joyce, mis muy estimados señores Preston, señora Preston, me complace mucho dirigirme a ustedes en esta ocasión tan especial para anunciarles que nuestro querido amigo Richard Preston ha pedido a mi muy querida sobrina Emily Jeffries en matrimonio y, por supuesto, he dado mi consentimiento, ya que no podría esperar un acontecimiento más afortunado

para estrechar las lazos de amistad que unen a nuestras familias.

La señora Palmer estaba tan feliz que no pudo ocultarlo, y con gran emoción levantó su taza y exclamó:

—¡Por Emily y Richard!

—¡Por Emily y Richard! —la secundaron los demás, mientras lo aludidos sonreían entre aliviados y forzados.

Joyce y Candice se acercaron rápidamente a ellos para felicitarlos y posteriormente los hicieron Charles, su padre, su abuelo y el señor Palmer.

Emily recibía los abrazos y enhorabuenas con una amplia sonrisa, sin poder evitar preguntarse qué rayos era lo que estaba haciendo.

Cierto que Rick era un hombre muy amable, era joven y verdaderamente muy atractivo, además de tener una fortuna que lo recomendaba casi por sí solo, pero Emily era plenamente consciente de las circunstancias que lo habían llevado a proponerle matrimonio y no estaba muy segura de que aquello resultara del todo satisfactorio para ella.

Pero ya no podía dar marcha atrás.

Rick, que se sentía casi tan inquieto como ella, se controló muy bien, recibió las felicitaciones con gran aplomo y nunca perdió la sonrisa. Por alguna razón que se le escapaba, empezaba a sentir que aquella unión no era tan desafortunada como siempre había pensado del matrimonio.

Cuando su padre, que fue el último en felicitarlo, se retiró un poco, él aprovechó para volverse hacia Emily, que estaba junto a él, y le dirigió una sonrisa tan cargada de seguridad, que ella pudo aliviar un poco su inquietud al pensar que él tenía el aplomo y la experiencia suficiente como para sobrellevar esa situación que a ella le parecía tan particular.

Su tía, como siempre, la hizo poner nuevamente los pies sobre la tierra al comentar:

—Bien, ahora solo falta que fijen una fecha para tan feliz acontecimiento.

Por supuesto, Candice y yo nos encargaremos de organizar la boda —dijo Joyce sin poder ocultar su regocijo.

Tan pronto se fueron los Preston, Emily corrió a su buhardilla para escribir una extensa carta a su hermano a fin de comunicarle las noticias sobre su próximo matrimonio.

«Me encantaría que tú, Fran y los niños pudieran venir. Sería para mí el mejor regalo de bodas que pudiera recibir. Anhele tanto verlos a todos, que siento que han pasado siglos desde la última vez que estuvimos juntos.

»Sin embargo, aunque no podáis venir, tengo la esperanza de poder veros

muy pronto, pues con una posición más holgada seguramente no tendré problemas para poder visitarlos en la fecha que ustedes me indiquen que pueden recibirme.»

Continuó explicando de forma escueta que se sentía contenta con el arreglo, ya que, dijo, el señor Preston era un hombre sumamente educado y muy agradable, aunque ante su hermano nunca admitiría que lo encontraba bastante atractivo.

Al pensar en ello se ruborizó, pero trató de alejar esos pensamientos al recordar que se trataba solamente de un acuerdo de negocios.

Unas semanas después recibió una carta de su hermano, acompañada de otra, un poco más breve, de su cuñada, donde le daban la enhorabuena por su matrimonio, le deseaba toda la felicidad del mundo, y se lamentaban muy ampliamente de no poder asistir a tan importante acontecimiento, además de asegurarle que ella y Rick serían siempre bienvenidos en su hogar.

CAPÍTULO 11

Richard decidió que lo mejor sería tomar las cosas por un curso normal; por eso, después del anuncio de su compromiso, visitó la casa de las Palmer prácticamente todos los días, excepto cuando sus negocios lo llamaban a Londres.

Pese a que Emily aún se sentía nerviosa por lo que estaban a punto de hacer, no podía negarse a sí misma que esperaba con ciertas ansias las visitas de Rick: era un hombre muy inteligente, lleno de ideas sobre el futuro y el progreso, y además de que era muy agradable y podía conversar de forma muy interesante sobre prácticamente cualquier tema, le gustaban mucho su sencillez y su modestia, que contrastaban notablemente con la soberbia y el equivocado sentido de grandeza que solían mostrar la mayoría de las personas que gozaban de una posición económica holgada.

Además, lo había sorprendido en varias ocasiones mirándola fijamente cuando creía que ella no lo veía, y no había descubierto desagrado en su mirada; y aunque atribuía ese escrutinio al análisis concienzudo que seguramente él hacía de la que próximamente se convertiría en su esposa, no podía dejar de percibir en su mirada algo que no podía describir, pues en cuanto él se daba cuenta de que ella lo descubría, cambiaba su expresión, y luego desviaba la vista, tratando de aparentar naturalidad.

Pocas semanas antes del enlace, se hallaban en casa de Charles y Candice después de una cena que habían organizado para celebrar el cumpleaños de Rick.

Como ya era de dominio público el compromiso entre ambos jóvenes, el grupo que los había acompañado se había disuelto lentamente, dejándolos solos muy cerca de la chimenea.

Emily había estado muy callada desde que habían servido el té, y Rick se preguntaba si no estaría arrepintiéndose de haber aceptado casarse con él.

—Ha estado usted muy pensativa durante toda la noche, señorita Jeffries.

Ella, que estaba absorta contemplando las llamas de la chimenea, se volvió a mirarlo con gesto serio.

—Falta poco para la boda —dijo en un tono monocorde que no dejaba

entrever ninguna emoción.

—Así es —asintió él, igualmente serio.

Ella se irguió en la butaca, quedando un poco más cerca de él.

—¿No se siente nervioso? —Hubiera querido decir «abrumado», pero no pretendía hacerlo sentir así, en caso de que esa emoción no lo hubiera embargado aún.

—¿Nervioso? No veo por qué.

—Bueno, señor Preston —ahora ella empleaba un tono de voz académico —, usted ha manifestado en diversas ocasiones que no es su deseo contraer matrimonio, y ahora está a punto de hacerlo. Supongo que eso debe ponerlo un tanto nervioso, sobre todo, tomando en cuenta que el matrimonio es un estado, por decirlo así, para toda la vida.

¡Vaya! Pareciera que la joven había señalado eso a propósito para ponerlo nervioso.

No es que Richard no lo hubiera pensado antes. ¡Por supuesto que había considerado lo anterior en muchísimas ocasiones! No solo al pedirle a ella que se casara con él, sino antes, cuando se negaba rotundamente a ceder a los deseos de su padre y su abuelo y convertirse en un hombre casado. Bueno, si había logrado cierta tranquilidad y conciliar su conciencia, Emily había logrado abrumarlo.

—Lo entiendo, soy perfectamente consciente de ello —dijo escuetamente.

—Supongo que su familia sabe cuáles son sus verdaderas intenciones — insistió ella.

Él creyó entrever a dónde se dirigía Emily.

—Dígame, señorita Jeffries, ¿pretende que me sienta culpable por lo que estamos haciendo?

—No, en absoluto. Es solo que... —Ella varió su postura y bajó la voz—.

Casarse por dinero, siempre había despreciado la idea —Al decirlo no lo miraba a él sino al fuego, y parecía hablar más para sí misma que para él.

—¿No se casa usted por la misma razón? —inquirió él con voz suave. No pretendía ofenderla, y Emily lo entendió así.

—En cierto modo, sí —admitió, ahora sí mirándolo directamente—. Pero nuestras circunstancias son muy diferentes, señor Preston: usted tiene una posición muy acomodada y fortuna propia, con grandes posibilidades de incrementarla por sí solo. Yo, en cambio, no tengo familia, fortuna ni dote.

Permanecieron en silencio durante un largo rato, ella observando el fuego

y él mirándola a ella.

—Nuestras razones no son diferentes a las de la mayoría.

—No, no lo son —dijo ella, poniéndose de pie—. Pero siempre pensé que, al menos en mi caso, lo serían. Con permiso, señor Preston, debo hablar con mi tía.

No le dio tiempo a preguntarle cuáles serían sus razones para contraer matrimonio.

Rick se levantó para despedirla y luego volvió a sentarse en la butaca, observando la danza de las llamas en la chimenea.

Solo esperaba que la decisión que había tomado no le estrellara las consecuencias en la cara.

CAPÍTULO 12

Candice había estado observando a Rick disimuladamente mientras disfrutaban de un bello día al aire libre en el jardín de su mansión.

El joven se mostraba muy callado, abstraído en sus propios pensamientos.

Cuando Charles y su padre fueron por los caballos para dar una carrera, Candice le preguntó:

—Dime, querido, ¿estás nervioso por tu próximo enlace?

Rick la miró y esbozando una sonrisa triste replicó: —¿Por qué todo el mundo me pregunta eso?

—¿Será porque es obvio? —Candice endulzó su tono—. No te ofendas por lo que voy a decirte, pero espero que no te estés precipitando.

—¿Precipitando? ¿Acaso piensas que la señorita Jeffries no es una buena candidata para ser mi esposa?

—Querido, me encanta la idea de que la señorita Jeffries sea parte de la familia, pero, conociéndote, no estoy segura de que tú estés muy feliz con esa decisión. Temo que accedas al matrimonio por los motivos equivocados.

—¿Y cuáles serían para ti los motivos correctos?

Ella se encogió de hombros.

—Bueno, tal vez... el amor.

Rick rio de buena gana.

—Querida Candice, el amor es un motivo muy poco práctico. Pero, aún así, me atreveré a preguntarte, ¿por qué piensas que no es ese el motivo por el que me caso con la señorita Jeffries?

Ahora sí ella frunció el ceño. En vez de responder directamente, lo atacó con otra pregunta:

—Dime, ¿por qué elegiste a la señorita Jeffries?

A Candice no podía engañarla; su hermano, su padre y su abuelo habían aceptado con demasiada facilidad el anuncio de su matrimonio sin cuestionar sus motivaciones, pero su cuñada, bueno... era mujer, y una mujer siempre ve mucho más allá de lo evidente.

—Creo que si tengo que ceder a los deseos de mi padre y de mi abuelo, bien puedo hacerlo con una mujer que, además de hermosa, es inteligente, y con la que podré tener una convivencia sin tribulaciones de carácter

sentimental.

—Aaahhhh... —La expresión de Candice fue tan significativa y tan cómica que Rick no pudo evitar sonreír.

La mujer se levantó de la silla de jardín para ir a ver a sus dos pequeños, y antes de marcharse le dijo, dándole una palmadita en el hombro: —Espero que las cosas salgan tal y como tú esperas, querido.

Y lo dejó ahí, con el sabor agridulce del sarcasmo en la boca.

Los días se sucedieron tan velozmente unos a otros que la fecha del enlace llegó como en un suspiro. Emily era asistida por su tía Joyce, Candice y Sophie para vestir su hermoso vestido de novia. La misma Sophie se encargó de peinarla con un discreto tocado que resaltaba su bello rostro, y finalmente, con gran solemnidad, le colocó el velo.

—¡Querida, estás bellísima! —exclamó su tía, llevándose ambas manos al rostro con gran emoción.

Las amplias sonrisas de Candice y Sophie dieron crédito a la opinión de su tía.

Cuando llegaron a la iglesia todos estaban ya esperando.

Al entrar, del brazo de su tío, los ojos de Emily se dirigieron inmediatamente al altar donde la esperaba Rick, más atractivo y marcial que nunca vestido con un finísimo traje gris oscuro, camisa blanca impecable y una elegante corbata gris plateado.

Desde el momento en que se abrió la puerta para dar paso a la novia, Rick clavó sus ojos en ella, y no pudo evitar que su respiración se detuviera por unos segundos ante aquella visión que le pareció celestial: Emily estaba preciosa en aquel vaporoso vestido blanco que dejaba ver sus torneados brazos y su pecho inmaculado.

Rick sonrió forzosamente, enfadado al sentir que la visión de Emily lo estaba afectando de una forma imprevista. Trató de controlarse y cuando ella llegó a su lado y el señor Palmer la entregó a él, le dedicó una sonrisa tan radiante y espontánea que Emily, por un segundo, tuvo la sensación de que el señor Preston se sentía genuinamente feliz.

Ella tampoco pudo dejar de notar que Rick, a quien siempre había considerado muy apuesto desde que lo conoció, se veía más atractivo que nunca, y tuvo que hacer un esfuerzo para ignorar el nudo que se le había hecho en el estómago al mirarlo directamente a los ojos mientras él tomaba su brazo.

Aquellos nervios traicioneros, aquel cosquilleo inesperado y desconocido que sintió a su contacto, la hicieron sentirse repentinamente molesta consigo misma.

«¡Por Dios, Emily! Esto es solo una farsa» se dijo a sí misma para acallar las sensaciones que bullían por su cuerpo y por su mente, pero solo consiguió que eso la molestara aún más.

Rick pudo sentir la tensión en ella por la forma en que apretaba con fuerza su mano mientras escuchaban al clérigo y se volvió hacia ella varias veces para tratar de calmarla con la mirada, pero ella mantuvo su postura rígida y no le devolvió la mirada ni una sola vez.

Llegó a pensar que tal vez ella se arrepentía de haber accedido a su propuesta, o quizá ella tenía una postura aún más fría y práctica que él.

Cuando el párroco dijo: «Los declaro marido y mujer. Puede besar a la novia», Rick no le dio tiempo a pensar en nada, se volvió hacia ella y con seguridad retiró el velo del rostro de Emily; la miró a los ojos durante unos segundos y luego posó sus labios sobre los de la joven, en lo que fue más bien una suave caricia, que la hizo sentir un extraño escalofrío de placer y expectación que no se atrevió a reconocer.

Su primer beso, el beso del que ahora era su esposo, un beso para sellar un contrato, pero que se había sentido como una caricia de amor verdadero. O eso fue lo que pensó Emily, porque se decía a sí misma que no conocía el amor, y sospechaba que Rick tampoco.

Emily debió reconocer que su tía, Candice y Sophie realmente se esmeraron: la recepción, a la que acudieron prácticamente todos los habitantes de Canterbury, ya que los Preston, a pesar de su fortuna, eran sumamente sencillos, se llevó a cabo en el inmenso prado que componía la finca del señor Malcolm. Instalaron unas bellas carpas blancas que llenaron con flores blancas y amarillas.

La comida estuvo exquisita y todos bailaron alegremente.

Emily se habría sentido casi completamente satisfecha si su hermano, su cuñada y sus sobrinos hubieran estado presentes.

Rick actuaba con una naturalidad sorprendente dadas las circunstancias: recibía las felicitaciones de los asistentes con una alegría que a Emily casi le parecía auténtica.

«Seguramente la herencia de su abuelo es verdaderamente significativa» pensó, un tanto molesta.

—¿Me haría el honor, madame? —El propio Rick la sacó de sus

pensamientos al ofrecerle su mano, galante, para invitarla a bailar.

Emily reaccionó como si hubiera salido de un trance y le dio la mano sin decir nada, logrando apenas esbozar una sonrisa de desconcierto.

—¡Qué hermosa pareja hacen! —Exclamó Joyce, mientras ellos giraban con gracia al compás de la música—. Verlos bailar es un verdadero deleite.

Candice los miraba con la misma expresión de beatitud.

—Debo confesar que nunca hubiera imaginado que Rick se fijara en Emily, señora Palmer, y no porque Emily no sea digna de ello, claro, pero Rick siempre fue tan renuente. Me parece maravilloso que haya decidido unirse a su sobrina.

—Yo también estoy muy contenta. Debo admitir que estaba un poco preocupada por el futuro de mi sobrina. Mi hermano, bendito sea, no pudo dejarle una dote; mi esposo estaba dispuesto a brindarle una cantidad para ese propósito, pero temíamos que Emily no lo aceptara, es muy orgullosa, aunque no lo aparente, y, además, me da la impresión de que sería muy quisquillosa a la hora de elegir pareja.

Candice rio discretamente.

—Entonces no nos queda más que pensar que son tal para cual.

Y con eso dieron por zanjada la cuestión.

CAPÍTULO 13

Para cuando llegaron a la casa de Rick, al término de la fiesta, Emily estaba exhausta. No estaba acostumbrada a ser anfitriona, y tener que sonreír a diestra y siniestra, especialmente cuando por dentro los nervios la consumían, le había agotado sus fuerzas.

Así que al arribar a la morada del que ahora era su esposo, lo único que quería hacer era dormir, aunque no estaba segura de poder conseguirlo.

Los sirvientes de Rick los esperaban en el pequeño salón a la entrada de la casa, donde fueron presentados a su nueva señora.

Todos la saludaron cortésmente y luego Rick la encaminó a la planta alta para mostrarle las habitaciones.

De pronto el corazón de Emily empezó a latir a gran velocidad; no se había preparado en realidad para ese momento, y se puso aún más nerviosa de lo que ya estaba: compartir la habitación con un hombre le resultaba sumamente inquietante, por más que ese hombre y ella hubieran acordado que no tendrían intimidad.

Rick se detuvo frente a una hermosa puerta de madera tallada, la abrió con lentitud y le cedió el paso en silencio.

Luego cerró la puerta y se posó en el centro de la recámara.

—Esta es tu habitación. Tu ropa y todas tus cosas ya fueron colocadas en los armarios. Espero que te guste. —Y al decir esto último Rick se esforzó para que la aprensión no se notara en su rostro.

Por alguna razón sentía la imperiosa necesidad de mostrarse sumamente seguro en esos momentos.

Emily le dedicó una amplia sonrisa. Rick pensó que estaba hermosa y fresca.

No le pasó inadvertido que Rick la había tuteado por primera vez, y se sintió muy extraña con ello, pero pensó que, dado que ya estaban casados, era lo más natural.

—Sí, me gusta mucho.

Rick asintió con una sonrisa más bien escueta y luego se dirigió a una puerta que estaba en una de las paredes del fondo, y que Emily no había visto.

—Yo ocuparé esta habitación. Creo que te sentirás mucho más cómoda estando en habitaciones separadas, pero, por supuesto, si necesitas cualquier cosa, no tienes más que llamar a mi puerta.

Carraspeó un poco al terminar de hablar, y a Emily le llamó la atención que parecía un tanto nervioso, casi como un colegial, y no como el hombre seguro y de mundo que ella creía que era.

En parte le divirtió su reacción y lo encontró tan adorable que por un momento la invadió la fugaz sensación de que le hubiera gustado pasar más tiempo con él esa noche, aunque por nada del mundo admitiría que, más que un rato, le gustaría pasar con él toda la noche.

Ambos estaban cansados, sin embargo, y Rick, comprendiendo que ella querría aclimatarse a su nuevo hogar, decidió dejarla sola rápidamente.

«Bien, así que este es el inicio de tu nueva vida» se dijo a sí misma cuando su esposo se marchó. «Esposo». La palabra le resultaba misteriosa y extraña a un tiempo. Muy pocas veces en su vida se había imaginado diciendo la frase «mi esposo», porque algo le decía que nunca tendría uno.

Dicho pensamiento le provocó cierta desazón porque, si bien era cierto que ahora tenía esposo, también lo era que no era uno convencional.

Sacudió la cabeza para dejar de lado cualquier pensamiento, se sentó en la cama y disfrutó del suave y confortable colchón.

Suspiró, pensando que Rick realmente podría darle una muy buena vida, al menos en lo material, y se dispuso a ponerse la ropa para dormir. Estaba tan cansada, y había sido un día tan largo y tan lleno de emociones, que no tardó en conciliar un sueño plácido.

Rick, en cambio, en la habitación contigua, se desvistió muy despacio, y también muy despacio se puso el pijama. Se sentía sumamente extraño, como si se hubiera operado un cambio radical en su cuerpo y él apenas se estuviera dando cuenta.

De pronto se detuvo frente a la cama vacía. «Estoy casado» pensó, «ahora soy un hombre casado».

Se quedó un largo rato pensando en ello, sin saber muy bien cómo tomarlo ni cómo afrontarlo. Se daba cuenta de que compartir su vida con una persona, por mucho que no compartieran el lecho, iba a trastornar su rutina, y aunque, muy en el fondo, le agradaba la idea de tener a su lado a una joven hermosa e inteligente como Emily, sus emociones encontradas le daban la razón sobre los recelos y prejuicios que había albergado casi toda su vida en contra del matrimonio.

Emitió un largo suspiro antes de decidirse a entrar en la cama, y aunque rápidamente concilió el sueño, este se vio poblado de imágenes confusas sobre la boda, Emily y la renuncia a las libertades de que gozaba como hombre soltero.

CAPÍTULO 14

Fue hasta entrada la madrugada cuando Rick logró un sueño profundo, y cuando por fin despertó el sol ya estaba en lo alto. Hacía mucho tiempo que no dormía hasta tan tarde, y al notarlo se frotó los ojos con frustración.

Se lavó el rostro y los brazos en la jofaina y bajó al comedor. Reinaba un silencio total, y por un momento tuvo la sensación de que lo había soñado todo.

Pero en ese momento Emily entró del recibidor al comedor. Lucía radiante, vestida de azul claro y con el cabello totalmente recogido y prendido con unas bellas horquillas.

—Buenos días. El desayuno ya está listo. ¿Quieres que le diga a Rose que te sirva? —preguntó, tratando de ocultar la timidez que de pronto la asaltó al ver a Rick.

Él le devolvió la sonrisa.

—Buenos días. Te lo agradezco, eso estará muy bien. Lamento haberme levantado tan tarde, estaba muy cansado. Debes tener hambre.

—Bueno, debo confesar que me adelanté. Tomé un ligero desayuno cuando me levanté, pero me encantaría acompañarte con unas tostadas y un poco de café.

—Excelente.

Había cierta naturalidad en la manera que Emily le hablaba, y al mismo tiempo ambos parecían tan comedidos que Rick experimentó cierta desazón.

Definitivamente tendría que sostener una charla interna consigo mismo para convencerse de que debía ver su nueva situación en la vida de manera natural y neutral, meramente como un negocio. La presencia de Emily y el trato con ella no tenían por qué trastocar su vida al punto de alterar su estado de ánimo.

Mientras tanto, Emily ya había ido a la cocina a pedirle amablemente a Rose, la cocinera, que sirviera el desayuno al señor.

Rose se dispuso a cumplir sus órdenes y para empezar iba a llevar la cafetera, pero Emily se le adelantó:

—Descuide, Rose, yo llevaré la cafetera.

—Pero, señora...

—Ande, ande, yo llevaré la cafetera. Usted sirva el desayuno al señor.

Sus maneras eran tan dulces que Rose no pudo negarse, aunque por dentro temía que el señor la reprendiera por dejar que su esposa realizara labores que competían a la servidumbre.

Con gran soltura Emily le sirvió el café a Rick y sirvió una taza para ella.

—Rose vendrá en un momento —le dijo, mientras probaba su café.

—Veo que ya te estás familiarizando con el servicio —señaló Rick, observándola atentamente mientras bebía su café.

—Tengo que hacerlo. Pero no te preocupes, no usuraré tus funciones. Te aseguro que siempre te consultaré antes de tomar cualquier decisión.

—No me preocupo, y no tienes que consultarme, ahora eres la señora de la casa y confío en tu juicio.

Emily bajó la voz al decir:

—Te lo agradezco —aún se sentía muy extraña al tutearlo—, pero no me conoces, es posible que sea una mujer descocada.

Sorprendido por sus palabras, Rick alzó la vista y descubrió los ojos de Emily brillando con un aire de travesura que lo sorprendió aún más, eso sí, muy gratamente.

Él sonrió enigmáticamente al tiempo de responder: —Por alguna razón estoy muy seguro de que no lo eres.

La forma en que clavó su mirada en ella al decirlo hizo que la joven se sonrojara, y para tratar de ocultarlo sonrió levemente, bajó la mirada y dio un largo sorbo a su café.

Rose trajo el desayuno de Rick y él, hambriento, devoró todo en un instante.

Satisfecho, se irguió en la silla y mirando a Emily con seriedad le dijo: —Tengo una sorpresa para ti.

Emily, que se había quedado muy pensativa, alzó la mirada hacia él, inquisitiva.

—Como sé que deseas tanto viajar, pensé que sería una buena idea visitar el continente, por nuestra luna de miel. —La última frase la dijo en un tono que oscilaba entre la timidez y la ironía, pero Emily no lo notó.

En cambio, abrió mucho los ojos al escucharlo, sorprendida, pero no pudo articular palabra. No esperaba disfrutar tan rápido de los beneficios de su acuerdo.

—Me parece que podríamos empezar con París, luego Italia, y terminar con una visita a tu hermano, si puede recibirnos, claro.

Si Rick esperaba que Emily diera saltos de gusto, ella lo sorprendió con su reacción. Parecía sofocada.

—¡Oh, por Dios! —logró decir por fin en voz baja—. Rick, es un hermoso detalle. Me encanta la idea, gracias. Me dará muchísimo gusto ver a mi hermano, hace años que no lo veo, mis sobrinos ya deben estar tan grandes.

Rick se levantó, dispuesto a iniciar sus labores del día, especialmente por lo avanzado de la hora. En su fuero interno esperaba que Emily se levantara de la silla y le diera un efusivo abrazo de agradecimiento y quizá hasta un beso.

Pero no lo hizo. Se quedó sentada, casi como si estuviera en shock.

—Me alegra que te agrade. Nos iremos mañana a Liverpool, ahí tomaremos un barco hacia Francia. Prepara un baúl muy grande, porque estaremos fuera unas tres semanas.

Emily emitió un «ajá» sofocado y asintió con la cabeza.

Rick se despidió y Emily se dirigió a su habitación para asegurarse de que su aspecto fuera perfecto, y luego se dirigió a la casa de sus tíos, que seguramente esperaban noticias sobre su nueva vida de mujer casada.

Su tía, obviamente, la recibió de la manera más efusiva que podía esperarse. Aunque no era obra suya, se sentía ufana del nuevo estado de su sobrina, porque, a pesar de esperar lo mejor para ella, consideraba que su situación actual iba más allá de las expectativas que hubiera podido tener.

—Querida, estoy feliz de verte. Dime, ¿cómo estás? ¿Cómo te sienta tu vida de casada?

Joyce estaba exultante.

La chica hizo un esfuerzo sobrehumano para no ruborizarse; sabía que su tía jamás le preguntaría nada sobre su vida íntima, bajo ninguna circunstancia, pero también sabía que su pregunta iba dirigida en parte a esa cuestión.

—Maravillosamente, tía —respondió, con una radiante sonrisa no del todo fingida.

—Dime, ¿qué tal Rick?

—Rick es un caballero, tía. Se ha portado estupendamente bien. De hecho hoy por la mañana me dio una sorpresa sumamente grata: haremos un viaje al continente, iremos a París, a Italia, e incluso a visitar a Peter.

La joven rebosaba alegría, y Joyce se sintió tan feliz al ver que por fin la vida la sonreía a su sobrina, después de lo que había tenido que sufrir.

—Oh, querida, esa es una excelente noticia. Qué detalle de su parte organizar una luna de miel tan romántica, especialmente sabiendo lo que tú deseas viajar, y sobre todo porque él actualmente se encuentra muy ocupado con sus negocios.

—Sí, es un detalle maravilloso —asintió Emily, bebiendo un poco de té para tratar de ocultar que, efectivamente, semejante gesto la afectaba profundamente.

Se molestó consigo misma por un instante: no debía dejarse impresionar. El gesto de Rick era probablemente una manera de agradecerle el haber aceptado su propuesta; tal vez, incluso, tuviera negocios que atender en el continente y pensaba aprovechar la ocasión para quedar bien ante ella.

Se recompuso inmediatamente, diciéndose a sí misma que debía estar muy atenta y no bajar la guardia.

—Estoy muy emocionada, tía, por fin podré ver a Peter y a los niños, después de tanto tiempo.

Su tía posó su mano sobre la que Emily tenía desocupada, en un gesto que demostraba lo feliz que se sentía por ella.

—Yo también estoy feliz de que puedas ver a Peter. Antes de que te vayas tendremos que ir a ver a la señora Wilkes para comprarles algunos regalos a todos.

—Tía, eso no será necesario.

—No, no es necesario, pero yo quiero hacerlo. Hace tanto que no veo a Peter...

—Está bien, pero creo que será mejor que nos vayamos ahora mismo, tía, porque tengo que volver a casa de Rick para preparar mi equipaje.

—¿A casa de Rick? Te recuerdo que es también tu casa ahora.

—Sí, tía, es solo que aún no me acostumbro. Deme tiempo. Cuando regrese de nuestro viaje organizaré una comida, usted y mi tío serán los invitados de honor, y por supuesto que también estarán todos los Preston.

—Gracias, querida. Pero por el momento quiero que solo te preocupes de estar lista para partir.

Riendo alegremente salieron rumbo a la tienda de la señora Wilkes.

Aunque Emily le rogó a su tía que no gastara demasiado en los obsequios que pensaba enviar a Peter, sus hijos y su esposa, Joyce insistió, y la joven tuvo que llevar todo un baúl lleno de objetos para ellos.

CAPÍTULO 15

Cuando llegó a la casa de Rick, este ya la estaba esperando para comer.

Cortésmente la ayudó a bajar del carruaje de los Palmer y luego bajó el enorme baúl de obsequios.

Joyce lo saludó muy amablemente, pero no quiso parecer indiscreta y, suponiendo que querrían estar solos y dándose cuenta de que era hora de comer, se despidió cortésmente y se marchó.

Rick le pidió ayuda al señor Marshall, el encargado de su caballeriza, para que lo ayudara a introducir el baúl a la casa.

—¿Qué has comprado? ¿Te hiciste de un nuevo guardarropa? — Cuestionó a Emily cuando se quedaron solos, sin duda pensando que, como todas las damas, ella habría considerado que necesitaba nuevos vestidos para su viaje.

Emily lo miró un tanto apenada.

—Son obsequios para Peter, mi hermano, su esposa y sus hijos. Mi tía insistió. Traté de disuadirla, pero dijo que hace tanto tiempo que no ve a su sobrino, que lo menos que puede hacer es enviarle unos «cuantos» regalitos.

Rick sonrió, un tanto conmovido por el bochorno de Emily.

—Vaya, la señora Palmer es muy generosa.

—Mi tía es una persona maravillosa, no sé qué habría hecho sin ella.

Rick no quería entrar en detalles sobre la triste situación que ella había tenido que enfrentar en meses recientes, así que cambió de tema: —Estaba esperándote para comer.

—Siento haberte hecho esperar. Mi tía y yo nos entretuvimos más de la cuenta con la señora Wilkes. A mi tía le encanta ir de compras —explicó a modo de disculpa, en tono cómplice.

—¿Y a ti no? —inquirió Rick, con curiosidad.

Se dirigían hacia el comedor mientras hablaban, así que Emily no veía el rostro de Rick.

—No es que me disguste, pero tampoco es uno de mis pasatiempos favoritos. No entiendo por qué a la mayoría de las mujeres les causa una especie de fascinación el probarse decenas de vestidos mientras tratan de deducir si les queda perfecto o si parecen un embutido en él, o si el color va

con su tono de piel.

—Vaya, eso sí es una novedad. Y, entonces, ¿qué prefieres hacer?

—Irónicamente, me gusta mucho coser, me gustaría algún día llegar a ser una famosa modista. Pero también me fascina leer.

—¿De verdad? Entonces te encantará nuestra biblioteca.

Habían llegado al comedor y Emily no pudo replicar nada, pero no dejó de notar la familiaridad con que Rick había dicho la palabra «nuestra», sin saber si se refería a ellos dos, o tal vez a los Preston, ya que quizá la biblioteca fuera obra de varias generaciones.

Comieron casi en silencio porque ambos estaban hambrientos, y luego, cada cual subió a preparar sus respectivos baúles.

Emily apenas podía contener la emoción que sentía: por fin, su anhelo de viajar se haría realidad. No podía negar que se sentía sumamente agradecida con Rick por brindarle esa oportunidad, y por haber recordado lo que ella le había comentado al respecto en diversas ocasiones.

Rick, por su parte, no podía dejar de pensar en la conversación que había sostenido con su abuelo esa mañana.

Había ido a visitar a su padre para despedirse, con motivo de su viaje de bodas, y aunque también tenía la intención de despedirse de su abuelo, no esperaba encontrarlo en casa de su padre, y mucho menos que Malcolm abordara tan rápido el tema de la herencia.

Su abuelo no podía ocultar que se sentía feliz por su matrimonio, y aunque sospechaba, no sin razón, que tal vez Rick solamente había accedido a casarse para tener acceso a su herencia, estaba satisfecho de que al fin su nieto, al que cariñosamente llamaba «el rebelde de la familia», hubiera sentado cabeza.

Por ello quiso notificarle esa misma mañana que ya había hecho los arreglos pertinentes con su administrador y con su abogado para que la mansión de Londres y las mencionadas treinta mil libras pasaran a manos de Rick tan pronto quedaran listos los documentos, lo que no debía demorar más de dos o tres semanas.

—Abuelo, no tendrías que haberte dado tanta prisa, ese asunto puede esperar —le había dicho Rick, mucho más incómodo de lo que hubiera podido imaginar.

—Puede esperar, pero yo me comprometí a darte tu herencia cuando te casaras. Además, esa joven merece disfrutar de ella por el solo hecho de haberte convencido de dejar de ser un soltero cabeza hueca.

Su padre rio ante las palabras del abuelo, y Rick tuvo que simular que a él también le divertían.

Debería sentirse feliz, debería sentirse satisfecho, pues había logrado su propósito, pero no era así; tal vez le remordía la conciencia porque, en el fondo, sentía que estaba engañando a su familia, o tal vez empezaba a sentir que sus acciones contravenían sus principios, y una vocecilla interna le decía que había utilizado vilmente a Emily para un fin que no tenía nada de criticable, pero que ahora lo hacía verse a sí mismo como un ser ambicioso y sin escrúpulos.

—Bueno, no hay marcha atrás: lo hecho, hecho está —dijo para sí, obligándose a dejar de pensar en ello y a dormir.

CAPÍTULO 16

Por más que lo intentó, Emily tuvo muchos problemas para conciliar el sueño, y fue solo hasta en la madrugada cuando logró quedarse dormida.

Un leve toque en uno de sus brazos y la voz lejana de Rick la hicieron despertarse. Abrió los ojos y lo vio sentado al borde de su cama, muy cerca de ella, intentando sacarla de sus sueños.

Por un momento se sobresaltó, desconcertada al verlo ahí y sin recordar muy bien en dónde se hallaba. Él la miraba serio, y trató de tranquilizarla.

—Perdona que interrumpa tu sueño —dijo con voz suave— pero tenemos que irnos muy temprano.

—¡Oh, por Dios, me quedé dormida! —exclamó, reaccionando.

Se levantó a toda prisa, sobre todo para deshacerse de la cercanía de Rick, y él dejó discretamente la habitación mientras ella se lavaba el rostro y los brazos y se vestía tan rápidamente como podía. Afortunadamente, por la noche había dejado lista la ropa que usaría para marcharse, de modo que no tardó más de veinte minutos en estar a punto.

Llamó el señor Mayer para que la ayudara a bajar los baúles con su ropa y con los regalos para su familia y bajó tan pronto pudo, esperando que tuvieran tiempo suficiente para tomar por lo menos un desayuno ligero.

Rick la estaba esperando en el comedor y en cuanto apareció, un tanto abochornada por su tardanza, ordenó que sirvieran el desayuno.

Comieron en silencio y cuando Rick verificó que todo estuviera a punto, abordaron el carruaje y enfilaron rumbo al puerto de Liverpool.

Emily estaba emocionada, se asomaba por la ventana del carruaje admirando ávidamente el paisaje, y se regodeó al pensar que, si los paisajes agrestes de Inglaterra producían en ella semejante alborozo, seguramente el bullicio y el movimiento de las grandes urbes europeas pondrían su sangre en ebullición. Pese a ello, guardaba silencio, absorta como estaba en sus emociones. Mientras tanto, Rick la observaba sin que ella fuera consciente de ello. Le resultaba muy refrescante el entusiasmo de Emily. A él le gustaba viajar, pero hacía mucho tiempo que había dejado de sentir esa expectación y las cosquillas en el estómago con los preparativos. Emily, en cambio, parecía estar disfrutando al cien por ciento cada sensación, cada paisaje, cada soplo

de viento, cada vuelta que daban las ruedas del carruaje mientras se acercaban a su destino próximo.

Sonrió sin poder evitarlo y pensó que, por fin, París tendría una novedad para él, después de tanto tiempo.

Llegaron a Liverpool sin contratiempo alguno. El barco que abordaron era realmente hermoso. La joven se paró en la cubierta al momento de partir; el viento movía la falda de su vestido, mientras ella luchaba para mantener su sombrero en su lugar, en tanto no podía borrar la sonrisa de su rostro: definitivamente se sentía feliz.

Emily pensó que en París se hospedarían en un hostel, pero Rick la sorprendió nuevamente al anunciarle que tenía una casa en esa bella ciudad, en un barrio muy céntrico.

Al arribar a la casa los recibió el ama de llaves, la señora Leduc, una dama de mediana edad, algo entrada en carnes pero de rostro hermoso y afable.

Debido a que Rick no pasaba ahí mucho tiempo, la servidumbre era más bien reducida.

Rápidamente estuvieron instalados, luego de que los sirvientes felicitaron al señor y a la señora por sus recientes esponsales.

—Esto es verdaderamente exquisito —suspiró Emily al admirar la habitación que ocuparía.

Se trataba de un aposento muy amplio, con una cama grandísima en el centro, cubierta con un precioso edredón blanco de plumas de ganso y adornada con cojines de color beige.

Las cortinas de la enorme ventana también eran blancas, y las paredes estaban cubiertas con un papel tapiz de delicado diseño.

Un enorme armario de ébano flanqueaba una de las paredes, y un precioso tocador, muy cerca de la ventana, completaba el ajuar de la recámara.

—Me alegra mucho que te guste.

—Sí, es muy hermosa —reiteró ella, mirándolo por fin.

Rick carraspeó.

—Hay un pequeño problema: las habitaciones en esta casa no se comunican y, de hecho, la habitación contigua no es un dormitorio, sino un estudio, así que —titubeó, esperando la reacción de su esposa—, no nos quedará más remedio que compartir la habitación.

Emily abrió mucho los ojos. Trató de ocultar el nerviosismo, pero era

evidente que la situación la incomodaba.

—Bueno, la cama es muy grande, así que, creo que podremos compartirla sin problema. Además, se supone que eso hacen los esposos, y si te marcharas a otra habitación, seguramente la servidumbre lo vería muy extraño.

Rick dejó escapar el aire que había estado conteniendo, en espera de la respuesta de Emily, y tratando de aparentar el mayor aplomo posible dijo: — Te prometo que seré un caballero.

Ella sonrió aparentando alivio, mientras su corazón latía a ritmo desbocado.

—¿Y bien? Ya estamos en París, ¿qué haremos esta noche?

—Parece que estás lista para la diversión.

—Por supuesto, es mi primera vez en París y no pienso desaprovecharla — sonrió pícaramente.

—Bien, creo que podemos empezar por ir a un hermoso restaurante, y luego podemos ir a visitar a Madame Gaultier.

—¿Quién es Madame Gaultier? —La sonrisa de Emily se borró por completo al hacer la pregunta.

Rick sonrió enigmáticamente.

—Una buena amiga mía.

—Ah.

Emily no dijo nada más, pero sospechaba que esa madame Gaultier era una de esas «amigas» que los solteros suelen tener a escondidas. Por una razón que decidió no analizar, aquello no le hizo la más mínima gracia, y pensó que su esposo era un cínico al presentarla ante una de sus «amigas».

«Bueno, supongo que como nuestro matrimonio es solamente de apariencia, él continuará con su vida y sus aficiones como si aún fuera soltero». Dicho pensamiento solamente consiguió ponerla de peor humor, ya que consideró que era muy poco delicado e indecente por parte de Rick poner como pretexto su deseo de viajar para visitar a sus viejas amistades y dar rienda suelta a sus diversiones.

—Te dejo para que te cambies de ropa y descanses unos minutos antes de irnos —interrumpió Rick sus oscuros pensamientos—. Vuelvo en un rato.

Tan pronto él salió de la habitación, Emily empezó a refunfuñar.

«No puedo creerlo. Acabamos de casarnos y no puede esperar para venir a París a divertirse, ¡y a mi costa! Y yo que pensé que era un caballero».

Se recostó en la cama, tratando de alejar esos pensamientos. «Bueno, al

fin estoy en París, y no voy a desaprovecharlo».

Después de descansar unos minutos salió para buscar al ama de llaves y pedirle que le preparara un baño, el cual estuvo listo casi de forma inmediata.

La joven no quería perder tiempo, pero el agua estaba deliciosa y tardó una eternidad en la tina, que olía a agua de rosas.

A su pesar dejó la bañera, secó su cabello con gran calma y se vistió con un elegante vestido azul que su tía le regaló en su cumpleaños. Luego llamó a una doncella para que la ayudara a peinar su cabello, y lo recogió en un apretado moño, dejando solo una parte trenzada sobre su nuca, y unos cuantos mechones a los costados.

Pellizcó un poco sus mejillas para darles color y puso crema en sus labios para que estuvieran lozanos y brillantes.

Se miró en el espejo y quedó muy satisfecha con lo que vio. Bien, si iba a conocer a una de las amigas de soltero de su esposo, esperaba al menos causar una muy buena impresión.

Como si hubiera estado esperando el momento exacto, Rick tocó a la puerta justo cuando estuvo lista. Ella le indicó que pasara, y se dio cuenta de que él ya estaba listo también. «Seguramente se arregló en otra habitación» pensó Emily. Lucía muy guapo con un pantalón café claro, camisa blanca y una chaqueta de color café oscuro. Era evidente que se había dado un baño y lucía perfectamente afeitado, además de que olía delicioso, a jabón y agua de colonia.

«Rayos, ¿por qué tiene que lucir tan bien» se dijo a sí misma con gran desazón.

Él, por su parte también la sometió a escrutinio, y la encontró no solo muy hermosa, sino muy a tono con la moda parisina, pero al mismo tiempo muy fresca.

—Estás realmente hermosa —dijo él finalmente, tomándola del brazo para disponerse a dejar la habitación—. Causarás sensación en casa de madame Gaultier.

La casa de la dama en cuestión estaba muy cerca de la de Rick, por lo que no tardaron más de cinco minutos en llegar en carruaje. Se trataba de una mansión evidentemente antigua, pero muy bien cuidada y con un toque moderno que encantó a Emily.

El ama de llaves los introdujo a un espacioso y bello salón mientras anunciaba su llegada a la señora.

Poco después una dama de porte muy elegante y cabellos blancos los

alcanzó en el salón. A pesar de su aire, la mujer tenía una expresión sumamente agradable y sus maneras eran abiertas y joviales. Emily calculó que tendría unos cincuenta años, aunque muy bien llevados.

—Rick, querido, pero qué gusto verte, no te esperaba hasta dentro de unos dos meses. —Lo saludó con dos besos en la mejilla, lo que a Emily le pareció un gesto de excesiva familiaridad.

—Querida Rita, un asunto de suma importancia me ha traído a París antes de lo esperado.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué asunto es ese, si puede saberse? —preguntó la dama guiñándole un ojo, mientras una sonrisa de gran diversión bailaba en sus labios.

—Pues nada menos que mi esposa. Querida Rita, te presento a la señora Emily Preston. Emily, ella es mi buena amiga, madame Gaultier.

El alivio que Emily sintió al saber que una dama de mucha mayor edad que Rick era la famosa madame Gaultier superó cualquiera de sus expectativas.

Sonrió abiertamente mientras la señora tomaba su mano y la saludaba efusivamente con besos en ambas mejillas.

—Es un placer conocerla —dijo la joven.

—Querida, el placer es todo mío, te lo aseguro. Por fin este hombre necio encontró a una dama que lo convenciera de dejar la soltería. Siempre lo he dicho: el matrimonio es el estado ideal del ser humano, solo hay que saber escoger.

Emily no pudo evitar reír ante la ocurrencia y decidió que madame Gaultier le gustaba mucho: tenía un excelente humor a pesar de su edad y parecía estimar genuinamente a Rick.

—Pero qué torpe soy, por favor, pasen al salón del té. Le pediré a madame Perrault que nos lleve el servicio y unas galletas deliciosas que acabo de comprar en la confitería de Monsieur Tatout.

El salón del té estaba decorado con el mismo gusto sobrio y elegante que lo que Emily ya había podido ver de su hermosa casa.

La anfitriona rápidamente empezó a interrogar a Emily sobre las circunstancias en que ella y Rick se habían conocido, cómo se habían enamorado y cómo había logrado que él se fijara en ella.

La joven no estaba preparada para un interrogatorio tan intenso, pero respondió con soltura a las preguntas de madame Gaultier, adornando las circunstancias de su acuerdo para darles el aire romántico que la dama

esperaba. El rubor que cubría sus mejillas fue suficiente para convencer a la señora de sus afirmaciones, y satisfecha, dio por terminado el interrogatorio.

A Emily le divertía mucho su marcado acento y la manera tan peculiar en que pronunciaba la r. La artillería se dirigió después a Rick, a quien la señora hizo varias preguntas comprometedoras, y tras salir airoso a duras penas, empezaron a charlar sobre sus mutuos conocidos.

El reloj que se hallaba en el recibidor dejó escuchar seis campanadas, y madame Gaultier les dijo, muy animada, que estaban por llegar sus invitados.

—No me dijiste que esperabas visitas —le dijo Rick, un tanto apenado.

—Querido, tú no eres un invitado en esta casa, ya lo sabes, y no necesitas avisar, por lo que no tienes que sentirte apenado. Por supuesto que Emily y tú se quedarán a cenar, ya todo está listo.

Siguieron charlando y pocos minutos después la señora Perrault anunció que los invitados empezaban a llegar. Salieron a recibirlos, y entre ellos había no pocos conocidos de Rick, por lo que estuvo encantado de llegar en tan oportuna ocasión. Alegrementemente presentó a Emily como su esposa, y todos se comportaron con ella de forma sumamente amable.

La joven hablaba francés con fluidez, ya que su madre se había empeñado en que aprendiera esa lengua cuando era aún muy chica, por lo que no tuvo problemas en entablar conversación, y rápidamente se sintió como pez en el agua.

Luego de charlar alegrementemente en el salón del té durante una media hora pasaron al comedor, donde los esperaba una sucesión de platillos exquisitamente presentados.

Emily estaba fascinada con la compañía, la belleza de la mansión y la amabilidad de su anfitriona. Sus ojos tenían un brillo especial que no pasó desapercibido a Rick, quien se sentía orgulloso de lo bien que se estaba adaptando Emily a sus nuevas circunstancias. A pesar de que, según presentía Rick, Emily se consideraba una chica provinciana y sin experiencia en el mundo, se comportaba como si siempre se hubiera desenvuelto en ese ambiente.

Escucharla hablar en francés resultó para él una sorpresa sumamente agradable, y le gustaba mucho cómo se escuchaba su voz y su acento en esa lengua.

Cuando terminó la cena pasaron nuevamente al salón del té, donde disfrutaron de dicha bebida, café y pastas para las damas, y brandy para los caballeros. Se colocaron mesas de juego, y los que no quisieron participar, se

dispusieron a charlar animadamente.

Emily, que consideraba no tener talento para el juego, decidió permanecer platicando con una pareja sumamente agradable que le había presentado Rick, los señores Favre.

Para ser sincera consigo misma, Emily tuvo que admitir que parte de su buen humor se debía a que tanto madame Gaultier como la reunión habían resultado ser totalmente opuestos a lo que esperaba: definitivamente se había imaginado una colección de personas con demasiada experiencia en aspectos cuestionables de la vida, y un ambiente un tanto sórdido.

Sin embargo, estaba comprobando que, al menos hasta ese momento, las amistades de Rick eran bastante decentes y aceptables.

Rick, que también había declinado jugar, se encontraba parado cerca de una ventana que daba a la calle; poco después se le unió la anfitriona y empezaron a charlar de cosas intrascendentes.

Ella se enfrascó en la descripción de la nueva casa de su hijo Philippe, que había contraído nupcias hacía apenas un mes, y cuando se dio cuenta de que Rick apenas le prestaba atención, se volvió hacia él para ver qué lo tenía tan embebido.

Lo sorprendió con la mirada clavada en Emily y un gesto adusto muy significativo, especialmente porque en ese momento la muchacha se encontraba charlando con un joven muy apuesto, que, aunque muy respetuoso, tenía toda su atención centrada en ella.

Mirándola con igual atención, madame Gaultier le dijo en su mejor tono fraternal:

—Has hecho una excelente elección, mi querido Rick.

Él pareció salir de un trance.

—¿Perdón? ¿A qué te refieres? — En verdad parecía no tener idea de qué le hablaba.

—A Emily, por supuesto. Es una chica maravillosa.

—Sí, lo es. —Su tono era tan inexpresivo que su interlocutora se volvió a mirarlo muy inquisitivamente.

La dama lo observó con mayor detenimiento. Algo en la actitud de Rick llamaba poderosamente su atención: tal vez el que nunca lo había visto interesado realmente en una mujer, y ahora parecía que no podía apartar la vista de su esposa. Sin embargo, parecía que a él mismo le costaba admitirlo, o esa era la impresión que tenía madame Gaultier.

Como si sintiera las miradas de ambos sobre ella, Emily se volvió a

verlos y les sonrió abiertamente; dándose cuenta de que apenas había pasado dos minutos con Rick desde que inició la cena, se disculpó cortésmente con su interlocutor y se dirigió hacia él y la anfitriona.

—Madame Gaultier, es una velada maravillosa. Tengo que agradecerle por su amabilidad al habernos invitado.

—Querida, no tienes nada que agradecer, Rick es un amigo muy querido para mí y esta es como su casa. Ahora, si me disculpan, debo atender un asunto con mademoiselle Trenor. —Y se marchó con un retintín de seda y joyas.

—Parece que te estás divirtiendo mucho. —Rick le dedicó una sonrisa más bien forzada. Se sentía de un humor oscilante entre el gozo y la exasperación, y no sabía por qué, lo cual lo irritaba aún más.

Emily irradiaba felicidad, ciertamente.

—En efecto, me estoy divirtiendo mucho. Estoy muy gratamente sorprendida con madame Gaultier; la cena ha sido deliciosa, y la compañía, estupenda.

—¿Esperabas algo diferente? — cuestionó Rick en tono suave.

Por supuesto que Emily no iba a admitir que había supuesto que las amistades de Rick no eran precisamente recomendables. Un tanto vacilante respondió:

—No, no es eso. Más bien creo que no tenía grandes expectativas, tomando en cuenta que sé muy poco de ti, y que es mi primera vez en París.

Algo debió adivinar él sobre sus verdaderos pensamientos, porque le sonrió de forma enigmática mientras le clavaba la mirada durante varios segundos, lo que hizo a Emily sentir bastante incómoda. Ella volvió la mirada al resto de los presentes para cortar el contacto visual.

—¿Y tú? ¿Te estás divirtiendo?

Si hubiera sido sincero habría contestado que sí, pero no tanto como en ocasiones anteriores, no sabía si porque no gozaba de la misma libertad que antes, o porque ya había pasado por muchas veladas como esa.

—Sí, lo estoy pasando muy bien. Siempre me ha gustado mucho el contacto con la gente, y por lo que veo, a ti también.

Emily seguía mirando a toda la concurrencia.

—Normalmente prefiero la soledad, pero no pienso perderme ninguna experiencia nueva en este viaje.

Parecía que hablaba más para sí misma que para ser escuchada. Había tanta emoción contenida en sus palabras que Rick no pudo evitar tomar su

mano derecha y llevársela a los labios para depositar un casto beso que dejó a la joven totalmente descolocada:

—Me da mucho gusto que estés disfrutando este viaje. —Y antes de que ella pudiera reaccionar—: Si me disculpas, quiero saludar a un viejo amigo.

Y la dejó ahí, anonadada, mirándolo como si hubiera hecho la cosa más increíble del mundo. Acalorada, empezó a abanicarse y a reprenderse mentalmente a sí misma por sentirse emocionada por un simple beso en la mano.

En ese preciso instante sopesó la posibilidad de que pudiera enamorarse de Rick, una idea que hasta ese momento no le había pasado por la cabeza, al menos no conscientemente, y se sintió estúpida por pensarlo siquiera.

Sin embargo, tomando conciencia de dónde se encontraba, se obligó a sí misma a recuperar la compostura; sabía que ya era tarde para arrepentimientos, así que se forzó a respirar profundamente y a colocar en su rostro una sonrisa que ocultara lo que realmente sentía.

«No puedes echarlo a perder, Emily, esto es solo un contrato, y no puedes darte el lujo de ser estúpida y enamorarte de un hombre que, evidentemente, jamás se enamorará de ti».

Cuando hubo recuperado la seguridad, se dirigió hacia la señora Gaultier, que charlaba alegremente con una dama mucho más joven, y se unió a la conversación, forzándose a divertirse y a que nada nublara el placer de su primer viaje al continente.

Llegaron a la casa de Rick muy entrada la noche. A pesar de todo Emily se sentía feliz; en un cierto modo retorcido se sentía libre.

A ello quizá contribuyera un poco también el hecho de que había bebido más de lo que acostumbraba: la señora Gaultier le había ofrecido en varias ocasiones un vino tinto delicioso, y Emily debía admitir que el vino francés era irresistible.

Cuando subían las escaleras trastabilló, y Rick tuvo que sostenerla para que no se cayera, mientras Emily reía alegremente.

«Vaya, vaya, sí que te has divertido» pensó Rick mientras la sostenía con ambos brazos y la llevaba hasta su habitación.

Ella se introdujo rápidamente y quedándose en el vano de la puerta dijo: —Ha sido una noche estupenda, Rick, gracias. —Mientras lo decía, con la lengua un tanto arrastrada, deslizó su mano por la bien afeitada mejilla de Rick, y cerró la puerta antes de que él pudiera responder.

El gesto de Emily había sido muy sutil, y Rick lo atribuía más bien al

estado alcoholizado de la joven, pero lo dejó definitivamente descolocado. Se quedó frente a la puerta de la habitación durante varios segundos, sin saber cómo reaccionar.

Abrió suavemente la puerta, la cerró y se recargó en ella.

—Por lo visto olvidaste que yo también dormiré en esta habitación. —Su voz no tenía tono de reproche, sino más bien de diversión.

Emily, que estaba sentada en la cama luchando por quitarse los botines, lo miró mortificada.

—¡Oh, Rick, perdóname! Tienes razón, lo olvidé.

Rick se posó al otro lado de la cama y empezó a desvestirse con lentitud, mientras Emily, que ya había logrado ganar la batalla contra sus botines, se encaminaba hacia su baúl para sacar su bata de dormir.

No pudo evitar mirar el torso desnudo de Rick, sus bien marcados músculos y su abdomen casi plano, y tuvo que tragar saliva con dificultad.

Disimuló perfectamente, sin embargo, y él no se dio cuenta de su conmoción.

Ella se introdujo bajo el edredón para quitarse el vestido, y con el corsé todavía puesto se puso la bata, para luego quitarse la engorrosa prenda que en realidad no necesitaba, porque tenía la cintura esbelta y muy bien marcada; pero las normas del vestir son las normas del vestir, y una dama siempre debe atenderlas si no quiere suicidarse socialmente.

Luego Rick se metió a la cama y tras dirigirle una fugaz mirada a su esposa, le dio la espalda.

—Buenas noches, Emily.

—Buenas noches, Rick.

Ella se quedó dormida casi tan rápido como puso la cabeza sobre la almohada, vencida por los efectos del cansancio y el alcohol.

Él, en cambio, permaneció con los ojos abiertos durante un muy largo rato; se hallaba en una situación bastante inusual, pues no estaba acostumbrado a compartir la cama con una mujer con la que no tuviera cercanía física, lo que se veía agravado por el hecho de que no se trataba de una de sus amigas casuales sino de su esposa.

Por otra parte, empezaba a notar, muy a su pesar, que Emily no le era tan indiferente como él había supuesto. Había algo muy dulce en ella que lo atraía de una forma que no había experimentado nunca antes.

El hecho de que hubiera podido dormirse tan fácilmente y no presentar reparos por estar en la misma cama que él no hacía sino aumentar el calor

involuntario que empezaba a sentir en todo el cuerpo.

Tenía que dejar de pensar en Emily, su cercanía, y su cuerpo cubierto solo por una bata de algodón.

«Vamos, Rick, contrólate, has estado en peores situaciones» se dijo a sí mismo.

Sin embargo, su mente empezó a enfocarse en lo que había hecho: se había casado, se había unido a una mujer que no había manifestado un interés particular en el matrimonio y que solo había accedido a ser su esposa para asegurarse una situación económica cómoda y sin sobresaltos.

Cierto que por momentos, cuando Emily lo miraba, creía percibir una dulzura inusual y un extraño brillo en sus ojos, casi como un anhelo incumplido, pero tal vez era solo su imaginación.

Se había dado cuenta de que, muy a su pesar, Emily despertaba en él una ternura que no había sentido nunca por nadie, a lo que unía el hecho de que la encontraba verdaderamente hermosa, y su manera de ser complementaba muy bien sus facciones delicadas y su figura grácil.

«En menudo lío te has metido, Rick» se reprendió a sí mismo.

Dando la espalda a Emily, cansado por haber estado divagando tanto, se forzó a dejar de pensar y finalmente logró conciliar el sueño.

CAPÍTULO 17

La resaca que experimentó Emily por la mañana bien valió la pena, pues tuvo que reconocer que lo había pasado muy bien. Bajó a desayunar bastante entrada la mañana, pero debido al fuerte dolor de cabeza que sufría, solo tomó un poco de café y pan tostado con mantequilla.

Rick estaba muy callado esa mañana, pero Emily no quiso entrar en detalles, pues además de haberse divertido mucho, se sentía un tanto avergonzada por haberse pasado de copas, aunque en realidad no había bebido tanto, pero se había visto afectada más bien por la falta de costumbre.

Además, agradecía que debido a los efectos del vino no hubiera reparado en el pudor que se esperaba sintiera al dormir en la misma cama que su esposo por primera vez.

—¿Cuál es el plan para hoy? —preguntó a Rick en el tono más alegre que pudo.

—Hoy recorreremos la ciudad. Hay barrios muy hermosos y estoy seguro de que te encantará el río Sena.

—Excelente. Iré a cambiarme, estaré lista en muy poco tiempo.

Rick la observó subir las escaleras casi corriendo, a pesar de que, según había podido percatarse, Emily se sentía bastante mal por sus ligeros excesos de la noche anterior. Le hizo gracia su actitud, demostraba un entusiasmo fresco que hacía tiempo no veía en nadie y, en cierto modo, lo contagió, haciéndolo desear a él también salir a recorrer la ciudad que ya conocía bastante bien.

La chica cumplió su promesa y estuvo lista en muy poco tiempo. Llevaba un hermoso vestido blanco, muy apropiado para la ocasión pues era ligero y le permitía moverse con soltura; un sombrero blanco, muy sencillo y prácticamente con los lazos como único adorno, cubría su cabeza, y completaba su ajuar con un chal de color azul claro, porque el día amenazaba con estar bastante fresco.

—Bien, estoy lista —dijo con su mejor sonrisa, plantándose a unos dos metros del hombre—. ¿Cómo luzco? ¿Estoy bien para un paseo por París?

Su pregunta no tenía ninguna pretensión de halagar su vanidad, solo pretendía reafirmar su comodidad, pero Rick la observó significativamente, y

con gesto serio, que contrastaba con lo que realmente estaba pensando, respondió:

—Estás perfecta.

Emily sonrió aún más tras su respuesta, a pesar de que el gesto de él la desconcertó en gran medida.

Se dispuso a apartar cualquier pensamiento que pudiera nublar su ánimo, y unos minutos después, cuando Rick estuvo listo, salieron.

Emily gozaba como una niña pequeña mientras recorrían los puentecillos del río Sena y las hermosas calles empedradas que lo bordeaban. Llegaron al hermoso barrio de los cafés y se sentaron en una pequeña mesita en la banqueta de uno de los establecimientos, donde pidieron sendas bebidas y un delicioso postre de manzana y crema batida.

Al terminar su café, Emily se respaldó en la silla, y, mirando a los transeúntes, suspiró de pura satisfacción.

Al oírla, Rick, que había estado escuchando a Emily hablar sin parar desde que salieron de la casa, posó la mirada sobre ella.

—Esto es mucho mejor de lo que había imaginado —dijo en voz baja, como para sí misma.

Rick sonrió abiertamente.

—Ya veo que lo estás disfrutando mucho.

Por única respuesta Emily le brindó la mejor de sus sonrisas, para luego deslizar la mirada y devorar todo lo que estaba alrededor.

Rick pensó que Emily querría continuar el recorrido, pero había tanta animación en donde se encontraban, que pidió otro café y una tarta de frutas que la hizo gozar como una niña pequeña. Rick miraba divertido cómo cerraba los ojos con gran deleite mientras la tarta se deslizaba lentamente por su boca y su garganta, como si nunca hubiera probado algo tan delicioso.

No conforme con ello pidió para llevar unos pastelillos de chocolate y unas galletas de mantequilla.

—Por lo visto te gustan los postres tanto como a los niños —señaló Rick, divertido.

—Los postres son una de las cosas más maravillosas de la vida —respondió Emily totalmente satisfecha.

Rick soltó una sonora carcajada. Le divertía sobremanera la forma como Emily disfrutaba de los más sencillos detalles de la vida como si se tratara de lo más extraordinario del mundo.

No era que él fuera un amargado, no, en absoluto, pero ahora que

observaba a su esposa se daba cuenta de que en su fuero interno sentía que ya había vivido demasiadas experiencias y la vida tal vez ya no le reservaba novedades; sin embargo, con Emily, se daba cuenta de que eso no tenía por qué ser así. Solo tenía que ver las cosas con otros ojos.

Dio el último sorbo a su café, saboreándolo como hacía mucho tiempo no lo hacía.

—¿Quieres seguir recorriendo la ciudad?

—Me parece una idea estupenda, especialmente después de todo lo que he comido. Es una pena que no pueda llevarle a tía Joyce algunos de estos deliciosos postres.

Sin perder tiempo continuaron su recorrido por los barrios más hermosos de la ciudad, deteniéndose todo el tiempo que Emily considerara necesario en los lugares que más llamaban su atención.

Llegaron a una hermosa calle estrecha y empedrada donde había una librería, a la que Emily de inmediato quiso entrar, y terminó con un caja llena de ejemplares.

—Cuando regresemos a Inglaterra ya tendré mucho en qué entretenerme — dijo en el mismo tono que hubiera empleado un niño con juguete nuevo.

Dado que la caja era bastante pesada, dijeron al encargado que enviarían por ella más tarde, pero el buen hombre se comprometió a enviarla él mismo a la dirección que le indicaran, por lo que no tuvieron impedimento en continuar su recorrido por la ciudad.

A mitad de la tarde Emily había agotado su repertorio verbal. Admiraba todo en un silencio contemplativo. Se sentaron en la banca de un hermoso parque que estaba bordeado por unos jardines muy hermosos.

Rick agradeció internamente el receso a su paseo, y se dedicó, al igual que Emily, a descansar y admirar el panorama.

—Estoy redescubriendo París, hacía mucho tiempo que no recorría la ciudad.

Emily sonrió satisfecha, pero no dijo nada.

Estuvieron al menos una hora en esa posición, hasta que decidieron que tenían que regresar. Pero no se quedaron en casa, se asearon, se cambiaron de ropa y salieron a cenar a un bellissimo restaurante muy cerca de la casa de Rick.

Aunque en realidad Emily estaba exhausta no quiso rechazar la invitación.

Estaba disfrutando muchísimo.

A pesar de lo avanzado de la hora cuando volvieron a la casa, Emily decidió que era tiempo de escribir una carta a su tía.

«Querida tía.

Espero que tú y mi tío se encuentren muy bien. Yo estoy maravillosamente, gozando muchísimo de este viaje. París es tan hermoso como lo había imaginado, y Rick me ha llevado a conocer lugares increíbles. Me llevé una grata sorpresa al comprobar que no tendríamos que quedarnos en un hostel, sino que estamos cómodamente instalados en la casa que Rick tiene en esta ciudad.

Ayer estuvimos en casa de una de sus amigas, una dama muy agradable que nos invitó a cenar, y pasamos una velada muy divertida, y hoy recorrimos los barrios más céntricos. Probé unos postres deliciosos; lo que dicen de la cocina francesa es verdad, tía: es deliciosa. Algún día tendremos que venir usted y yo.

Tengo que ser breve, estoy muy cansada, ya que hoy hicimos muchas cosas, fue un día muy largo. Dele un gran abrazo de mi parte a tío Miles, y a Sophie dígame por favor que le escribiré tan pronto pueda.

Besos,
Emily»

Sin embargo, la hora de irse a la cama sí que intervino en su ánimo: debía compartir el lecho con su esposo, y eso le provocaba una gran incomodidad.

Tratando de controlarse, se dijo a sí misma que no tenía la más mínima importancia porque todo el mundo daba por sentado ese hecho, así que no tenía que preocuparse por su virtud. Además, sabía que Rick no la tocaría, era un caballero y ellos dos habían hecho un trato al respecto, y, por otro lado, estaba segura de que no lo atraía de esa forma, así que no corría peligro alguno.

Respiró profundo y se metió a la cama antes que él para cubrirse hasta el cuello; le dio las buenas noches escuetamente y trató de conciliar el sueño.

Rick se acostó poco después.

Emily se volvió hacia él, pero no redujo la distancia: —Rick, solamente quería decirte que te agradezco muchísimo el que me hayas traído a París. Ha sido una de las experiencias más maravillosas de mi vida.

Él se había vuelto para mirarla cuando ella empezó a hablar, y al oírla le dedicó la más maravillosa de sus sonrisas.

—Ha sido un placer, Emily.

Viéndolo frente a frente, en esa posición, Emily no pudo evitar sonrojarse

hasta los cabellos, así que para salvar la situación solamente sonrió, y luego le dio la espalda.

Si Rick esperaba algo más, tuvo que conformarse y controlarse: había estado a punto de dejarse llevar por el impulso de besarla cuando la vio tan cerca de él, con su mirada verde y dorada clavada en sus ojos.

Luego de que ella le dio la espalda, él se quedó inmóvil mirando al techo.

Estaba empezando a arrepentirse muy seriamente del trato que había hecho con Emily de no tocarla.

CAPÍTULO 18

Cuando Emily abrió los ojos a la mañana siguiente, el sol apenas dejaba entrever algunos tenues rayos por entre las cortinas. Se desperezó un poco, se volvió, y ahí estaba Rick, profundamente dormido, con tal expresión de serenidad que ella tuvo que admitir que se veía casi hermoso.

Despejó ese pensamiento que le pareció ridículo, se levantó y se puso una bata de estar para luego dirigirse al escritorio.

«Querido Peter:

No puedo esperar a ir a visitarlos. En este momento me encuentro en París.

Al parecer después iremos a Italia, y posteriormente a Portugal. Aunque París es bellissimo, y estoy segura que también lo es Italia, yo anhele llegar a Portugal, tengo muchísimos deseos de verte, al igual que a los niños y a Fran.

Espero que todos se encuentren muy bien.

Tan pronto sepa cuándo partiremos hacia allá te avisaré.

Dale un enorme abrazo de mi parte a mis hermosos sobrinos y a Fran. Para ti, todo mi cariño.

Tu hermana que te ama,

Emily»

Luego empezó una para Sophie.

«Querida Sophie:

Aún no sé por dónde empezar a describirte lo maravilloso que es París.

Hemos estado apenas dos días y ya hemos recorrido gran parte de la ciudad, al menos las partes más hermosas. Nos falta visitar Notre Dame y algunos otros lugares representativos, pero como estaremos aquí al menos una semana, no tengo prisa.

En realidad estoy más ansiosa por ir a Portugal y ver a mi hermano y su familia. Hace tanto tiempo que no los veo que ya podrás imaginarte mi aprensión. Pero debo ser paciente.

Estoy disfrutando muchísimo. Creo que después iremos a Italia. Te mantendré informada de mis aventuras. Espero que lo estés pasando tan bien como yo. Dame noticias sobre el señor Wallace. Tengo que dejarte. Rick no

se ha despertado y debo ordenar que preparen el desayuno. Me siento tan extraña, aún no me acostumbro a ser la señora de la casa, pero debo asumir mi papel.

Nos veremos pronto.

Tuya,

Emily»

Lacró el sobre y se dirigió abajo para pedir al ama de llaves que dejara las cartas en el correo.

—¿El señor tardará mucho en bajar a desayunar? —preguntó madame Leduc en un inglés trabajoso.

—No lo creo —Emily le respondió en francés, compadecida del esfuerzo que hacía la señora—, estoy segura de que bajará en muy poco tiempo. De hecho —y se dirigió a la escalera— iré a decirle que se dé prisa, tengo mucha hambre.

La expresión traviesa de Emily hizo mucha gracia a la señora Leduc, que estaba acostumbrada más bien a las maneras amables, pero serias y formales de Rick.

—El desayuno estará listo cuando gusten —alcanzó a afirmar, mientras la joven ya subía las escaleras a toda prisa.

Cuando Emily entró a la recámara, Rick aún estaba en la cama, pero se encontraba despierto, con un codo apoyado en la cama. Ella se paró en seco al verlo.

—Hola, buenos días —lo saludó Emily con una sonrisa tímida.

Tuvo que tragar saliva ante la visión: Rick lucía extremadamente atractivo, con el cabello medio revuelto luego de una buena noche de sueño, los ojos brillantes y su seductora sonrisa.

—Buenos días. Me sorprendió despertar y no verte.

Bien, ahí estaba el sonrojo de nuevo; la frase de Rick había sonado tan natural como si estuvieran acostumbrados a compartir el lecho. Se esforzó para recomponerse y responder:

—Tenía que escribir unas cartas. Le pedí a la señora Leduc que me hiciera el favor de ponerlas en el correo. Espero no te moleste.

Rick se irguió un poco más.

—¿Por qué habría de molestarme? Eres la señora de la casa, tienes derecho a dar órdenes al servicio.

—Bueno, no fue una orden, fue una petición —balbuceó.

El candor de su joven esposa conmovió a Rick: era evidente que no estaba acostumbrada a mandar.

Guardaron silencio por un instante, Emily esperando que él dijera algo más y él perdido en la contemplación de su esposa.

Emily carraspeó.

—La señora Leduc me dijo que el desayuno estará listo en cuanto desees.

Él salió de su trance.

—Estaré listo en cinco minutos.

Ella asintió y salió de la habitación para darle intimidad y esperarlo en el comedor.

CAPÍTULO 19

—Definitivamente, Emily hizo un matrimonio estupendo. Ni siquiera yo hubiera logrado tal cosa si me lo hubiera propuesto —dijo Joyce a Candice, Sophie y su madre una tarde que se encontraban en el jardín de los Palmer tomando el té.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted, señora Palmer. No puedo negarles que me sorprendí muchísimo cuando Emily me anunció que el señor Preston le había propuesto matrimonio. Y no porque crea que Emily no era digna de ello, pero la renuencia del señor Preston era bien conocida. Sin embargo, yo ya había visto algunas señales al respecto —acotó Sophie con el aire de una persona que tiene mucha experiencia en esos menesteres.

—Sin embargo, Emily no parecía sorprendida en absoluto. Si no conociera su carácter dulce, pensaría que mi querido cuñado está en peligro —señaló Candice tratando de parecer casual, pero con un tono enigmático que no pasó por alto la señora Palmer.

—¿Peligro? ¿Qué clase de peligro podría correr el señor Preston con Emily? Usted lo ha dicho, ella es una muchacha muy dulce —intervino la señora Stewart.

Candice dio un pequeño sorbo a su té y se demoró unos segundos en responder:

—Tengo la impresión de que la inclinación de Richard por Emily es mayor que la de ella por él —respondió, sin mirar a ninguna en particular.

Las otras tres damas soltaron una risita cómplice.

—Bueno —replicó Sophie, dispuesta a defender a su amiga—, no es nada extraño que el señor Preston se haya enamorado de Emily. Ella es muy hermosa, y además tiene cualidades y virtudes bastantes como para conquistar el corazón de cualquier hombre.

—Sí —admitió Candice—. pero Rick no es cualquier hombre. Les doy mi palabra de que nunca lo había visto enamorado de ninguna mujer.

Joyce hubiera querido preguntarle si estaba segura de que Rick estuviera enamorado de Emily, pero guardó silencio. Aunque el enlace de su sobrina con el señor Preston le había causado una gran alegría y al mismo tiempo un gran alivio, al ver resuelto el futuro de la joven, sospechaba que las razones

de Rick no habían sido exactamente sentimentales. Desconocía el ultimátum que Rick había recibido de su abuelo respecto a su herencia, pero sabía que el joven se había visto bajo mucha presión por parte de su padre y el mayor de los señores Preston acerca de contraer matrimonio, y suponía que, dado que Rick ya conocía a todas las damas casaderas de Canterbury, tal vez Emily había sido su opción más viable.

Tampoco es que dicha suposición le produjera sobresaltos: no era novedad un matrimonio por conveniencia, y debía reconocer que en ese acuerdo Emily había salido ganando con creces en el aspecto económico, aunque sabía que su sobrina sería una esposa excelente.

—Bueno, siempre hay una primera vez —afirmó la madre de Sophie, retomando las últimas palabras de Candice.

—Emily parece muy alegre en la carta que me escribió, aunque debo reconocer que fue muy parca, supongo que tenía prisa. Pero no puedo negar que me hubiera gustado que se extendiera un poco más en halagos hacia su esposo y la vida de casada —dijo Sophie inocentemente.

Joyce salió en defensa de su sobrina:

—Emily ha sido siempre muy reservada en cuanto a sus sentimientos.

—Pues entonces solo hay que esperar que deje esa reserva de lado con el señor Preston —la señora Stewart se solidarizó con el sentir de Candice.

—Rick es un hombre de mundo, y Emily tiene muy poca experiencia en la vida, pero estoy segura de que Rick la ayudará a aumentar su viveza. Es una chica muy inteligente —la defendió nuevamente su tía.

—No lo dudo —acotó Candice.

—Yo tampoco —afirmó Sophie.

—Por supuesto que no —dijo a su vez la señora Stewart.

Con ello dieron por zanjada la cuestión, y Candice se quedó pensando que, aunque Emily no se lo propusiera, su carácter dulce y su inteligencia tal vez podrían lograr que Rick finalmente se rindiera a los encantos de una mujer.

«Si es que no lo ha hecho ya» pensó, sonriendo para sus adentros.

CAPÍTULO 20

Emily estaba tan hambrienta que casi no dijo palabra durante el desayuno.

A Rick le resultaba sumamente divertido ver las cantidades de comida que su pequeña y dulce esposa era capaz de engullir, y se admiraba de que su hermosa figura no lo resintiera.

Emily le dijo a Rick que quería conocer la catedral de Notre Dame, y dedicaron a ello el resto de la mañana.

Entonces sí, Emily guardó silencio ante la majestuosidad de la construcción. Desde fuera, el magnífico rosetón llamó poderosamente su atención, y se quedó admirando la fachada durante largos minutos.

Rick le explicó que el edificio había empezado a construirse en 1163, y que predominaban en él los estilos gótico y barroco.

—Se dice que aquí se guardan algunas reliquias de la crucifixión de Cristo, como uno de los clavos que se usó para mantenerlo en la cruz, e incluso la corona de espinas.

Emily lo escuchaba fascinada mientras se dejaba envolver por el silencio magnificante de las naves y la belleza de los ventanales, a través de los cuales la luz proyectaba una luminosidad que parecía sobrenatural.

Regresaron a la casa para comer, y fue entonces cuando Rick anunció a Emily que estaban invitados a un baile que daban unos amigos suyos.

Aunque no lo quiso admitir, Emily estaba emocionada. Empezó a arreglarse desde muy temprano, con la ayuda de una doncella, y cuando bajó al salón Rick ya la estaba esperando.

Rick estaba convencido de que su esposa era una mujer de una belleza notable, pero eso no lo había preparado para la visión que se le presentó.

Emily realmente se había esmerado, porque quería causar la mejor impresión entre los amigos parisinos de su esposo, y definitivamente iba a conseguirlo: lucía un precioso vestido en una fina muselina color perla que resaltaba las formas de la joven. Se había arreglado el cabello en un elaborado trenzado que cubría su cuello y llegaba a los hombros, y como únicos accesorios se puso un collar de perlas pequeñas y unos aretes a juego, muy discretos. La expectación le había dado a sus mejillas un hermoso tono rosado, y Rick, al verla, tuvo que contener la respiración.

Le tendió la mano al verla entrar al salón.

—Estás preciosa —le dijo, mirándola directamente a los ojos.

Ella, tratando de encubrir su turbación, le respondió coquetamente: —Tú también estás muy apuesto —respondió con aire coqueto, tratando de ocultar el efecto que sus ojos, su aroma y toda su persona provocaba en ella.

Y así era: Rick lucía un elegante traje gris y una inmaculada camisa blanca que complementó con un moño de un tono gris más oscuro.

A diferencia de muchísimos hombres, Rick Preston disfrutaba genuinamente del baile, y con un incentivo tan poderoso como su esposa, se dispuso a pasar la noche ejecutando ese saludable ejercicio.

No le dio tregua a Emily excepto para que bailara con el anfitrión, un hombre de unos treinta y ocho años, sumamente simpático.

Rick gozaba enormemente teniendo a Emily en brazos: ella también era una experta bailarina, se movía con gracia y soltura, y verlos bailar era un verdadero deleite.

Aunque Emily también disfrutó muchísimo del baile, la cercanía de Rick le resultaba perturbadora. Se daba cuenta de que la forma en que él la miraba, clavando sus ojos en ella y en su boca, la hacía perder el aliento. Y

definitivamente no le gustaba esa sensación: no porque no fuera placentera, sino porque estaba segura de que, si Rick la miraba de esa forma, era solamente porque era un hombre muy experimentado y seguro de sí mismo.

Llegaron a casa cerca de las dos de la mañana, y ella, a pesar de haberse divertido mucho, tenía la sensación de haber estado en un baile de máscaras.

Los siguientes días los dedicaron a recorrer otros lugares de interés, y una semana después de haber llegado, partieron a Italia.

En ese país Emily mostró tanto entusiasmo como en Francia al recorrer los diferentes puntos de atractivo. La joven gozó sobre todo al admirar el Coliseo Romano y la Torre de Pisa, la cual, por una razón que Rick no alcanzó a discernir, le provocó un ataque de risa.

También ahí Emily disfrutó como un niño de la exquisita comida, y volvió a dejar anonadado a su esposo con su manera de comer.

La joven quiso volver a escribir a su tía, a Sophie y a Candice por separado, pero en Italia Rick tenía aún más amistades que en París, y solo tuvo tiempo de escribir una carta para Joyce en la que se extendió cuanto pudo en la descripción de los lugares que había visitado, y le pedía que diera sus afectuosos saludos a sus dos amigas.

En dicha misiva, al igual que en la anterior, la mención de Rick se limitaba a aspectos prácticos. Mientras la escribía, hubo un punto en que Emily se quedó muy pensativa, pues hubiera querido compartir con su tía las emociones que la embargaban: no podía seguir engañándose a sí misma, deseaba ser para Rick algo más que una esposa de ornamento, un medio para un fin que nada tenía que ver con el amor.

Rick le gustaba, en verdad le gustaba mucho; la seguridad que irradiaba, sus modales desenvueltos y naturales, la amabilidad y la cortesía que desplegaba con ella en particular y con los demás en general, lo hacían a sus ojos un hombre sumamente valioso. La derretía la forma como la miraba, como si pudiera ver en su interior... como si no existiera nadie más que ella.

Se reprendía por haber sido tan ingenua al pensar que los atractivos y atenciones de un hombre como Rick la dejarían indiferente. Porque tenía que admitirlo, la simple visión y la cercanía de Rick le provocaban mariposas en el estómago y un desasosiego que no había sentido nunca.

A pesar de su inexperiencia podía reconocer que lo que experimentaba no era esa pasión fútil que había visto en sus amigas, que se volvían locas por el soltero de la temporada; era más bien un cariño sincero, que se había ido cimentando en el conocimiento de sus virtudes y sus defectos. Y, para colmo de su infortunio, lo encontraba terriblemente atractivo.

Terminó la carta diciéndose a sí misma que debía ser fuerte y sacar de su corazón esos sentimientos que no la llevarían a ninguna parte, aunque sabía muy bien que era mucho más fácil decirlo que hacerlo, especialmente teniendo a Rick todos los días, tan cerca.

De pronto deseó estar ya de vuelta en Inglaterra, así tal vez él volviera a sus negocios, y la dejaría sola por largos periodos.

Sin embargo, aún tenían que visitar Portugal, pues Peter y su familia ya los estaban esperando.

CAPÍTULO 21

La recepción por parte de Peter, Fran y sus hijos no pudo ser más calurosa.

Peter abrazó estrechamente a Emily, y la sostuvo así durante varios minutos, sin poder dar crédito. Siempre había sentido una ternura muy especial por su hermana pequeña, y cuando su padre falleció, se había sentido sumamente culpable por no haber podido estar ahí para apoyarla y darle consuelo.

Cuando por fin la soltó, los ojos de ambos estaban llorosos. Emily se sentía feliz, y al mismo tiempo la embargaron una serie de emociones que había estado conteniendo en su interior desde la muerte de su madre.

Así que sus sobrinos, John y Sylvia, la miraban con extrañeza, pues las lágrimas recorrían sus mejillas, pero sus labios sonreían abiertamente. Abrazó a ambos niños con ternura y por turno tomó el rostro de cada uno entre las manos. John tenía siete años y Sylvia, cinco.

—Están tan grandes, ¡por Dios! Hacía tanto tiempo que no los veía. Tía Joyce les envió unos obsequios desde Inglaterra, y yo les compré unas cosas preciosas en París —tras decirles esto los pequeños dieron saltos de júbilo.

Luego abrazó a Fran.

—Querida Emily, es un placer que por fin hayas podido visitarnos.

Nosotros teníamos pensado ir a Inglaterra para las fiestas e invitarte a venir con nosotros a principios del año, pero me temo que el señor Preston cambió nuestros planes —y al decirlo dedicó a Rick una sonrisa más que alegre.

Tras los saludos de rigor Fran les mostró la habitación que les había preparado. No era tan amplia como las que habían ocupado en la casa de Rick en París, pero definitivamente era un sitio sumamente comfortable.

Decidieron cenar antes de la hora acostumbrada. Peter y Emily estaban tan felices que la sobremesa duró hasta bien entrada la noche.

—Me alegra tanto que estén aquí. Ya no podía soportar más sin verte, Emily, Fran y yo habíamos planeado visitarte para Navidad, e íbamos a invitarte a venir con nosotros a nuestro regreso. —Los ojos del joven chispeaban de felicidad y por efecto del delicioso vino portugués que estaban

disfrutando.

—Por cierto, tengo para ti una muy voluminosa carta de tía Joyce, llegó hace dos días. —Y le pasó sobre la mesa un sobre que, efectivamente, era bastante grueso.

—La leeré antes de dormir —declaró Emily. Y volviendo al tema anterior —: Habría aceptado gustosa, yo también te extrañaba muchísimo. —Emily posó su mano sobre la de su hermano.

—Yo... lamento tanto no haber estado contigo cuando falleció nuestro padre. Debes haber pasado momentos muy difíciles. Y no haberlo visto antes, no haber ido a visitarlo, es algo que no me podré perdonar...

—No debes torturarte, Peter: papá comprendía muy bien la naturaleza de tu trabajo y sabía que no te era fácil ir a Inglaterra. Además, tía Joyce me ayudó muchísimo. Fue muy considerada al llevarme con ella, y el tío Miles me acogió como si fuera mi hogar. Es un hombre en verdad maravilloso, Peter.

—Lo sé.

Peter no quiso revelarte que Miles le había escrito en varias ocasiones suplicándole que fuera a Inglaterra tan pronto pudiera, ya que veía a Emily muy abatida, a pesar de que la joven intentaba por todos los medios disimular su dolor.

Luego él y Rick se enfrascaron en una conversación sobre barcos, y Emily pudo comprobar con satisfacción cómo su hermano iba formándose una imagen muy halagüeña de su esposo.

Rick estaba cansado así que se excusó amablemente y dejó a los dos hermanos para que siguieran poniéndose al día.

—Rick parece ser un muy buen hombre —señaló Fran tan pronto el aludido desapareció por las escaleras.

Emily se ocultó tras la copa de vino.

—Sí, lo es —admitió sin mirar a su cuñada.

—Cuéntame los detalles —insistió la esposa de Peter en tono cómplice.

—Señoras, —interrumpió Peter, levantándose—, como están a punto de entrar en temas exclusivos para las damas, yo me retiro. Buenas noches. —Y le dio a cada una un sonoro beso, a Emily en la coronilla y a su esposa en la mejilla.

Luego que Peter desapareció de la escena, Emily cedió a la mirada inquisitiva de su cuñada.

A pesar de que se habían visto pocas veces, habían desarrollado una

profunda amistad gracias al intenso intercambio epistolar que habían mantenido a lo largo de los años. Sin proponérselo, Fran se había convertido en una confidente para Emily, y esta, a su vez, era para Fran una entrañable amiga y su nexo más estrecho con su patria, después de sus padres y sus hermanos.

Emily suspiró imperceptiblemente y luego le contó a Fran todo lo relativo a su enlace con Rick, sin ahorrarse ningún detalle.

Fran la escuchó hasta el final. No hizo falta que Emily dijera que había desarrollado un profundo sentimiento por su esposo, eso quedaba a la vista, y Fran, que era una observadora experta, lo notó al vuelo.

—Pero, Emily, perdona mi atrevimiento, me parece inconcebible semejante acuerdo.

—Por favor, Fran, la mayoría de los matrimonios, son concertados de esa forma —replicó Emily.

—No me refiero a la conveniencia ni al dinero, me refiero —bajó la voz hasta hacerla un murmullo apenas audible— a que no compartan el lecho. Tú me entiendes —dijo sonrojándose escandalosamente.

—Bueno —Emily ahora estaba un tanto arrepentida de no haber escatimado pormenores—, yo lo sugerí, pero creo que Rick ya lo había pensado también.

Supongo que no quiere complicaciones, y yo soy una romántica sin remedio.

No me parecía correcto compartir el lecho con un hombre al que no amo.

—Todas las mujeres en tu situación lo hacen, querida. —Fran no pretendió sonar condescendiente.

—Bueno, supongo que ya no hay vuelta atrás: un acuerdo es un acuerdo —acotó Emily, tratando de restar importancia al asunto.

—Sí, un acuerdo es un acuerdo, pero tienes todo el tiempo por delante.

Emily iba a preguntarle qué quería decir con eso, pero Sylvia apareció en las escaleras reclamando la atención de su madre porque no podía dormir.

—Oh, querida, lo siento, tengo que ir con mi pequeña, pero continuaremos charlando mañana. Que pases buenas noches. —Y le dio un cariñoso apretón de manos al irse.

Emily se quedó un buen rato aún en el comedor, satisfecha de estar ahí, por fin, en casa de su hermano. Se sentía feliz al ver que Peter y su cuñada tenían una casa muy bella y comfortable.

Se obligó a sí misma a dejar de pensar en lo que había estado hablando

con Fran, y se dispuso a leer la carta de su tía.

«Mi querida Emily.

Me alegra tanto que París te haya resultado tan fascinante como esperabas.

Es muy loable por parte de Rick el haber considerado ofrecerte semejante viaje de bodas, sobre todo considerando que es un hombre con tantas ocupaciones. La señora de Charles Preston, Sophie y su madre están totalmente de acuerdo conmigo: Rick debe estar muy enamorado de ti.

A estas alturas ya debes haber recorrido también los lugares más interesantes de Italia. Espero que no estés muy cansada con tanto ajetreo, pero, si es así, supongo que bien vale la pena.

Querida, estamos organizando una cena para el nuevo reverendo, llega este sábado, así que no puedo extenderme mucho. Solo recuerda que te amamos, y te esperamos de regreso muy pronto.

Adjunto una breve carta de Sophie, que no pudo resistir el escribirte.

Afectuosamente,

Joyce Palmer»

Por qué su tía se extendía tanto en halagos para Rick era algo que Emily no podía entender; sabía que Joyce lo tenía en alta estima, pero parecía que se había esforzado mucho por resaltar su buena opinión, como si quisiera convencerla a ella misma de que pensara igual. La frase «Rick debe estar muy enamorado de ti» le había provocado un sobresalto tremendo.

Puesta a pensar, las acciones de Rick bien podrían tomarse de esa manera, pero en él no había ningún otro indicio sólido de que albergara sentimientos profundos por ella, así que desechó la afirmación de su tía, resuelta firmemente a no hacerse ideas tontas al respecto.

No quiso agobiarse más, y se enfrascó en la lectura de la misiva de su amiga, en la que se congratulaba de lo bien que Emily lo estaba pasando, y le contaba algunos detalles de los avances amorosos del señor Wallace, dejando traslucir un gran entusiasmo que hizo sospechar a Emily que Sophie no permanecería soltera por mucho tiempo.

Se quedó un rato más en el comedor, tratando de relajarse, y cuando se dio cuenta de que el sueño empezaba a hacerla su presa, se fue a dormir.

Se desvistió tan sigilosamente como pudo, y del mismo modo se puso la bata de dormir; se soltó el cabello, que había tenido sostenido todo el día por horquillas, y luego lo trenzó holgadamente.

A pesar de que Rick parecía estar profundamente dormido, cuando Emily

se metió a la cama, él se volvió hacia ella, la envolvió en uno de sus brazos y se acercó tanto que su rostro quedó pegado al cabello de ella.

La respiración de Emily se agitó y su corazón empezó a latir desbocadamente. Abrió los ojos como platos. No podía entender por qué Rick había hecho eso. Al parecer estaba profundamente dormido, y ella supuso que se trataba de un acto reflejo, pero aquello la inquietaba demasiado.

No se atrevió a moverse ni a despertarlo, y tuvo que dormirse en esa posición. El cansancio la venció finalmente, y por la mañana, cuando los débiles rayos del sol apenas se colaban por la ventana, descubrió que Rick la tenía estrechamente abrazada, con el rostro muy cerca del suyo porque ella, en sueños, se había vuelto de frente a él.

Cuando Rick abrió los ojos lo primero que vio fueron los ojos verdes y dorados de Emily muy cerca de los suyos.

—Buenos días —le dijo el muy cínico, aún adormilado, con la mejor de sus sonrisas.

Emily no contestó. Un extraño fuego ardía en su mirada: estaba molesta.

Rick alejó un poco el rostro para mirarla mejor.

—¿Qué pasa? —La sonrisa se había borrado por completo de su rostro.

—Creí que teníamos un acuerdo —logró decir ella.

—¿A qué te refieres?

Él sabía perfectamente bien a qué se refería, pero ¡qué rayos! Tenía a Emily en sus brazos. Cuando la sintió meterse a la cama estaba medio vencido por el sueño, pero le fue inevitable volverse y abrazarla. La necesitaba, la necesitaba desesperadamente. No era que la castidad lo estuviera matando, siempre había sabido controlar sus instintos básicos, pero Emily... lo había sacado de balance, la deseaba, no solo como un hombre desea a una mujer atractiva, sino como un hombre desea a una mujer de la que está enamorado.

Sí, se había enamorado de Emily; por primera vez en su vida una mujer había logrado colarse hasta su corazón. Emily despertaba en él una inmensa ternura, y al mismo tiempo le inspiraba un deseo que no había sentido nunca por ninguna mujer.

Antes de que Emily pudiera responder, un suave toque en la puerta los interrumpió.

Ella se levantó, se puso rápidamente el batín y abrió. Era su cuñada.

—Querida, lamento tanto molestarlos tan temprano, pero Peter organizó un picnic, y como el lugar está un tanto alejado, tenemos que salir a primera

hora.

Lo siento tanto, olvidó decírmelo ayer.

—Querida, no te preocupes, estaremos listos muy pronto.

—De acuerdo, los veré abajo. Es muy temprano, así que espero que no tengan inconveniente en que desayunemos allá.

—Ninguno, anoche cenamos como para no tener que desayunar. —Emily le dedicó una sonrisa pícara.

Volvió a cerrar la puerta y se apoyó en ella en espera de continuar la discusión, pero Rick ya se estaba lavando el rostro y los brazos y tenía un semblante tan serio, que Emily prefirió dejarlo para otro momento.

Luego le tocó el turno a ella de asearse, sacó del baúl un vestido ligero que consideró bastante apropiado para la ocasión y preguntó escuetamente a su esposo si necesitaba algo.

«¡Claro que necesito algo!» pensó Rick.

—No, gracias, estoy bien.

Continuaron arreglándose en silencio. Emily no tuvo que comunicarle la invitación de Peter porque él había escuchado a Fran.

Primero bajó Rick, y unos minutos después lo hizo ella; Peter, Fran y los niños ya los estaban esperando.

Los chiquillos hicieron un alboroto alrededor de su tía, y cuando se calmaron un poco salieron.

El trayecto hacia el prado era relativamente largo, pero bien valió la pena, porque pudieron disfrutar de hermosísimos paisajes; el clima parecía estar de acuerdo con los planes de la camarilla, porque hacía un sol radiante, pero había muchas nubes blancas y con bordes grises tachonando el cielo, y por momentos cubrían al astro rey, haciendo el ambiente mucho más agradable.

Llegaron por fin a un extenso prado lleno de césped muy tupido y briznas de hierba por aquí y por allá. Se instalaron bajo un enorme árbol que les brindaba una sombra exquisita.

A Fran no le pasó inadvertido que su cuñada y su esposo apenas habían intercambiado palabra en el trayecto, y supuso que estaban molestos, pero dadas las revelaciones de Emily la noche anterior, realmente no podía explicarse por qué habrían discutido.

Peter ni siquiera reparó en ese detalle porque Emily y él empezaron a recordar anécdotas de su infancia, estallando en sonoras carcajadas con la remembranza de sus muy diversas travesuras.

Rick pudo descubrir que su dulce mujercita había hecho de las suyas

cuando era una mozueta, haciendo rabiar a su padre al alborotar a los caballos a propósito, alterando a los perros y enfureciendo a su hermano al esconder su escopeta y demás enseres de caza.

—Veo que me has tenido engañado, querida. Por lo que he escuchado, acostumbrabas portarte muy mal —le dijo Rick lanzándole una penetrante mirada y una sonrisa por demás irónica.

Emily, se irguió muy seria, pero no contestó.

—En realidad era una niña muy traviesa —intervino Peter, sin darse cuenta de la incomodidad de su hermana.

El tono que Rick había empleado no le había gustado para nada, pues parecía ocultar una doble intención, y ella no estaba para juegos.

A fin de poner distancia entre ella y su esposo, Emily se dedicó a perseguir por el prado a sus dos sobrinos, por lo que a la hora de la comida ya estaba extenuada.

Regresaron a la casa a eso de las cuatro de la tarde. Todos se fueron a sus respectivas habitaciones para cambiarse de ropa y prepararse para la cena, que, al igual que el día anterior, fue de lo más animada.

Cuando se iban a dormir, Peter anunció que al día siguiente los llevaría a conocer su lugar de trabajo, que se hallaba en el muelle.

Emily temía la hora de dormir, pues tenía miedo de que se repitiera la situación de la noche anterior. Sin embargo, sus temores fueron infundados, porque Rick ni siquiera la miró y apenas se dignó a desearle buenas noches en un tono más bien seco, para luego darle la espalda.

Ella casi podía percibir el enojo de su esposo. Sin querer, su mente empezó a buscar motivos para la actitud de Rick, y llegó a la inquietante conclusión de que Rick, siendo hombre, tenía necesidades como cualquiera de su sexo, y seguramente la falta de satisfacción de las mismas estaba haciendo mella en su ánimo.

Se sonrojó sin poder evitarlo.

«Por Dios, ¡cómo no me he dado cuenta antes!». Se recriminó una y otra vez su ingenuidad y su inocencia. ¿Acaso pensaba que él iba a someterse a la castidad por siempre, solamente para respetar sus votos matrimoniales?

Se llevó una mano a la boca para acallar la exclamación que amenazaba con salir de sus labios. Con un movimiento apenas perceptible volvió un poco la cabeza para poder ver al hombre que dormía a su lado.

«Por supuesto, ahora lo entiendo. No importa que no me ame, finalmente soy mujer, y podría cumplir con ese deber igual que cualquier otra» se dijo,

enojada. «Debe darle igual que sea yo o que sea una de sus amigas. ¡Qué importa que rompamos nuestro trato, después de todo estamos casados!»

Un sabor amargo subió de su estómago a su garganta, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Antes de Rick, nunca había pensado cómo sería la primera vez que compartiera el lecho con un hombre, eso era algo en lo que una señorita decente jamás pensaría, pero ¡por supuesto que había imaginado cómo sería hacerlo con Rick si él sintiera algo por ella! Y definitivamente no quería ser para él solo un desahogo, quería que fuera una experiencia intensa compartida por ambos.

Se regañó a sí misma, sintiéndose estúpida por haber sido tan vulnerable y permitir que Rick se convirtiera en algo más que un compromiso. Nunca imaginó que su estúpida tendencia al romanticismo se volviera en su contra.

Estuvo sumida en esos tristes pensamientos durante casi toda la noche, y cuando por fin pudo conciliar el sueño, el sol estaba a punto de asomar por el horizonte.

Peter apenas se fijó en el aspecto de su hermana cuando se reunieron a desayunar, pero Fran rápidamente notó las grandes ojeras de su cuñada, y los ojos rojos y pequeños.

Se dijo a sí misma que tendría que hablar con ella más tarde.

Partieron al muelle tan pronto terminaron de desayunar, y Emily pudo una vez más henchirse de orgullo al ver todo lo que su hermano había logrado.

Todavía no era socio de la compañía, pero estaba muy cerca de lograrlo, y su trabajo era altamente estimado.

Comieron en un pintoresco restaurant cerca del puerto, y al terminar, Peter los invitó a dar un paseo por el mismo, pero Emily y Fran se excusaron, diciendo que estaban cansadas. Los niños, sin embargo, aceptaron gustosos.

Las dos damas se sentaron en una banca en el puerto, viendo cómo las gaviotas se peleaban por los trozos de pescado que habían quedado regados desde la mañana.

Fran no pudo soportar más.

—Has estado muy pensativa, Emily, ¿te ocurre algo? ¿Discutiste con Rick?

—No, no discutí con él —respondió su cuñada, mirando hacia el mar mientras el viento alborotaba su cabello bajo el sombrero.

Fran pensó que no se extendería más en su explicación, pero Emily continuó con tono calmado:

—Me he dado cuenta de que cometí un error.

Su cuñada le clavó la mirada.

—No debí casarme, Fran, al menos no con Rick.

—Pero, ¿por qué? ¿Acaso es un mal hombre? ¿Te ha maltratado?

—No, por supuesto que no. En realidad, Rick es un muy buen hombre, pero creo que me precipité. Me daba miedo ser una carga para mis tíos, y jamás hubiera aceptado que ellos aportaran mi dote, aunque eso hubiera significado quedarme soltera por el resto de mi vida.

—¿No te daba miedo quedarte soltera? —preguntó suavemente Fran.

—Por supuesto que sí, y me imagino que, como la mayoría de las mujeres, esperaba que el hombre de mis sueños apareciera de pronto y como por arte de magia resolviera mi situación. Soy una romántica sin remedio, Fran, y tal vez eso es una estupidez: el romance y el amor no siempre son lo que uno espera. —Se volvió para mirar a Fran a los ojos—. Pero creo que merezco mucho más. Merezco un hombre que me ame, que esté loco por mí, que desee despertarse conmigo todas las mañanas. Muchas mujeres desearían estar en mi lugar, pero yo nunca imaginé casarme por conveniencia, no comulgaba con esa idea. Merezco un hombre que pierda la cabeza por mí... o al menos eso es lo que yo creo —concluyó con una sonrisa triste.

Fran desvió la vista hacia el mar mientras asentía con la cabeza. Entendía perfectamente lo que Emily quería decir: ella tampoco hubiera querido conformarse con menos que un hombre que la amara apasionadamente como lo hacía Peter.

—¿Cómo es que estás tan segura de que no te ama?

—Bueno, es obvio. Se casó conmigo para acceder a la herencia de su abuelo, y no ha dado ningún indicio de estar siquiera interesado en mí.

—Estuvo lo suficientemente interesado como para casarse —puntualizó Fran.

—Sí, pero ya conoces sus motivos.

—Bueno, supongo que Rick es sumamente reservado, querida, pero... créeme, no quiero meterte ideas, pero he visto la manera en que te mira, y si no conociera las circunstancias de tu enlace, pensaría que está enamorado de ti.

Emily soltó una risita irónica.

—Te engañas, querida Fran. Rick nunca se ha enamorado.

Guardaron silencio por un rato.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó finalmente Fran.

Emily se demoró bastante en responder:

—Continuaré con el plan hasta que el abuelo de Rick le entregue su herencia, y luego buscaré la manera de que cada uno haga su vida, lejos del otro. Tampoco Rick merece estar atado a una mujer que no ama.

Fran no quiso ahondar más en el asunto, pero aunque Emily no lo dijo, estaba segura de que se había enamorado de Rick. Y por la forma en que había sorprendido a este mirando a Emily, sospechaba que también había desarrollado profundos sentimientos por ella. Pero sentía que no podía intervenir en un asunto de tal magnitud. ¿Y si se equivocaba? No quería darle ideas equivocadas a Emily ni despertar en ella esperanzas vanas.

CAPÍTULO 22

Los días siguientes Emily logró distraerse de sus tristes pensamientos pues su hermano los mantuvo muy ocupados visitando diferentes lugares de interés y llevándolos a conocer a sus amigos. Aunque ni Emily ni Rick hablaban portugués, lograban hacerse entender a señas o con la intervención de Peter y Fran, y se había divertido mucho en las cenas y bailes a los que habían asistido.

Rick parecía haber olvidado el pequeño incidente que habían tenido cuando Emily pretendió reclamarle el incumplimiento de su acuerdo, y se comportaba con ella de la manera más gentil y galante.

Emily lo odiaba por eso; le hubiera sido más fácil sobrellevar su situación si él hubiera sido un tipo insufrible o indiferente. Pero de indiferente no tenía nada, o al menos no lo parecía: la distinguía con todas las atenciones que un esposo devoto y enamorado distinguiría a su esposa.

Y eso la desconcertaba sobremanera. ¿Por qué hacía eso? ¿Acaso pretendía quedar bien ante Peter? No tendría que esforzarse tanto porque Peter ya había podido comprobar que era un buen hombre, y se había ganado su total aprobación.

Fran también se daba cuenta, y se excusó como pudo para salir a una de las terrazas a tomar aire fresco y despejar su mente.

Durante una cena en casa de uno de los socios de la compañía donde trabajaba Peter, alguien abrió el pianoforte y rápidamente media docena de parejas ocuparon el centro del salón.

Rick tampoco quiso desaprovechar la ocasión, pues en los últimos días apenas si había tocado a Emily, en roces ocasionales que parecían inocentes, pero que buscaban el contacto de su piel a toda costa.

—¿Señora Preston? —cuestionó únicamente al extenderle la mano para invitarla a bailar.

Ella tragó saliva y accedió silenciosamente.

Cuando podía, Rick la pegaba estrechamente a su cuerpo, sin dejar de mirarla a los ojos ni dedicarle esa sonrisa que empezaba a irritarla, porque no sabía qué rayos significaba.

Ella trataba de esquivar su mirada, incómoda, pero él no le daba tregua,

así que cuando la pieza terminó, ella, disimuladamente, salió a una de las terrazas a tomar aire.

Tenía que poner distancia, tenía que tomar una resolución que alejara a Rick de ella y todas esas sensaciones que provocaba en ella. Si había sido lo suficientemente estúpida como para enamorarse de él, definitivamente ya había aprendido la lección, y no se permitiría bajar la guardia ante los galanteos de un hombre que seguramente solo buscaba sacar provecho de los beneficios personales del matrimonio.

Llegó el día de la partida. La noche anterior habían departido hasta muy tarde después de la cena, ya que tanto Emily como Peter trataban de alargar el momento.

—Supongo que, aunque haya venido a verlos, no descartarán sus planes de ir a Inglaterra para las fiestas —dijo Emily, tratando de ocultar la nostalgia anticipada que la embargaba por dejar a su hermano y a sus sobrinos.

Fran y Peter se miraron.

—Claro que no, será una excelente oportunidad para ver a tía Joyce —dijo Peter, apretando con cariño una de las manos de su esposa.

—También aprovecharemos para visitar a mi familia —puntualizó ella.

—Entonces, nos veremos en Navidad —acotó Emily.

Brindaron por ese maravilloso encuentro, y al día siguiente, muy temprano, Fran, Peter, John y Sylvia los acompañaron hasta el muelle donde tomaría el barco de regreso a Inglaterra.

La travesía fue el epílogo perfecto de un maravilloso viaje: el mar estaba en total calma y hacía un tiempo estupendo.

Emily no podía quejarse; a pesar de los sentimientos que había descubierto, el viaje había resultado mucho más de lo que había esperado. Y tan solo la satisfacción de ver a su familia valía el esfuerzo.

Pasaron la noche en Liverpool y la servidumbre ya los estaba esperando cuando llegaron, al día siguiente, a Canterbury.

Fue hasta ese momento que Emily se percató de la cansada que estaba, y Rick también.

La señora Stanton, el ama de llaves, les preguntó si deseaban cenar, pero ambos dijeron que no, y se retiraron a sus habitaciones.

Sin quitarse siquiera la ropa, Rick se sentó en la cama y se quedó mirando al frente como si ante él tuviera la cosa más interesante del mundo, pero en realidad no miraba nada, estaba pensando en Emily, en el viaje, en su

cercanía, en lo que le gustaría cruzar la puerta que separaba ambas recámaras y tomarla en sus brazos.

Sí, se había enamorado de Emily, ahora lo admitía abiertamente, no tenía ningún caso negarlo; era tan evidente, que incluso sospechaba que se había enamorado de ella casi desde la primera vez que la vio. ¿Cómo, si no, se explicaría que ella hubiera captado su atención casi de inmediato, que él hubiera reparado en ella sin que ninguno de los dos se lo hubiera propuesto, y que hubiera tenido tan claro su propósito de proponerle matrimonio, a pesar de que antes se negara en redondo a casarse?

Las razones que le había dado a Emily para ello le parecían ahora irrisorias y estúpidas. Se había engañado a sí mismo, y había tratado de engañarla a ella haciéndole creer que podrían sobrellevar fácilmente la situación, sin riesgo para sus corazones.

«Admítelo, amigo, te conquistó desde el principio» se dijo con una sonrisa triste.

No es que estar enamorado de Emily fuera malo o absurdo: ella poseía muchas cualidades como para conquistar a cualquier hombre, además de ser muy hermosa. Sin embargo, le parecía lo más irónico del mundo haberse enamorado de la única joven casadera que no había mostrado el más mínimo interés en él. Lo peor de todo era que, a estas alturas, estaba convencido de que Emily no sentía por él más que una simple simpatía, basada en la convivencia diaria.

Nunca había tenido problemas para conquistar los corazones de las damas, pero tenía la sospecha de que convencer a Emily no sería nada fácil. De haberlo sido, ella jamás habría propuesto ese trato, que ahora él calificaba de ridículo, de no tener intimidad con él. ¿Acaso la idea de compartir su cama con él le parecía tan repulsiva?

Después de meditar largamente sobre el asunto, llegó a la conclusión de que era una estupidez mantener ese estado de cosas. ¡Emily era su esposa, por Dios! No tendría que ser tan problemático el que tuvieran una relación como cualquier otro matrimonio. Decidió que se sinceraría con ella en el primer momento que considerara oportuno.

En la habitación contigua, Emily no se encontraba en mejores condiciones.

Había aceptado que amaba a Rick, pero no sabía por cuánto tiempo podría mantener la apariencia de frialdad hacia él.

CAPÍTULO 23

Para celebrar su retorno, Rick consultó con Emily la idea de invitar a comer a los señores Palmer y a todos los Preston, a fin de que el día no se les fuera en hacer visitas.

A Emily le encantó la idea y de inmediato dio órdenes en la cocina con esa finalidad.

Se dio prisa en enviar las notas con la atenta invitación a la familia de Rick, pero decidió visitar personalmente a sus tíos para hacerles el anuncio.

Sus tíos la recibieron efusivamente.

—Querida, estoy tan feliz de verte. Déjame mirarte, estás tan lozana, tan fresca, ¡oh, qué felicidad! —Su tía no cabía en sí del gozo.

Emily se dejó hacer, feliz a su vez de volver a ver a sus tíos, de regresar a la casa que había sido su hogar durante los meses recientes; ahí se sentía segura y tranquila.

—Ven, querida, tienes que contarme todos los detalles.

Se instalaron en el salón del té, y la joven contó a su tía todos los pormenores de su emocionante viaje, excepto aquellos que involucraban el descubrimiento de sus sentimientos por Rick.

Cuando Emily terminó de relatar sus aventuras, su tía la miró sospechosamente:

—Querida, yo también tengo algo que contarte. Mientras estabas en el continente fui a visitar a la señora Wilkes; estaba tan aburrida sin ti que eso fue lo mejor que se me ocurrió en ese momento para entretenerme. El caso es que la señora Wilkes me dijo, muy confidencialmente, que piensa vender la tienda. Dice que ya no tiene edad para viajar al continente con tanta frecuencia, y que se siente cansada de dedicarle tanto tiempo.

Emily podía ver que su tía estaba muy emocionada por el asunto, pero no alcanzaba a entrever el fondo de la cuestión.

—He pensado —continuó su tía— que tú y yo podríamos adquirir la tienda y hacernos cargo de ella. Tú sabes que a mí me encanta todo eso, y tú tienes un talento innato para la moda, aunque no seas proclive a llevarla —aseveró, conteniendo su emoción.

Emily no dijo nada durante varios segundos, sopesando lo que su tía

acababa de decirle. Tener su propio negocio, su propia tienda, era una idea que en ese momento le agradaba muchísimo. Aquello le daría la seguridad que necesitaba para no sentir que dependía enteramente de su esposo.

—Tía, ¿le comentaste tu idea a la señora Wilkes?

—¡Sí! Lo hice, querida, y le agradó muchísimo; dijo que no se le ocurría que su tienda pudiera quedar en mejores manos, ya sabes que soy una de sus mejores clientes. Dice que está dispuesta a rentarles el lugar por una cantidad simbólica, y solo desea que le paguemos la mercancía.

—¿A cuánto asciende el valor de la mercancía? —preguntó Emily, cuyo cerebro estaba revolucionado a su máxima capacidad.

—Cerca de cinco mil libras, querida, ya sabes que tiene de todo: sombreros, guantes, listones, zapatos... por no hablar de los vestidos.

—Cinco mil libras. —Emily hablaba casi para sí misma, haciendo cálculos.

—El señor Palmer está dispuesto a colaborar con mil libras, querida. Al principio dijo que era una idea descabellada, pero creo que luego vio la conveniencia del asunto. A ambos nos sentaría muy bien tener una ocupación, y no nos vendría nada mal un ingreso extra.

Emily guardó silencio por unos segundos. Luego, sus ojos, seguros, se posaron sobre Joyce.

—Tía, hablaré con Rick. Le pediré prestadas las cuatro mil libras restantes.

Estoy casi segura de que no me lo negará.

—¿Verdad que es una idea estupenda? —exclamó su tía, rebosante de entusiasmo.

—Es una gran idea, tía.

La joven se despidió y se fue a casa de Rick mientras su mente trabajaba aceleradamente en ese nuevo y excitante proyecto que acababa de presentársele.

Tratando de calmar su entusiasmo se dedicó a preparar todo para recibir a sus invitados. Rick se había quedado en la biblioteca estudiando algunos pequeños detalles del proyecto del astillero que habían surgido de último momento.

Emily tocó a la puerta suavemente, y él la invitó a entrar.

—Rick, tengo que hablar contigo.

Él notó un brillo especial en los ojos de su esposa y se preguntó qué traería entre manos.

La muchacha le expuso en términos llanos la propuesta de su tía en torno a la tienda de la señora Wilkes. Rick la miró pensativo durante un instante que a Emily le pareció muy largo.

Ella, que estaba parada en medio de la estancia, se acercó un paso, mientras mantenía sus manos entrelazadas y tensas frente al cuerpo.

—Sé que en este momento estás pasando por una situación difícil, pero necesito preguntarte si puedes prestarme las cuatro mil libras que faltan para pagarle a la señora Wilkes. Entiendo que es una fuerte cantidad, pero te las devolveré en cuanto pueda. Estoy segura de que tendremos mucho éxito con la tienda.

Rick continuaba sin decir una palabra. No tendría problemas para proporcionarle dicha cantidad a Emily y ciertamente no pensaba prestársela, sino dársela sin condición alguna.

Pero la idea de que ella tuviera su propio negocio le provocó un repentino temor: si, como ella decía, su empresa resultaba exitosa, ella no tendría que depender de él. No le preocupaba que algunas damas e incluso algunos hombres pudieran criticarla por ser emprendedora y llevar a cabo una actividad productiva fuera de casa; conocía a muchas modistas en Londres y eran respetadas por su labor.

Pero el pensar que ella se volviera autosuficiente lo inquietaba sobremanera, porque entonces él prácticamente no tendría oportunidad de ganarse un lugar en su vida.

A pesar de ello, decidió complacer a su esposa, porque eso era lo que él deseaba: hacerla feliz.

—Emily, estaré muy complacido de poder ayudarte en este proyecto.

Puedes decir a la señora Wilkes que el trato es un hecho. Hablaré con mi administrador para que tenga el dinero lo más pronto posible.

Ella se sentía desbordada de alegría, y hubiera querido abrazarlo efusivamente para demostrarle su agradecimiento, pero se contuvo.

—¿Estás seguro de que esto no te causará ningún problema?

Él dejó su asiento para posarse frente a ella; tomó ambas manos de la chica y mirándola directamente a los ojos, con esa seguridad que hacía al corazón de Emily dar vuelcos dentro de su pecho, afirmó: —Completamente.

Luego de los saludos de rigor y de que Emily repartiera entre risas los obsequios que habían traído para todos, ella, Rick, y sus invitados pasaron al comedor.

La joven estaba muy animada, volver a ver sus tíos le puso de muy buen humor, y al contar todas las anécdotas y aventuras que pasaron en su viaje se hacía patente que había disfrutado muchísimo.

Rick, por su parte, la escuchaba con tanta atención como todos los demás, pero él parecía no estar de muy buen humor, a pesar de que se esforzaba por ocultarlo. A los ojos de casi todos, era el mismo Rick jovial y atento de siempre, el perfecto caballero, pero a la vista de su muy observadora cuñada, algo nublaban su ánimo, y ella creía saber qué era.

Candice aprovechó la hora del té para acercarse a Rick en un momento en que este se encontraba solo atizando el fuego en la chimenea.

—¿Y bien, mi querido Rick? ¿Te has divertido tanto como Emily durante tu viaje de bodas?

Él la miró suspicaz; conocía demasiado bien a su cuñada, y había entre ellos una relación de confianza fraternal lo suficientemente sólida como para que él sospechara que su pregunta no era meramente casual.

Sonrió ampliamente y la miró a los ojos.

—Por supuesto que me he divertido.

—Mmm.

Rick se irguió cuan alto era.

—Es cierto que después de tantos viajes tal vez no me divertí tanto, pero Emily es capaz de hacer que cualquiera sienta que es su primera vez en el continente.

Candice volvió la mirada hacia la joven, que charlaba animadamente con sus tíos y el mayor de los señores Preston.

—Sí, Emily es una joven con muchísimas cualidades.

Sin poder evitarlo Rick la miró también.

—¿Qué es lo que pasa, Rick? —Fue apenas un susurró, pero su tono y su mirada revelaban su preocupación.

—¿A qué te refieres? —preguntó él, volviéndose hacia ella.

—Pareces... no lo sé, desanimado, diría que hasta molesto.

Rick le sostuvo la mirada por unos segundos, pero luego agachó el rostro. Sin embargo, no dijo nada.

—¿Acaso es por Emily? ¿No es lo que esperabas?

Rick levantó la vista de nuevo.

—Ella es mucho más de lo que esperaba.

—Te has enamorado de ella. Es natural, entonces ¿cuál es el problema?

—El problema es —dijo él soltando el aire— que sospecho que ella no

está enamorada de mí.

Candice se sorprendió por la intimidad de semejante confesión, pero no lo demostró. Guardó silencio durante largos segundos, y finalmente dijo: — ¿Sabes, Rick? Si algo he aprendido, es que las cosas no siempre son lo que parecen.

Él escudriñó el rostro de su cuñada intentando averiguar qué era lo que quería decir con ello, pero ella se limitó a sonreír enigmáticamente, y tras darle un cariñoso apretón en un brazo, se dispuso a unirse a las otras damas.

Emily vio esta última acción, y la expresión grave de ambos le hizo preguntarse con gran curiosidad cuál sería la sustancia de la conversación que habían sostenido.

«Las cosas no siempre son lo que parecen». La frase daba vueltas en la cabeza de Rick una y otra vez. Acaso su cuñada solamente quisiera darle esperanzas respecto a los sentimientos de Emily, o tal vez, siendo tan observadora, habría percibido algún gesto, alguna mirada, que la hicieran sospechar que a su joven y bella esposa él no le era tan indiferente como trataba de aparentar.

Ya fuera una cosa o la otra, había decidido que era hora de poner las cosas en claro con Emily. ¿Qué curso más natural de las cosas que finalmente vivir como marido y mujer?

Tratando de decidir cómo hacerlo, se hallaba en la biblioteca, sentado cómodamente en una butaca que quedaba en un rincón bastante apartado de la puerta. Como no había ido a leer, no había llevado ninguna vela, por lo que la estancia estaba apenas iluminada por las llamas de unas antorchas en el jardín, sin embargo, él estaba sumido en la penumbra.

El rechinar de la puerta lo sacó de sus cavilaciones. A la escasa luz que llegaba del jardín distinguió la figura blanca de Emily que se dirigía a uno de los estantes muy cerca del ventanal. Ayudada por la vela que llevaba en la mano derecha empezó a buscar un libro, hasta que finalmente dio con él. Lo tomó y se disponía a emprender el camino hacia la salida cuando un movimiento súbito en una butaca del fondo la hizo respingar.

—¡Oh, por Dios! —exclamó cuando reconoció a Rick, que se había levantado y se dirigía hacia ella.

Él sonrió, apenado.

—Perdóname, no era mi intención asustarte.

—Me diste un susto de muerte. —Su voz era apenas un hilo, agitada

como estaba por la impresión.

Cuando logró recuperar un poco el aliento echó un vistazo a la estancia.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Su tono era de gran extrañeza, porque era evidente que no estaba leyendo.

Él pareció vacilar.

—Vine a... meditar un poco sobre un asunto.

—Ah. Bien, entonces te dejo tranquilo. Buenas noches.

Hizo ademán de despedirse y ya iba a girar sobre sí misma rumbo a la puerta cuando Rick la tomó de un brazo.

—Espera, por favor.

Ella miró la mano masculina en su brazo y luego alzó los ojos hacia los de él, con expresión interrogante.

No quería ser brusco, pero no había podido evitar revelar su aprensión.

—Hay algo de lo que necesito hablar contigo.

A pesar de la inquietud que revelaba la voz masculina, Emily no tenía ni la menor idea de qué podría Rick tener que tratar con ella.

—Dime —lo alentó inocentemente.

Rick tomó aire mientras la miraba directamente a los ojos, sin saber cómo empezar.

Ella, por practicidad, y al mismo tiempo por nerviosismo, había colocado la vela sobre el estante que tenía a su derecha, y se cubrió el pecho con ambos brazos cruzados y el libro que había tomado.

Su expresión era tan inocente, tan ajena a los pensamientos que en ese momento llenaban la cabeza de Rick, que este no pudo resistirse y, tomándola por la nuca, la acercó hacia él y la besó.

«¡Oh!» De inmediato, cientos de chispas de calor empezaron a recorrer el cuerpo masculino; había imaginado ese momento cientos de veces en las últimas semanas, y la realidad superaba con mucho a sus fantasías.

El asalto la había tomado por sorpresa, y antes de poder reaccionar de otro modo, ella se dejó hacer: dejó que él recorriera sus labios con los suyos y luego, que los mordiera suavemente.

Instintivamente Rick rodeó su cintura con el otro brazo y la pegó más a su cuerpo, y Emily no opuso resistencia.

Dejó de pensar en sus preocupaciones, en sus temores, para concentrarse únicamente en la exploración de los suaves labios de ella. Sentirla pegada a su cuerpo de esa forma estaba empezando a hacerle perder el control y con deseo apremiante empezó a recorrer la espalda de Emily hasta llegar muy

cerca de sus nalgas.

Ella, sin poder reaccionar por verse asaltada de ese modo, sintiendo un súbito calor por todo el cuerpo, le permitió recorrerla con las manos, pero cuando el beso se volvió mucho más íntimo, ella pareció salir de su trance.

Como pudo colocó ambas manos, que aún sostenían el libro, sobre el pecho de Rick, y lo separó de un fuerte empujón.

Sus labios estaban hinchados, y con la ropa de dormir y su cabello alborotado en una trenza floja se veía realmente tentadora, pero la expresión furiosa de sus ojos vidriosos no dejaba lugar a equívocos.

—Esto... esto no puede volver a suceder —dijo molesta, con la respiración entrecortada.

Emprendió la huída, pero Rick, que luchaba por que la reacción de ella no lo invadiera de ira, la retuvo por un brazo: —¿Por qué no? —preguntó con voz ronca—. Eres mi esposa.

Ella se acercó un poco a él, no porque quisiera, sino para disminuir la presión de su mano sobre su brazo, y porque quería que él viera su enojo en sus ojos.

—Sí, soy tu esposa, pero solo en apariencia, ¿lo recuerdas? Tenemos un acuerdo, y romperlo por la debilidad de un momento, sin duda nos traerá muchísimas complicaciones.

Si sus palabras no hubieran sido suficientes, la mirada que le dirigió lo convenció de que, al menos por esa noche, no debía hacer ningún otro intento de acercarse a ella, quien desapareció tan pronto él soltó su brazo.

«La debilidad de un momento». ¡La debilidad de un momento! Así que ella pensaba que él estaba cediendo solamente a un impulso carnal momentáneo.

Se pasó una mano por los cabellos, totalmente desesperado. Ella lo estaba volviendo loco. Ni siquiera le había dado la oportunidad de hablar, de explicarle por qué había reaccionado así. Tenía dos opciones: volver a la carga y, antes que cualquier cosa sucediera, decirle que la amaba, o pensar que ella no sentía nada por él, y darse por vencido.

Se quedó dormido cerca de la madrugada en una de las butacas de la biblioteca, cuando por fin el sueño lo venció tras pensar en Emily durante horas.

Tan pronto cerró tras de sí la puerta de su habitación, Emily se apoyó en ella y empezó a llorar. Había hecho un esfuerzo sobrehumano para no dejar

escapar las lágrimas en su trayecto hacia la recámara, pero al llegar, no pudo más.

Por supuesto que le había gustado mucho la forma como Rick la había besado; por un momento la hizo olvidarse de todos sus temores para concentrarse solamente en esos labios carnosos y sensuales que recorrían los suyos con una pasión desesperada. ¡Y su cuerpo! Dios, sentir su cuerpo pegado al suyo en ese gesto de tanta intimidad hizo que una oleada de calor la recorriera entera. Pero no podía ceder a ese deseo. Rick no la amaba, solo quería satisfacer una necesidad primaria, y ella era la mujer que tenía más a la mano. Seguramente le daba lo mismo una que otra.

Sacudió la cabeza para tratar de apartar ese pensamiento sórdido. Cierto que creía tener motivos para pensar así, pero Rick se había comportado en casi todo momento, al menos hasta esta noche, como un caballero.

Ni siquiera durante el baile al que habían asistido en París, donde una mujer por demás descarada se le había insinuado de forma nada sutil, él había dado muestras de debilidad o devaneos. Se limitó a sonreír a esa desagradable mujer de una forma gentil, pero no cedió a sus descarados avances.

Bien, en defensa de Rick, tenía que decir que se había contenido muy bien durante semanas; pero ella comprendía que era un hombre y que, como tal, había ciertos deberes que esperaba de su esposa, y ella definitivamente no estaba cumpliendo con ellos.

Pero tenían un acuerdo, ¡maldición! Y de respetarlo dependía su cordura, porque estaba segura de que si lo rompía y cedía al impulso de estar con él, entonces perdería todo el control. Si la simple presencia de Rick la descolocaba y hacía que miles de mariposas revolotearan en su estómago, compartir su lecho haría que perdiera completamente la cabeza.

Después de tanto cavilar, llegó a una terrible e inquietante resolución que, esperaba, fuera por el bien de ambos.

CAPÍTULO 24

Emily bajó a desayunar temprano, pero la señora Stanton le informó que Rick había bajado mucho antes y había salido a atender unos negocios.

Suspiró al sentarse a la mesa.

«Bien, así que está molesto y ahora va a evitarme» pensó. «Mejor».

¿Mejor? ¡Por supuesto que no! Se sentía vacía y aprensiva sin verlo. Desayunó sola, luego fue a su habitación a terminar de desempacar el baúl, y cerca de la hora de la comida recibió una nota de Rick donde le informaba que comería con un amigo que había venido de Londres, y le pedía que no lo esperara.

La desazón que le provocó la nota hizo que casi se le salieran las lágrimas.

De pronto se sintió sumamente desdichada.

Dijo al ama de llaves que no tenía hambre, y subió nuevamente a su habitación. Cansada por haber estado luchando entre el llanto y el esfuerzo por contenerlo, salió al amplio jardín y tras dar un largo paseo, se sentó en una de las bancas de piedra y allí estuvo el resto de la tarde.

Rick, por su parte, se había refugiado en la pequeña posada del señor Campbell. Para su fortuna, su amigo Thomas Randall se hallaba de visita en Canterbury para ver a una tía enferma, y Rick había aprovechado su presencia para alejarse de su casa.

No quería ver a Emily; no quería que ella percibiera el dolor, sí, dolor, que su rechazo le había causado.

Sentía que se encontraba aún más lejos que antes de lograr que Emily comprendiera que él no la veía únicamente como un medio para un fin, sino que tenía profundos sentimientos por ella. Pero sus temores se veían agravados por la incertidumbre: ¿y si Emily, aun sabiendo que él la amaba, lo rechazaba porque ella no sintiera lo mismo? Había sopesado esa posibilidad, y hasta había pensado en lo que haría si la situación fuera tal.

No era el orgullo, sin embargo, lo que lo mantenía alejado de ella; era más bien la incertidumbre de qué haría cuando la viera. Su esposa le había hecho descubrir en él una tremenda inseguridad. Antes solía conocer de antemano cada uno de sus movimientos y pensamientos, pero con ella, no

tenía idea de lo que haría o pensaría al minuto siguiente.

Regresó a su casa cerca de las ocho de la noche. Sabía que era muy tarde, pero lo había hecho con la esperanza de que Emily ya estuviera dormida. Sin embargo, no tuvo tanta suerte, y al cruzar el salón del comedor se topó de frente con ella sentada a la mesa.

—Estaba esperándote. ¿Deseas que te sirvan la cena? —Ella hizo un esfuerzo sobrehumano para que no se notaran los nervios traicioneros en su voz.

—No, ya he cenado, muchas gracias. —La voz suave de él tenía una evidente nota de cansancio.

—Oh.

Él jugaba con su sombrero en una mano y tras unos segundos dijo: —Estoy cansado. Me voy a dormir. Buenas noches.

—Buenas noches.

Rick se había ido a su habitación, así que así sería todo de ahora en adelante: frío y cortés. Tragó saliva para disolver el nudo en su garganta. La resolución que había tomado cobraba más fuerza por momentos.

Al día siguiente se levantó muy temprano, dispuesta a verlo antes de que saliera a atender sus negocios, pero fue en vano, él ya se había ido.

Tuvo la certeza de que estaba evadiéndola y se sintió muy desdichada, porque estaba más segura que nunca de que él estaba furioso con ella por empeñarse en mantener el estúpido acuerdo.

Como el día anterior, Rick se excusó por no presentarse a comer, y de nuevo le pidió que no lo esperara.

Efectivamente, la pobre Emily lo esperó en vano, pues tampoco llegó a tiempo para la cena, y se recluyó en su habitación, convencida de que todo había sido un terrible error.

Su esposo no lo estaba pasando mejor; había hecho todo lo posible por mantenerse ocupado durante el día para tratar de sacarse de la cabeza a Emily y toda esa absurda situación, y había conseguido un cierto grado de tranquilidad, pero cuando las ocupaciones del día se terminaron y era hora de volver a su hogar, se sintió otra vez agitado y molesto.

No creía tener fuerzas para ver a Emily sin mostrarle todo su disgusto, o sin ceder a sus deseos y confesarle sin miramientos que la amaba y la necesitaba.

Se había refugiado en casa de su hermano y su cuñada durante parte de la tarde, pero Candice era demasiado suspicaz, y comprendió que sospecharía

que ocurría algo entre él y su esposa al acudir él solo a visitarlos.

Así que tan pronto dieron las seis de la tarde se marchó y se dirigió a la casa de la señora Jenkins, tía de su amigo Thomas Randall, con el pretexto de informarse sobre su estado de salud.

Thomas, que estaba de muy buen humor, lo invitó a cenar, y la sobremesa se prolongó bastante, pues el primero estaba de ánimo conversador, lo que sirvió muy bien a los intereses de Rick, ya que cuando llegó a casa Emily ya se había retirado a su aposento.

Por la mañana, sin embargo, no pudo esquivarla, pues su joven esposa ya se había levantado y había dispuesto el desayuno cuando él se presentó en el comedor.

Si Emily esperaba que mantuvieran una conversación sobre su particular situación y buscaran una solución al respecto, tuvo que conformarse con unas cuantas frases corteses pero distantes por parte de su esposo y el ya repetitivo anuncio de que no acudiría a casa a comer.

Aunque se sentía muy desanimada, decidió que no se quedaría encerrada en casa a llorar su pena, ya estaba cansada de autocondolerse.

Se puso su mejor vestido, compuso su mejor semblante y se dirigió a casa de su tía Joyce, a quien sugirió que fueran a la tienda para supervisar las mercancías y acelerar el trato de compra-venta con la señora Wilkes.

Aquello fue un verdadero alivio para ella, pues logró distraerse y apartar de su mente, al menos por un rato, a su atractivo pero complicado esposo.

Esa noche no pretendía esperarlo, pero él llegó más temprano que los días anteriores. La encontró en el saloncito del té, muy concentrada tomando notas para la tienda.

—Buenas noches —la saludó tímidamente.

—Buenas noches. —La joven ni siquiera se volvió a mirarlo, en apariencia absorta en su labor.

—¿Has cenado ya? — Rick parecía dispuesto a entablar conversación.

Pero ella estaba ocupada y resentida, así que le respondió escuetamente que ya había cenado y le preguntó, sin mucho interés, si él lo había hecho.

Él pareció adivinar el estado de ánimo de la joven, y tras responder que sí a la última pregunta, se retiró, deseándole que descansara.

Rick se había ido a su habitación, al igual que lo hizo Emily poco después, pero lo sintió salir un rato más tarde, y aunque se quedó atenta un buen rato, no escuchó que regresara. Se preguntó dónde estaría. Estaba segura de que no había salido, ya era bastante tarde y era evidente que no iría

con su familia a esas horas.

Sin pensarlo demasiado salió de la cama y fue en su busca.

Supuso que estaría en la biblioteca, al parecer era su lugar favorito. Lo encontró sentado en una butaca frente al gran escritorio que franqueaba la ventana; tres velas sobre el escritorio iluminaban su entorno; al lado había una taza de té, ya casi vacía. Bien, esta vez sí estaba leyendo.

Cuando Emily abrió la puerta, él se irguió un poco en la butaca, pero no se levantó.

—Pensé que estabas dormida. —La voz suave de Rick sonó como una caricia, y Emily se estremeció.

Al parecer él no iba a facilitarle las cosas.

—No —atinó a decir, mientras trataba de decidirse a entrar.

Rick se levantó y se apoyó en el escritorio, con las piernas y los brazos cruzados. Parecía más alto de lo que realmente era, o quizás eran solamente sus nervios los que la hacían verlo así.

—¿Puedo ayudarte en algo?

Ella cerró la puerta tras de sí. Segundos después se acercó al escritorio, pero no a Rick; se colocó entre el escritorio y el estante más cercano. La tenue luz del jardín iluminaba su silueta, y Rick pensó que estaba hermosísima, pero se forzó a desechar ese pensamiento.

Ella colocó ambas manos a su espalda y se apoyó en el estante. Lo que fuera que quisiera decirle parecía estar costándole mucho trabajo.

Él enarcó una ceja, interrogante. Había decidido hacer un segundo intento para convencer a Emily de sus sentimientos, pero no sería esa noche.

—¿Y bien? —la instó.

Ella carraspeó.

—Yo... he estado pensando y... he llegado a la conclusión de que he sido muy injusta contigo. —La joven hacía un enorme esfuerzo por sostenerle la mirada.

Rick había abandonado su sitio y se había colocado justo frente a ella, apoyado, en la misma postura anterior, sobre el escritorio.

Los ojos de él seguían clavados en ella, sin saber cuál era su punto.

—Yo... —continuó— entiendo que, como hombre, tienes ciertas necesidades. —Hablaba lentamente, parecía más bien un académico dando cátedra, pero al decir lo anterior su rostro se tornó totalmente encarnado—. Así que, he pensado que, dadas las circunstancias particulares de nuestra unión, yo... —contuvo el aire, haciendo evidente que le costaba muchísimo

expresarse— no pondré ninguna objeción si tú decidieras visitar a alguna de las amigas que sin duda tienes en Londres o... en París... tal vez.

Bien, lo había dicho. Soltó el aire y sintió unas apremiantes ganas de llorar, pero se contendría, ¡por Dios que se contendría! Ya había hecho lo más difícil.

Rick la miraba muy serio, por dentro estaba estupefacto, pero el bochorno de Emily, el enorme esfuerzo que le había costado su discurso, lo hacían sentirse ofendido y divertido a partes iguales.

Era evidente el embarazo de ella, pero él había notado algo más, mucho más. Por fin la observación metódica de las conductas de todas esas jóvenes enamoradizas, y de otras que solo buscaban un buen matrimonio, le había servido de algo.

No varió para nada su postura, y la calma con que empezó a hablar solo sirvió para que Emily se sintiera aún más nerviosa y desgraciada: —Como veo que esto te ha costado mucho trabajo, voy a facilitarte las cosas. —Ahora sí dejó el escritorio y se paró frente a ella—. En primer lugar, suponiendo que, como gentilmente señalas, yo tuviera «ciertas necesidades», jamás buscaría a alguna de esas «amigas» que asumes que tengo, para satisfacerlas. Soy tu esposo, Emily, e independientemente de las «circunstancias particulares de nuestra unión», te debo fidelidad.

Ella estaba totalmente tensa, apoyada sobre el estante, con la mirada clavada en él. Su corazón latía a toda velocidad, y la última frase de él le había dado un vuelco a su estómago.

—Y, en segundo lugar —se había acercado un paso más, y Emily dejó de respirar, mientras inclinaba la cabeza hacia arriba para poder mirarle el rostro —, no tengo «ciertas necesidades», tengo solo una necesidad.

El rostro tenso de ella dejaba entrever la duda y la expectación. El instante se alargó mientras ella esperaba que él continuara. Como vio que no hablaba, preguntó, exasperada:

—¿Y cuál es esa necesidad?

Rick la miraba con tanta intensidad que ella pensó que el corazón se le saldría del pecho.

—Tú. Te necesito a ti, no necesito a ninguna otra mujer, Emily, te necesito a ti —repitió. En su voz clara había algo que oscilaba entre el enfado y la desesperación.

Emily volvió a respirar involuntariamente y también involuntariamente escaparon de sus ojos las lágrimas que había estado conteniendo.

—Me importa un comino nuestro acuerdo. —Ahora la voz de él era solamente un susurro y sin esperar respuesta de ella la tomó por la cintura y, acercándola por la nuca, la besó con pasión y apremio.

Tal vez esperaba el rechazo de ella, estaba alerta por si ella intentaba apartarlo, pero había deseado tanto aquello, durante las últimas semanas había estado imaginando con tanto ardor cómo se sentiría si la besaba, si la tenía en sus brazos como la tenía ahora, que se dijo a sí mismo que no le permitiría escapar.

Emily tendría que amarlo, se dijo, tendría que sentir lo mismo que él.

No supo cómo, pero se separó de ella para mirarla a los ojos; la expresión que por un segundo pasó por la cara de Emily lo divirtió, porque parecía decepcionada de que hubiera detenido el beso.

Tomando el rostro de ella con ambas manos, se mantuvo lo suficientemente cerca para percibir su aliento.

—Emily, necesito que sepas que te amo —alcanzó a decir con la respiración entrecortada—. No sé cómo, pero me enamoré de ti, y quiero que seas mi esposa.

La enorme sonrisa de ella no dejaba lugar a dudas.

—Pero, Rick, ya soy tu esposa.

—Tú sabes a lo que me refiero —dijo él en un susurro, muy cerca de sus labios.

Emily enrojeció, pero le sostuvo la mirada. Por un momento ambos sintieron que el único sonido en la estancia era el de sus respiraciones agitadas.

—Quiero ser tu esposa.

Rick sonrió, con esa sonrisa amplia y maravillosa que hacía que el corazón de Emily se desbocara, y sin esperar nada más, la tomó en brazos y así, cargando, la llevó hasta su habitación.

Al llegar al pie de la cama se detuvo, la dejó en el piso y con mucha lentitud le quitó el batín que cubría su ropa de dormir, y la miró a los ojos como si no pudiera dejar de contemplarla; volvió a cargarla y la depositó suavemente en el lecho, y empezó a besarla nuevamente, primero con lentitud, suavemente, y luego con desesperación. Nunca había deseado tanto a una mujer, y sentía que en cualquier momento perdería el control.

No pasó mucho antes de que empezara a besar su cuello, su pecho sobre la fina bata, su abdomen.

Emily lo dejaba hacer y lo miraba sin decir una palabra mientras se

dejaba llevar por las sensaciones que estaba descubriendo. El nerviosismo y el placer se combinaban para hacerla sentir expectante.

Se revolvió un poco cuando Rick empezó a bajar los tirantes de su bata por sus hombros, pero logró mirarlo a los ojos, preguntándole en silencio qué seguiría después.

Rick posó sus labios sobre los hombros femeninos y con las manos siguió bajando suavemente los tirantes hasta dejar expuestos los senos; los contempló por unos segundos, extasiado, pero no se decidió a besarlos porque sabía que era la primera vez para su esposa, y no quería abrumarla.

Volvió a los labios de Emily, cuyo pulso estaba a toda su capacidad; aquello pareció relajarla, porque entonces ella pasó sus brazos por el cuello de Rick y se incorporó solo un poco para poder besarlo con más profundidad.

Llevada por el éxtasis del momento, empezó a lamer y a morder suavemente los labios de Rick, en una caricia osada que jamás se hubiera atrevido a pensar que prodigaría, y aquello acabó con el poco control que aún quedaba en él.

Se apartó de ella y se incorporó lo suficiente para quitarse el chaleco y la camisa; la besó apresuradamente y luego siguió con su pantalón.

La habitación estaba iluminada por unas cuantas velas, de modo que la penumbra encubrió el rubor que cubrió las mejillas de Emily al percibir la desnudez de Rick.

Él no le dio tiempo a pensar nada más, empezó a besar nuevamente sus labios, muy suavemente, succionándolos con lentitud, saboreándolos a fondo.

Emily jadeó mientras su vientre se veía invadido por un calor desconocido.

Mientras la besaba, Rick subió la bata de ella hasta sus caderas. Ya no podía esperar. La tensión y el deseo acumulados lo llevaron al borde de la locura.

Sabía que para Emily sería doloroso, y por eso trató de ser lo más suave posible al invadirla; entró lentamente mientras continuaba besándola despacio.

Sintió perfectamente cómo el cuerpo de ella se tensó y un gruñido ahogado escapó de su garganta.

Haciendo un tremendo esfuerzo dejó de besarla y la miró a la cara; era evidente que ella estaba sintiendo dolor, sus ojos estaban llenos de lágrimas, y por un instante se sintió tan culpable que lo asaltó la idea fugaz de detenerse.

Solo atinó a susurrar:

—Cariño, lo siento, sé que duele, pero te aseguro...

—Shhhh... —ella colocó su índice derecho sobre los labios de su esposo —. Está bien.

—¿Estás segura?

El hecho de que él se preocupara por su comodidad la hizo sentir sumamente conmovida. No importaba el dolor, pensaba compartir esa noche con su esposo, con el hombre al que amaba, y que la amaba, y ese detalle no iba a detenerla.

Asintió mirándolo a los ojos con seguridad.

Rick continuó su incursión y cuando comprobó que Emily estaba más cómoda, se dejó llevar por el cúmulo de emociones que invadían su cuerpo.

Embistió el cuerpo de Emily tratando de ser suave, pero sin poder contenerse imprimió mayor ritmo y se dejó invadir por las tremendas sensaciones de placer que recorrían todo su cuerpo.

Emily se amoldaba a su cuerpo de forma perfecta; ella era perfecta. Pese a su inexperiencia había logrado acomodarse de tal forma que sus cuerpos se movían en una sincronía casi perfecta. Ella rodeó los glúteos de él con una pierna, invitándolo a hacer más profunda su invasión, si eso era posible, y eso pudo con él.

Tal vez fuera el tiempo que llevaba sin hacerlo, junto con el tremendo deseo que sentía por Emily, pero la explosión de placer lo tomó por sorpresa y sin darle tiempo de nada, lo hizo lanzar un grito ahogado, y se desplomó sobre ella.

Emily estaba sorprendida y expectante; nunca nadie le había hablado de lo que ocurría en la intimidad entre un hombre y una mujer, y en cierto modo sentía que le faltaba algo. Tenía la sospecha de que Rick había disfrutado mucho, pero su cuerpo aún estaba alerta.

Cuando la respiración de él se normalizó levantó la cabeza y la miró, ostentando una enorme y perezosa sonrisa.

—Te amo.

Emily iba a responderle pero la besó antes de que dijera nada. Se retiró de encima de ella y la estrechó entre sus brazos.

—¿Cuándo te diste cuenta de que me amabas? —le preguntó ella con picardía unos minutos después.

Él abrió los ojos y se quedó pensando.

—No estoy muy seguro. Creo que fue en Portugal cuando dejé de

mentirme a mí mismo. Había estado engañándome respecto a mis sentimientos por ti, nunca me había enamorado, así que no sabía lo que se sentía.

—Vaya, pues no solo te engañaste a ti mismo, también me engañaste a mí.

Estaba convencida de que no sentías nada por mí. —Aunque lo dijo en un tono suave, había un cierto dejo de reproche en sus palabras.

Él se separó para poder mirarla a los ojos.

—Que recuerde, tú no me has dicho que me amas, y tu conducta no induce a pensar precisamente en que lo hagas. —Ahora era él quien reclamaba.

Ella le sostuvo la mirada. Había cierta inseguridad, cierta vulnerabilidad en la actitud expectante de Rick, que la hizo darse cuenta de pronto del poder que tenía sobre él.

—¿Y bien? —la apremió él ante su silencio.

Ella lo torturó por unos segundos más.

—Te amo, Rick Preston.

Él sonrió como si le hubiera vuelto el alma al cuerpo.

—El sentimiento es mutuo, señora Preston. —Y volvió a besarla apasionadamente.

El besó se tornó demasiado candente, y había aún tantas cosas que tenían que demostrarse uno al otro, que Rick hubiera podido tomarla nuevamente, pero sabía que sería excesivo para ella, y se contuvo.

En cambio, empezó a acariciar los muslos de Emily, muy suavemente, como roces de plumas, hasta que llegó a su entrepierna. Ella se revolvió inquieta ante esa atrevida caricia, pero el intenso placer que empezó a experimentar la hizo claudicar de su intento por apartarlo.

Una brasa ardiente se apoderó de su vientre conforme Rick imprimía más ritmo a sus caricias, y su centro se volvió líquido antes de que estallara en una explosión de éxtasis que la estremeció de pies a cabeza.

Nunca hubiera imaginado que semejantes sensaciones pudieran existir, y sintió ganas de llorar cuando se dio cuenta de que había experimentado la máxima entrega entre una mujer y un hombre.

Ahora comprendía por qué se habían perdido reinos por una pasión carnal, pero sobre todo, por amor.

Rick la mantenía abrazada mientras el corazón y la respiración de Emily recuperaban sus ritmos normales. Se sentía pleno, nada le hacía falta en ese

momento. Haber compartido la intimidad con Emily y haberla complacido lo hacían totalmente feliz. Emily lo amaba. ¡Emily lo amaba! Ambos habían callado sus sentimientos por temor al rechazo del otro, cuando lo único que deseaban era decirlo abiertamente y compartir sus vidas.

Había aún muchas cosas por decir, pero tantas emociones los habían dejado exhaustos, y se durmieron tranquilamente uno en los brazos del otro.

CAPÍTULO 25

Rick abrió los ojos con pereza y pudo comprobar que Emily aún estaba en sus brazos y, por el cansancio que sentía, había estado así toda la noche.

Ella dormía profundamente; su respiración era suave y regular.

Separó un poco la cabeza para poder admirarla: así, con el cabello suelto, tranquilamente entregada al sueño después de haberle hecho el amor, era la visión más hermosa que hubiera contemplado en su vida.

Pensó en las circunstancias de su matrimonio y ahora todo le parecía una verdadera estupidez: casarse para obtener la herencia de su abuelo no era lo más absurdo del asunto; casarse con Emily creyendo que podría no amarla, no caer rendido a sus encantos y, peor aún, que podría contenerse y no tocarla, no entregarle su alma y su cuerpo, eso sí era absurdo.

Como si hubiera sentido la fuerza de su mirada, Emily abrió los ojos perezosamente, y lo primero que vio fueron los de su esposo contemplándola, y su maravillosa sonrisa.

Ella le devolvió la sonrisa con entusiasmo.

—Buenos días, señor Preston.

—Buenos días, señora Preston.

Ella volvió a cerrar los ojos, totalmente satisfecha. Rick, sin poder resistirse, empezó a acariciar su cabello, sus mejillas, su nariz, y se detuvo en sus labios. Al percibirlo, Emily abrió los ojos nuevamente. Se incorporó y se sentó a horcajadas sobre él, con su rostro muy cerca del de su esposo.

Eso fue más de lo que Rick pudo soportar y sin resistirse empezó a besarla con tanta pasión que tuvo que hacerle el amor nuevamente para poder acallar sus apremiantes deseos.

—Tengo hambre, ¿tú no? —dijo Emily mucho después, luego de que ambos se quedaron dormidos tras hacer el amor.

—Sí, pediré que nos traigan el desayuno a la habitación.

—¿A la habitación? Pero, Rick, ¿qué dirá la servidumbre? Debemos bajar.

—Ella estaba escandalizada.

—¿Qué dirán? No tienen por qué decir nada, estamos recién casados. De hecho —dijo estrechándola entre sus brazos—, no pienso salir de la

habitación en todo el día.

Ella soltó una carcajada.

—Rick, eso es escandaloso.

—No, lo escandaloso sería no hacerlo, señora Preston. —Y dejando de lado su tono jocoso, se dispuso besarla empalagosamente para impedir que ella siguiera poniendo objeciones.

—Pareces un gato que finalmente ha atrapado al ratón —le dijo al día siguiente Candice mientras tomaban el té en casa de Malcolm.

Rick le dedicó su sonrisa más radiante.

—¿Te parece?

—No me lo parece, estoy segura.

—Bueno, querida Candice, debo decir que tenías mucha razón: las cosas no siempre son los que parecen.

—Así que tus sospechas eran equivocadas.

—Totalmente.

Candice dejó escapar una risa muy alegre.

—Estaba segura de ello.

Ambos miraron a Emily, al tiempo que ella se volvió a mirarlos a ellos, extrañada por la risa de Candice.

—Ustedes dos están empezando a darme miedo —les dijo con una sonrisa que contradecía sus palabras.

—No veo por qué —dijo Candice—. Y dime, querida, ¿cuándo llegarán Peter y su familia?

—Aún no he recibido carta de Peter, pero estoy segura de que no debe tardar. De cualquier manera, él y Fran me aseguraron que estarán aquí para las fiestas. —Al decirlo Emily dejó ver toda su emoción por ese esperado acontecimiento.

En ese momento Joyce y Miles se unieron a ellos.

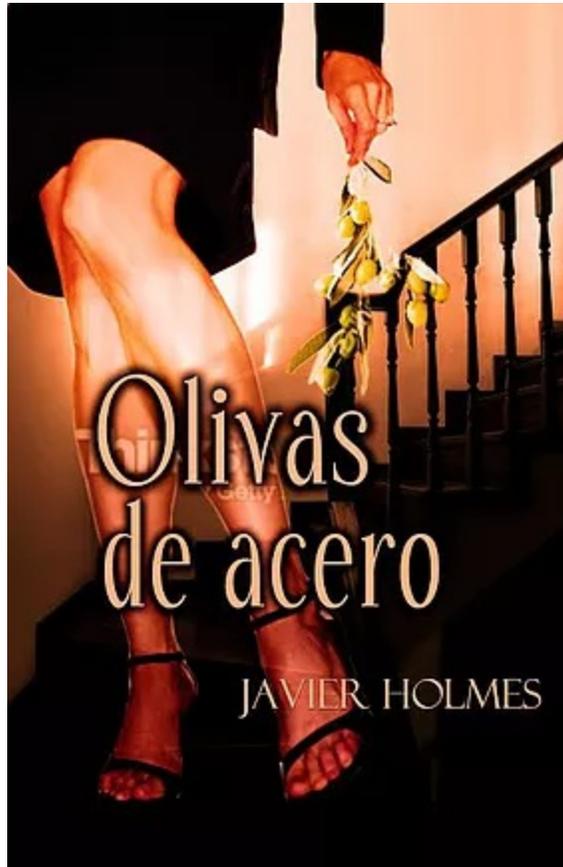
—Estoy tan feliz, hace mucho tiempo que no veo a Peter, me encantará tenerlo aquí —afirmó Joyce.

Emily apretó una de las manos de su tía. Estaba totalmente de acuerdo con ella. Luego miró a Rick, que sonreía sin poder ocultar su felicidad.

La joven pensó que las próximas fiestas prometían muchísima algarabía, como hacía años no experimentaba, y se sintió plenamente feliz. A pesar de las pérdidas y las tristezas pasadas, en ese preciso momento sentía que la vida estaba siendo muy generosa con ella.

Sí, podría haber momentos terribles, pero en ese instante, el saber que pronto vería de nuevo a su hermano, y estar segura de que Rick la amaba como ella a él, eran todo lo que necesitaba para sentirse feliz.

Si te ha gustado
Trampas del corazón
te recomendamos comenzar a leer
Olivas de acero
de Javier Holmes



I

Octubre de 2015

Las gotas de agua golpeaban con fuerza los cristales de la ventana de mi despacho. El viento las empujaba con virulencia contra mí mientras contemplaba distraído el plomizo cielo gris que cubría la ciudad. Un cielo que solo se iluminaba esa mañana con cada rayo que lo atravesaba quebrándolo.

Como si de un rítmico tamborileo se tratara, los sonidos se sucedían y, gota a gota, yo me adormecía. No estaba resultando una mala forma de pasar la mañana.

El sonido del teléfono me hizo reaccionar y, sobresaltado, me incorporé, sentado en mi sillón, para atender la inesperada e inoportuna llamada. El día no acompañaba y deseaba que esa llamada, cuyo número visible en la pantalla no conocía, no me trajera problemas. Pero no iba a ser así, aunque eso aún no lo sabía.

—¿Es usted el señor Holmes? —Sonó una voz bien timbrada, sedosa y femenina. Empecé a cambiar de opinión sobre la falta de oportunidad de la intempestiva llamada.

—Depende de quién lo pregunte —contesté con un ligero toque de malhumor. No me gustaba dar ventaja al contrario y yo aún no sabía quién, al otro lado del teléfono, preguntaba por mi nombre.

—¡Lo repetiré! ¿Es usted el señor Holmes? —Volvió a asediarme la impertinente voz desconocida.

—¿Acaso lo duda? —Mi malestar aumentaba a la vez que mi curiosidad.

—¡Es usted un payaso! —La voz ahora tenía un tono más grave. Mi malestar estaba venciendo a mi curiosidad.

Después de unos segundos de debate interno, decidiendo entre colgar el auricular o seguir ese estúpido juego, opté por lo segundo y contesté: —De entre las cosas que me han llamado a lo largo de mi vida, esa no destaca. Pruebe de nuevo, por favor, la espero impaciente.

Mi templanza ante el impropio recibido debió calmar los ánimos de mi interlocutora y cerramos una cita para esa misma tarde. Sobre mi mesa, una libreta con las notas que había tomado de la breve entrevista telefónica y que evidenciaban que nos íbamos a enfrentar a un nuevo anodino caso de búsqueda de pruebas para demostrar la infidelidad de un cónyuge descuidado. Vamos, de los habituales en esta casa y que servían para que el estómago de este humilde detective nunca estuviese vacío.

Sin apenas tiempo para hojear el diario que reposaba pacientemente sobre

mi mesa, se abrió la puerta y mi socia, Marisol, entró con la energía de la que solía hacer gala y que era más intensa en aquellos días en los que mi ánimo se encontraba apagado. En algún momento llegué a pensar que lo hacía solo para fastidiarme, pero no, seguro que no era así.

—¡Hola, sapito! ¿Qué tal la mañana? —Me regaló la mejor de sus sonrisas.

Una sonrisa adornada por unos labios color carmín que iluminaban un rostro ya de por sí muy bello y que en nada desmerecía del resto de su físico.

Con ella mantuve un romance mientras era el destino de mis pesquisas durante mi primer gran caso y si bien todo podía haber continuado por la misma senda, pues de ella estaba enamorado, la prudencia después de que se consolidase como mi compañera profesional y socia me hizo reprimir mis deseos de amarla cada vez que me regalaba su sonrisa.

La prudencia o el miedo, quién sabe. Yo todavía no estaba en condiciones de contestar a esa pregunta.

—Hoy tenemos tres entrevistas para contratar ayudante, ¿lo recordabas no?

—me preguntó. Mentí y asentí.

Con el reciente cierre de nuestro segundo gran caso, nuestra fama iba en aumento y nos llovían tantos casos menores como gotas salpicaban, en esa fría mañana, sobre el asfalto madrileño. Tanto era así que habíamos decidido contratar un asistente que, cuando menos, recogiese los avisos telefónicos y atendiese la oficina durante la ausencia de los dos investigadores titulares del despacho, a saber: mi socia y el que suscribe.

Marisol se había encargado ya de sustituir la placa de latón de la puerta.

Donde antes solo rezaba JAVIER HOLMES – DETECTIVE PRIVADO, ahora había una nueva, más moderna, de doble nombre: MARISOL ROMERALES & JAVIER HOLMES – DETECTIVES. La osadía de anteponer su nombre al mío la había acometido, por supuesto, sin consultarme. Y a todo ello, debería añadir que el negocio al que me dedicaba había sido fundado por mí y que de ella no había recibido nunca ni un céntimo. Pero esa mañana, al igual que todas las anteriores desde que la conocí, su sonrisa compensaba cualquiera de los múltiples agravios con los que alegraba mi existencia.

Marisol había puesto un anuncio en el periódico y había tenido la paciencia de filtrar las numerosas peticiones recibidas y, siguiendo sus propios criterios, había seleccionado solo tres aspirantes que eran los que

amenazaban con llegar, de forma ordenada, en cuestión de minutos.

Además, el nuevo caso, nuestro tercer gran caso, prometía ocupar gran parte de nuestro tiempo. Hacía unos días, una mujer que se presentó como Melisa Pozo se había introducido en mi despacho, con dos pequeños zangolotinos, denunciando la desaparición de su esposo, un ingeniero que trabajaba como director en un proyecto de ingeniería, relacionado con el ferrocarril, por cuenta de una empresa de desarrollo de proyectos. Estaba trabajando intensamente en un concurso público que había sacado la empresa estatal de ferrocarriles y cuyo plazo de presentación finalizaba en unas semanas. Salió un día a pasear antes de comer para descansar, pues llevaba toda la mañana tecleando en su ordenador desde casa, que según él era más productivo que hacerlo desde su oficina, y no volvió a comer. Tampoco a cenar. Su esposa creía que estaba metido en algo importante y decisivo para ganar el concurso. Pero no supo, o no quiso, dar más detalles al respecto de ese trabajo tan decisivo.

Mi primera impresión, cuando hablé con ella, fue que se trataba de una desaparición voluntaria. Pero esa, por supuesto, no era la opinión de su esposa. Y como ella era nuestra cliente, había que pensar que no se trataba de una desaparición voluntaria y debíamos investigar.

Había algo más, su marido llevaba separado casi dos años y se encontraba inmerso en un proceso de divorcio que estaba resultando muy conflictivo.

Bueno, para ser más exactos, el divorcio ya se había producido y se había firmado un convenio regulador, pero este no era del agrado ni de Jaime ni de su anterior esposa. Ella lo había demandado por malos tratos psicológicos, según la mujer del ingeniero, como presión para obtener la mejora pretendida del convenio. Pero una vez que el divorcio ya se había materializado, había sentenciado Ruth Gutiérrez, su abogada y a la vez abogada de OPB S.A., esa denuncia tenía pocos visos de prosperar.

En medio de todo esto había un hijo de ambos, de cinco años, que, según Melisa, no le dejaban ver a su padre, el cual ya había presentado la correspondiente queja en el juzgado solicitando un régimen de visitas. La familia de su anterior mujer parecía estar relacionada con gente muy poderosa y Melisa temía que su desaparición pudiera tener algo que ver con ellos.

Me había adelantado un cheque de mil euros como anticipo y, después de haber debatido con Marisol el asunto, habíamos decidido quedarnos con el cheque, hacerlo efectivo y aceptar el encargo poniendo toda la carne en el

asador.

—¿Qué noticias nos trae el día? —me preguntó mi socia al verme sostener el diario entre mis manos.

Me disponía a decirle que la portada del periódico recogía la foto del tesorero del partido que sostenía al Gobierno saliendo por la puerta de la cárcel después de haber cumplido solo la quinta parte de la condena por blanqueo y apropiación indebida, pero en ese momento llamaron a la puerta.

Se presentó una joven de unos veinte años, de talle más que estrecho y larga melena morena. Por un momento creí que se había equivocado y que había llamado a la puerta de un desfile de modas, pero al no ver a mi alrededor una pasarela, me di cuenta de mi error. Su vestido largo azul y los zapatos de alto tacón a todas luces resultaban impropios para la entrevista de un trabajo tan modesto como el que nosotros habíamos ofertado. Marisol había ocupado mi silla y yo asistía con hastío a la retahíla de aburridas preguntas con las que mi socia asediaba a la joven. No quise intervenir durante los interminables diez minutos salpicados por las melifluas respuestas de la aspirante, la cual en ningún momento abandonó su recargada sonrisa de dientes blancos. Cuando se despidió, con un pestañeo que evidenció el exceso de máscara que se había aplicado, sentí alivio.

La segunda entrevista resultó tan anodina como la primera, aunque eso sí, la mujer, que rozaba la cincuentena y que se sentaba ante nosotros, parecía tener más orden en su cabeza que la anterior. Podría no ser una mala decisión. La candidata aparentaba ser resuelta y contaba con experiencia en la gestión de papelotes desatendidos, como los que acostumbraban a pulular por la oficina y que periódicamente yo almacenaba debidamente dentro de la papelera.

La entrevista final, la tercera, resultó ser con un joven de unos treinta años, con angulosa barba corta muy arreglada y pelo largo negro. Su atuendo pecaba de demasiado informal. Unos vaqueros desgastados, con un par de rotos intencionados, y un jersey de lana fina visiblemente desgastado, y que dejó a la vista después de quitarse el impermeable, denotaban en él un aire de naturalidad que me resultaba simpático. No obstante, la entrevista transcurrió por los mismos derroteros que las dos anteriores y mi paciencia se me empezaba a agotar. Era una tarea que en nada me era grata y tenía claro que yo no estaba hecho para soportar el tedio que me suponía ese tipo de trabajos.

Solo por las presiones de Marisol era por lo que estaba allí, en actitud paciente y resignada.

El joven dijo llamarse Otelo y poseía estudios y experiencia en gestión de empresas, dominio de idiomas y un entusiasmo del que trató de hacer gala sin convencerme demasiado. ¿Quién podía ser capaz de mostrar entusiasmo por el trabajo que estábamos ofertando? Solo un idiota, pensé.

La entrevista había finalizado y cuando mi socia se disponía a despacharlo, tal y como había hecho con las dos candidatas anteriores, emplazándolas a la espera de nuestra decisión, Otelo rompió mi hastío con una observación.

—Disculpen, antes de que ustedes tomen una decisión, hay algo que quiero que sepan. No es agradable para mí el decirlo, pero me apetece contarlo.

Verán, soy portador del VIH desde hace unos años y, bueno, no merma en absoluto mi capacidad de trabajar ni por supuesto ha de suponer un mayor absentismo, pero considero que lo deben ustedes saber —nos dijo con la misma naturalidad que hasta ese momento había exhibido, y se quedó sentado, con las manos cruzadas, observando nuestra reacción.

Tras unos pesados segundos de silencio, una mirada cómplice de mi socia hacia mí me hizo pronunciar la primera palabra desde el inicio de las entrevistas:

—Estás contratado. ¿Puedes comenzar mañana?

No paraba de llover de forma despiadada mientras recorrimos los escasos metros que separaban el portal donde se ubicaba nuestra oficina hasta el bar donde, casi de forma ritual todas las mañanas, despachábamos con ansia un pincho de tortilla, sin cebolla y poco hecha, con una caña para mí y una Coca-Cola sin azúcar para Marisol. El mismo donde también todos los días, tres horas antes del pincho de tortilla, engullía, siempre en solitario, mi café con leche y unos churros. Nunca más de tres.

Marisol, a pesar de que la meteorología no se mostraba proclive a florituras, manejaba con elegancia su atuendo habitual. Llevaba, como era normal en ella, falda muy corta que dejaba entrever sus espléndidas y bien torneadas piernas que culminaban en unos altos zapatos de tacón negros.

Acompañaba una blusa blanca y casaca roja que la hacía lucir una silueta que en nada hacía pensar a las furtivas miradas masculinas con las que se cruzaba que acababa de entrar en su quinta década. Su maquillaje era discreto y elegante, tan elegante como la presencia que imponía su característico andar calmo y estirado.

—Ahora que ya hemos resuelto el asunto del ayudante, podemos dedicarnos al asunto del ingeniero desaparecido, ¿no crees? —me reprochó entre bocado y bocado del pincho de tortilla que devoraba con avidez.

—Sí, el asunto puede complicarse. Tenemos varios flecos de los que tirar —dije sin ánimo de comenzar una charla más intensa hasta que no hubiera dado cuenta de mi ágape.

Pero Marisol, incansable y sabedora de que me estaba tocando las narices, prosiguió:

—Vamos a ver a Melisa ahora mismo, la llamas y le dices que estaremos allí en una hora.

—¿Me dejas acabar el almuerzo? —Lancé amargamente la pregunta, que no precisaba necesariamente de respuesta.

Pero Marisol no lo entendió así, porque respondió: —Por supuesto, sapito, respeto tu condumio. Pero no seas tan primitivo dejando que tus necesidades se antepongan a tu intelecto.

Lo dejé correr mientras cogía el teléfono para concertar una cita para esa misma mañana con Melisa Pozo, esposa actual del desaparecido Jaime Echevarría.

Una vez acabada la llamada, en mi plato, ya fría, reposaba la mitad de la tortilla que mi socia no me había permitido acabar. Miré con pena lo que fue un manjar.

—¿Te pido otro pincho, sapito?, este se ha debido quedar frío —ironizó con una sonrisa divertida que a mí no me resultó tanto.

Apuré el último trago de mi caña y, conteniendo el impulso que tenía de decir lo que se me pasaba por la cabeza, seguí a Marisol, que ya salía por la puerta del bar de Manuel en dirección a la casa de nuestra clienta.